

Fernán Caballero

Cuentos, adivinanzas y refranes populares

ooo000ooo

Índice

Cuentos, adivinanzas y refranes populares

Cuentos de encantamiento

La hormiguita

El lobo bobo y la zorra astuta

Los caballeros del pez

La niña de los tres maridos

Bella Flor

El lirio azul

Versión valenciana

El pájaro de la verdad

Los deseos

El pícaro pajarillo

El Carlanco

Otra versión del Carlanco

Benibaire

La zorra y la vejeta

El gallo y el pato

La joroba

El galleguito

Juan Cigarrón

El zurrón que cantaba

Pico, pico, a ver si me pongo rico

Cuento de embustes

El duendecillo fraile

La gallina duende

Cuentos infantiles religiosos

El pan

Si Dios quiere

Una promesa

La tentación
Los dos caminitos
Cuento de bruja
Como le gusta al niño dios que le pidan
La virgen costurera
San Lorenzo
San Pedro
El holgazán
Desprecio de las advertencias
Creación de la golondrina
Ejemplos
¡Señor, aquí está Juan!
Adán
[Preliminares]
Justicia de dios y desengaños de España
Dios te salve, bella aurora
Españoles, abrir los ojos
Adivinas infantiles
Oraciones, relaciones y coplas infantiles
Máximas que repetía un excelente padre a sus hijos
Oraciones y relaciones infantiles
Asuntos religiosos
Jesús al alma
Conversión de San Agustín
La oración del simple
La pasión de Jesucristo
Explicada con las piezas de que se compone el arado
Al Ecce-Homo
Relaciones religiosas
Acto de amor compuesto por una monzja
Saetas de Semana Santa
Coplas de Noche-buena
Refranes y máximas populares
Recogidos en los pueblos de campo
Refranes agrícolas y observaciones meteorológicas
Locuciones populares andaluzas
Adivinas y acertijos populares
Adivina
Acertijos populares
Soluciones

Índice alfabético
A la sombra de un olivo
Crucificado Amor
De frío tiritando
Del arado cantaré
Dios te salve, bella aurora
El lisonjero juez

Españoles, abrir los ojos
Si dejarte yo tu cruz
Viendo Cristo que su muerte

Cuentos de encantamiento

La hormiguita

Había vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa, se halló un ochavito. Dijo para sí: ¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensolo más, y se fue a una tienda, donde compró un poco de arbol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete y se sentó a la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro, y la dijo:

-Hormiguita, ¿te quieres casar conmigo?

-¿Y cómo me enamorarás? -respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

-Sigue tu camino -le dijo al toro-, que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonpérez (1), que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dio su manita negra. Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla, que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonpérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fue que sucedió lo que ella había previsto.

Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir.

Entonces se fue a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero, que le descerrajase la puerta.

Fuese la hormiguita en derecha a la cocina; miró la olla, y allí estaba, ¡qué dolor!, el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro, y la dijo:

-¿Por qué lloras?

Ella respondió:

-Porque ratonpérez se cayó en la olla.

-Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo:

-¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

-Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

-Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

-¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

-Porque ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

-Pues yo, palomar, voyme a derribar.

Dijo la fuente clara:

-¿Por qué, palomar, voste a derribar?

-Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito; y que la paloma se corta la cola; y yo, palomar, voyme a derribar.

-Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara.

-¿Por qué, fuente clara, póneste a llorar?

Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y que el palomar fuese a derribar; y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

-Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla, ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

El lobo bobo y la zorra astuta

Había una vez una zorra que tenía dos zorritas de corta edad. Cerca de su casa, que era una chocita, vivía un lobo, su compadre. Un día que pasaba por allí, vio que este había hecho mucha obra en su casa y la había puesto que parecía un palacio. Díjole el compadre que entrase a verla, y vio que tenía su sala, su alcoba, su cocina y hasta su despensa, que estaba muy bien provista.

-Compadre -le dijo la zorra-, veo que aquí lo que falta es un tarrito de miel.

-Verdad es -contestó el lobo.

Y como acertaba a la sazón a pasar por la calle un hombre pregonando:

Miel de abejas,

zumo de flores,

comprola el lobo, y llenó con ella un tarrito, diciéndole a su comadre que, estando rematada la obra de su casa, la convidaría a un banquete y se comerían la miel.

Pero la obra no se acababa nunca, y la zorra, que se chupaba las patas por la miel, estaba deshaciéndose por zampársela.

Un día le dijo al lobo:

-Compadre, me han convidado para madrina de un bautizo, y quisiera que me hiciese usted el favor de venirse a mi casa a cuidar de mis zorritas, entre tanto que estoy fuera.

Accedió el lobo, y la zorra, en lugar de ir al bautismo, se metió encasa del lobo, se comió una buena parte de la miel, cogió nueces, avellanas, higos, peras, almendras y cuanto pudo rapiñar, y se fue al campo a comérselos alegremente con unos pastores, que en cambio le dieron leche y queso.

Cuando volvió a su casa, dijo el lobo:

-Vaya, comadre; ¿qué tal ha estado su bautizo?

-Muy bueno -contestó la zorra.

-Y el niño, ¿cómo se llama?

-«Empezili» -respondió la supuesta madrina.

-¡Ay, qué nombre! -dijo su compadre.

-Ese no reza en el almanaque. Es un santo de poca nombradía -respondió la zorra.

-¿Y los dulces? -preguntó el compadre.

-Ni un dulce ha habido -respondió la zorra.

-¡Ay, Jesús, y qué bautismo! -dijo engestado el lobo-. ¡No he visto otro! Yo me he quedado aquí todo el día como una ama de cría con las zorrillas por tal de comerlos, y se viene usted con las patas vacías. ¡Pues está bueno!

Y se fue enfurruñado.

A poco tuvo la zorra grandes ganas de volver a comer miel, y se valió de la misma treta para sacar al lobo de su casa, prometiéndole que le traería dulces del bautismo. Con esas buenas palabras convenció al lobo, y cuando volvió a la noche, después de haberse pasado un buen día de campo y haberme comido la mitad de la miel, le preguntó su compadre que cómo le habían puesto al niño. A lo que ella contestó:

-«Mitadili».

-¡Vaya un nombre! -dijo el compadre, que, por lo visto, era un poco bobo-. No he oído semejante nombre en mi vida de Dios.

-Es un santo moro -le respondió su comadre.

Y el lobo quedó muy convencido de este marmajo, y le preguntó por los dulces.

-Me eché un rato a dormir bajo un olivo, vinieron los estorninos y se llevaron uno en cada pata y otro en el pico -respondió la zorra.

El lobo se fue enfurruñado y renegando de los estorninos.

Al cabo de algún tiempo fue la zorra con la misma pretensión a su compadre.

-¡Que no voy! -dijo este-. Que tengo que cantarle la nana a sus zorrillas para dormirlas, y no me da la gana de meterme al cabo de mis años a niñera, sin que llegue el caso que traiga usted un dulce siquiera de tanto bautizo a que la convidan.

Pero tanta parola le metió la comadre y tantas promesas le hizo de que le traería dulces, que al fin convenció al lobo a que se quedase en su choza.

Cuando volvió la zorra, que se había comido toda la miel que quedaba, le preguntó el lobo que cómo le habían puesto al niño, a lo que contestó:

-«Acabili».

-¡Qué nombre! ¡Nunca lo he oído! -dijo el lobo.

-A ese santo no le gusta que suene su nombre, respondió la zorra.

-Pero ¿y los dulces? -preguntó el compadre.

-Se hundió el horno del confitero y todos se quemaron -respondió la zorra.

El lobo se fue muy enfadado, diciendo:

-Comadre, ojalá que a sus dichosos ahijados «Empezili», «Mitadili» y «Acabili», se les vuelvan cuantos dulces se metan en la boca guijarros.

Pasado algún tiempo, le dijo la zorra al lobo:

-Compadre, lo prometido es deuda; su casa de usted está rematada, y tiene usted que darme el banquete que me prometió.

El lobo, que tenía todavía coraje, no quería; pero al fin se dejó engatusar, y se dio el convite a la zorra.

Cuando llegó la hora de los postres, trajo, como había prometido, la orza de miel, y venía diciendo al traerla:

-¡Qué ligera que está la orcita! ¡Qué poco pesa la miel!

Pero cuando la destapó se quedó cuajado al verla vacía.

-¿Qué es esto? -dijo.

-¡Qué ha de ser! -respondió la zorra-. ¡Que usted se la ha comido toda para no darme parte!

-Ni la he probado siquiera -dijo el lobo.

-¡Qué! Es preciso, sino que usted no se acuerda.

-Digo a usted que no, ¡canario! Lo que es que usted me la ha robado, y que sus tres ahijados, «Empezili», «Mitadili» y «Acabili», han sido empezar, mediar y acabar con mi miel.

-¿Conque tras que usted se comió la miel por no dármela, encima me levanta un falso testimonio? Goloso y maldiciente, ¿no se le cae a usted el hocico de vergüenza?

-¡Que no me la he comido, dale! Quien se la ha comido es usted, que es una ladina y ladrona, y ahora mismo voy al león a dar mi queja.

-Oiga usted, compadre, y no sea tan súbito -dijo la zorra-. El que comió miel, en poniéndose a dormir al sol la suda. ¿No sabía usted eso?

-Yo, no- dijo el lobo.

-Pues mucha verdad que es -prosiguió la zorra-. Vamos a dormir la siesta al sol, y cuando nos despertemos, aquel que le sude la barriga miel, no hay más sino que es el que se la ha comido.

Convino al cabo, y se echaron a dormir al sol.

Apenas oyó la zorra roncar a su compadre, cuando se levantó, arrebañó la orza y le untó la barriga con la miel que recogió. Se lamió la pata y se echó a dormir.

Cuando el lobo se despertó y se vio con la barriga llena de miel, dijo:

-¡Ay, sudo miel! Verdad es, pues yo me la comí. Pero puedo jurar a usted, comadre, que no me acordaba. Usted perdone. Hagamos las paces, y váyase el demonio al infierno.

Los caballeros del pez

Erase vez y vez un pobre zapatero remendón, que no ganaba nada en su oficio, y así determinó comprar una red y meterse a pescador. Muchos días estuvo pescando, y no sacó más que cangrejos y zapatos viejos, que cuando era remendón no veía nunca. Al fin pensó:

-Hoy es el último día que pesco. Si nada saco, me voy y me ahorco.

Echó las redes, y esta vez sacó en ellas a un pez de San Pedro (2).

Conforme tuvo en su mano el remendón al hermoso pez, le dijo este (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie): -Llévame a tu casa; córtame en ocho pedazos y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerbabuena. Dale a comer dos pedazos a tu mujer, dos a tu yegua, dos a tu perra, y los otros dos los sembrarás en tu jardín.

El remendón hizo al pie de la letra cuanto le dijo el pescado; tal fue la fe que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran más fe y confianza en sus palabras que los que hablan mucho.

A los nueve meses parió su mujer dos niños; su yegua, dos potros; su perra, dos cachorros, y en el jardín nacieron dos lanzas, que por flor llevaban dos escudos, en los que se veía un pez de plata en campo azul.

Medró todo esto en amor y compañía maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de casa del remendón dos gallardos jinetes, montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos.

Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamarlos «El Caballero Doble»; y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, después de abrazarse estrechamente dirigieron el uno al Poniente, y el otro a Levante.

Después de unos días de marcha, llegó el primero a Madrid, y halló a la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolación, y supo que todos los años un fiero dragón, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella joven, y que aquel año infausto había tocado la suerte a la Princesa, buena y bella sin segunda, hija del Rey.

Preguntó en seguida el caballero que dónde se hallaba la Princesa, y le contestaron que a un cuarto de legua de distancia esperaba a la fiera, que aparecía al caer las doce, para llevarse su presa.

Fue el caballero a cerciorarse al punto indicado, y halló a la Princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de pies a cabeza.

-¡Huid! -gritó la Princesa al Caballero del Pez cuando le vio llegar-. ¡Huid, temerario, que va a venir el monstruo, y si os ve, pobre de vos!

-No me iré -contestó el bizarro caballero-, porque he venido a salvaros.

-¿Salvarme? ¿Cómo? ¡Si esto no es posible!

-Allá veremos -contestó el valiente campeón-. ¿Hay aquí alemanes?

-Sí, señor -respondió con extrañeza la Princesa-. ¿A qué esa pregunta?

-Ya lo sabréis.

Y echando a escape su caballo, partió para la desolada villa, volviendo a breves instantes con un inmenso espejo que había comprado en una tienda de alemán. Apoyolo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la Princesa, puso a esta delante, advirtiéndola que cuando estuviese cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo, dicho lo cual hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragón y en acercarse lentamente a aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que sólo le faltaba el lente para igualar a otros culebrones menos temibles que él.

Cuando ya estaba cerca, la Princesa, según le había prescrito el Caballero del Pez, descorrió el velo, y pasando detrás del espejo, desapareció a los enamorados ojos del fiero dragón, que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas a un dragón como él. Frunció el gesto; su igual hizo lo mismo. Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubíes; no se quedaron en zaga los de su contrario, que se pusieron como dos carbunclos. Aumentose con esto su furor, y erizó sus escamas como un puercoespín sus púas; las del otro dragón hicieron otro tanto. Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie, a no haber sido porque el amenazado, lejos de intimidarse, abrió otra idéntica. Furioso, se abalanzó el dragón contra su intrépido contrario, dándose tal calamochozo en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido; y como había roto el espejo, y en cada pedazo vio una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se había hecho él mismo pedazos.

Aprovechó el caballero este momento de mareo y asombro, y saliendo instantáneamente de su escondite, con su fiel perro y su buena lanza, le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al Caballero del Pez, trayendo a ancas a la Princesa, más contenta que unas Pascuas, y al dragón atado a la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola del manto de una Orden de Caballería.

Colegirase también que tal hazaña no se podía pagar al Caballero del Pez sino con la blanca mano de la Princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas, y que yo fui y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora a que el esposo le dijo a la esposa algunos días después de casados que quería ver todo el palacio, que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. Hízose así, y echaron tres días en verlo. Al cuarto subieron a las azoteas. El caballero se quedó admirado. ¡Qué vista, amigo! Jamás has visto tú una igual, ni yo tampoco. Se veía toda España, y hasta los moros, y al Emperador de Marruecos, que estaba llorando por el dragón, su amigo.

-¿Qué castillo es aquel -preguntó el Caballero del Pez- que se ve allá a lo lejos, tan solo y tan sombrío?

-Ese es -respondió la Princesa- el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El caballero calló al oír estas razones; pero como era valiente y emprendedor, a la mañana siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó a su sabueso y se encaminó hacia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. Más sombrío que una noche de truenos, más engestado que un facineroso y más callado que un difunto. Pero el Caballero del Pez no conocía el miedo sino de oídas, y no volvía la espalda sino a los enemigos vencidos. Así, pues, tomó su corneta o clarín y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya más cerca, ya más lejos, ya más suave, ya más hueco, los sonidos de la sonata. Pero en el castillo nadie se movió.

-¡Ah del castillo! -gritó el caballero-. ¿No hay quien atienda a un caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero anciano ni paje mozalbete?

-¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! -clamaron los ecos.

-¿Que me vaya? -dijo el Caballero del Pez-. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! -gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dio un fuerte golpe contra la puerta.

Abriose entonces el rastrillo, y asomose la punta de una larga nariz, que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja más fea que el Mengue.

-¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? -preguntó con voz cascada.

-Entrar -contestó el caballero-. ¿No puedo acaso gozar aquí algún descanso en esta tarde de estío? ¿Sí o no?

-No, no, no -dijeron los ecos.

Habla levantado el caballero su visera, porque era fuerte el calor, y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

-Pasad adelante, bello doncel, que seréis atendido y bien cuidado.

-¡Cuidado! ¡Cuidado! -advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo:

-¡Yo no temo sino a Dios!

-¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! -suspitaron los ecos.

-Vamos, madre anciana...

-Me llamo doña Berberisca -interrumpió la vieja, muy amostazada, al caballero-, y soy señora de Albatroz.

-¡Atroz! ¡Atroz! -le gritaron los ecos.

-¿Queréis callar, malditos vocingleros? -exclamó con coraje doña Berberisca-. Soy vuestra servidora -prosiguió, haciendo una cortesía a la francesa al caballero-, y si queréis seré vuestra esposa, y viviréis conmigo aquí como un bajá.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -rieron los ecos.

-¿Que me case con vos, que tenéis cien años? Estáis loca, y tonta también.

-Bien, bien -dijeron los ecos.

-Lo que quiero -prosiguió el caballero- es registrar el castillo, e irme después que haga ese examen.

-¡Amén! ¡Amén! -suspiraron en latín los ecos.

Doña Berberisca, picada hasta el corazón, echó una torva mirada al Caballero del Pez, e intimándole que la siguiese, le enseñó todo el castillo, en el que vio muchas cosas; pero no las pudo referir, porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejón oscuro, en que había una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fue con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros, que la pícara Berberisca había castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro Caballero del Pez, que había seguido viajando, y que vino a parar a Madrid. Al entrar por las puertas de esta, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real y muchos criados de Palacio le rodearon, diciéndole que la Princesa se deshacía en lágrimas al ver lo que se había prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

-Preciso es -pensó el caballero- que me tengáis por mi hermano, a quien parece que tan buena suerte ha cabido. Callemos, y veamos en qué vienen a parar estas misas.

Lleváronle casi en triunfo al palacio, y fácil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fue objeto por parte del Rey y de la Princesa.

-¿Conque fuiste al castillo? -preguntaba este.

-Sí, sí -contestaba.

-¿Y qué viste?

-No me es permitido decir una palabra sobre ello, hasta que vuelva allá otra vez.

-¿Piensas acaso volver a ese maldito castillo, tú, único y solo que jamás haya vuelto de él?

-Me precisa.

Cuando se fueron a acostar puso el caballero su espada en la cama.

-¿Por qué haces eso? -preguntó la Princesa.

-Porque he hecho promesa de no acostarme hasta que vuelva otra vez de Albatroz.

Y al día siguiente montó su bridón y se encaminó hacia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido a su hermano.

Llamó al castillo, y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecía un pez-espada. Pero apenas hubo visto la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque le pareció que los muertos resucitaban, y huyó, invocando al objeto de su devoción, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella visión de carne y hueso, salida de la mansión de los muertos.

-Señora senectud -le gritaba el recién llegado-, ¿no ha venido por acá un caballero que viste así?

-Sí, sí, sí -respondieron los ecos.

-¿Y qué habéis hecho con ese caballero tan cumplido, tan rematado?

-¡Matado! ¡Matado! -gimieron los ecos.

Al oír esto y al ver a la vieja que huía, el Caballero del Pez no fue dueño de sí; corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte a parte, quedándose clavada en la espada; y como hacía mucho viento, y era la vieja muy delgada y ligera, se puso a girar, dando vueltas en la punta de la espada como un volador.

-¿Dónde está mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo? -preguntaba el caballero.

-Yo os lo diré -respondió la bruja-. Pero como voy a morir, y estoy mareada de las vueltas que doy mal de mi grado, no lo diré hasta que me hayáis resucitado.
-¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?
-Id al jardín -respondió la vieja-, cortad siemprevivas, eternas, moco de pavo y sangre de dragón; haced con estas flores un cocimiento en la caldera y preparad con él un baño, en el que me meteréis.
Y diciendo esto, la vieja se murió sin decir Jesús.
Hizo el caballero todo como se lo había prescrito la vieja, la que, efectivamente, resucitó, y más fea que antes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas, que parecían un colmillo de elefante.
Díjole entonces al caballero dónde estaba su hermano.
Bajó al abismo, en que halló a este y a otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fue metiendo una tras otra en el caldero, y todas iban resucitando; y conforme resucitaban venía alegre el eco, que era su voz, tomando posesión de sus gargantas, y lo primero que decían era:
-¡Maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡Malvada sin entrañas! Lo que hizo con estos hidalgos hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se había llevado el dragón, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al Caballero del Pez, y su mano a uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se volvió a morir de envidia y de coraje.

La niña de los tres maridos

Había un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios a cual más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían su beneplácito, y que preguntaría a su hija a cuál de ellos prefería.

Así lo hizo, y la niña le contestó que a los tres.

-Pero, hija, si eso no puede ser.

-Elijo a los tres -contestó la niña.

-Habla en razón, mujer -volvió a decir el padre-. ¿A cuál de ellos doy el sí?

-A los tres -volvió a contestar la niña, y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fue mohíno, y les dijo a los tres pretendientes que su hija los quería a los tres; pero que como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen por esos mundos de Dios a buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron a reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie.

Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado con un viejecito, que le dijo si le quería comprar un espejito. Contestó que no, puesto que para nada le podía servir aquel espejo, tan chico y tan feo. Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las personas que su dueño deseaba ver; y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si le quería comprar un botecito con bálsamo.

-¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? -preguntó al viejecito.

-Dios sabe -respondió este-; pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar a los muertos.

En aquel momento acertó a pasar por allí un entierro; se fue a la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fue a su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vio llegar sobre las olas una arca muy grande, y acercándose a la playa, se abrió, y salieron saltando en tierra ininidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó a él y le dijo si le quería comprar aquella arca. -¿Para qué la quiero yo -respondió el pretendiente-, si no puede servir sino para hacer una hoguera?.

-No, señor -repuso el viejecito-, que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva a su dueño y a los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen. Ello es cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las playas de España.

Cerciorose el caballero, y compró el arca por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres, y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba, y que iba, pues, a regresar a España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con sólo desearlo, la persona ausente que se quería ver; y para probarlo presentó su espejo, deseando ver a la niña que todos tres pretendían.

¡Pero cual sería su asombro cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

-Yo tengo -exclamó el que había comprado el bote- un bálsamo, que la resucitaría; pero de aquí a que lleguemos, ya estará enterrada y comida de gusanos.

-Pues yo tengo -dijo a su vez el que había comprado el arca- un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces a embarcarse en el arca, y a las pocas horas saltaron en tierra, y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron a este en el mayor desconsuelo, por la muerte de su hija, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase a verla; y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd, y volviéndose a su padre, le dijo:

-¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba a los tres?

Bella Flor

Había una vez un padre que tenía dos hijos; el mayor le tocó la suerte de soldado, y fue a América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre había muerto, y su hermano disfrutaba del caudal y se había puesto muy rico. Fuese a casa de este, y le encontró bajando la escalera.

-¿No me conoces? -le preguntó.

El hermano le contestó con mala manera que no.

Entonces se dio a conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, y que allí hallaría un arca, que era la herencia que le había dejado su padre, y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero, y halló un arca muy vieja, y dijo para sí:

-¿Para qué me puede a mí servir este desvencijado arcón? ¡Pero anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frío.

Cargó con él y se fue a su mesón, donde cogió un hacha y se puso a hacer pedazos el arcón, y de un secreto que tenía cayó un papel. Cogiolo, y vio que era la escritura de una crecida cantidad que adeudaban a su padre. La cobró, y se puso muy rico.

Un día que iba por la calle encontró a una mujer que estaba llorando amargamente; la preguntó qué tenía, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que no sólo no tenía para curarlo, sino que se lo quería llevar a la cárcel un acreedor, al que no podía pagar lo que le debía.

-No se apure usted -le dijo José-. No llevarán a su marido a la cárcel, ni venderán lo que tiene, que yo salgo a todo; le pagaré sus deudas, le costearé su enfermedad y su entierro, si se muere.

Y así lo hizo todo. Pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto, después de pagado el entierro, no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra.

-Y ahora ¿qué hago? -se preguntó a sí mismo-. Ahora, que no tengo que comer. Me iré a una corte, y me pondré a servir.

Así lo hizo, y entró de mozo en el palacio del Rey.

Se portó tan bien y el Rey lo quería tanto, que lo fue ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentilhombre.

Entre tanto, su descastado hermano había empobrecido, y le escribió pidiéndole que le amparase; y como José era tan bueno, lo amparó, pidiendo al Rey le diese a su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sentir gratitud hacia su hermano, lo que sentía era envidia al verlo privado del Rey, y se propuso perderlo. Para eso, se puso a inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor, y que esta, como que era el Rey viejo y feo, no le quería, y se había ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabía dónde. El hermano fue y le dijo al Rey que José sabía dónde estaba la Bella-Flor, y correspondía con ella. Entonces el Rey, muy airado, mandó venir a José y le dijo que fuese al momento a traerle la Princesa Bella-Flor, y que, si se venía sin ella, lo mandaría ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fue a la cuadra para coger un caballo e irse por esos mundos, sin saber por dónde tirar para encontrar a Bella-Flor. Vio entonces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

-Tómame a mí, y no tengas cuidado.

José se quedó asombrado de oír hablar un caballo; pero montó en él y echaron a andar llevando tres panes de munición que le dijo el caballo que cogiese.

Después que hubieron andado un buen trecho, se encontraron un hormigal, y el caballo le dijo:

-Tira ahí esos tres panes para que coman las hormiguitas.

-Pero, ¿para qué? -dijo José-. Si nosotros los necesitamos.

-Tíraselos -repuso el caballo-, y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho, y encontraron a un águila que se había enredado en las redes de un cazador.

-Apéate -le dijo el caballo-, y corta las mallas de esa red y libra a ese pobre animal.

-¿Pero vamos a perder el tiempo en eso? -respondió José.

-No le hace; haz lo que te digo y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y llegaron a un río, y vieron a un pececito que se había quedado en seco en la orilla, y por más que se movía, con ansias de muerte, no podía volver a la corriente.

-Apéate -dijo a José el caballo blanco-, coge ese pobre pececito y échalo al agua.

-Pero si no tenemos tiempo de entretenernos -contestó José.

-Siempre hay tiempo para hacer una buena obra -respondió el caballo blanco-, y nunca te canses de hacer bien.

A poco llegaron a un castillo, metido en una selva sombría, y vieron a la Princesa Bella-Flor, que estaba echando afrecho a sus gallinas.

-Atiende -le dijo a José el caballo blanco-; ahora voy a dar muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le hará gracia a Bella-Flor; te dirá que quiere montar un rato, y tú la dejarás que monte; entonces yo me pondré a dar coces y relinchos; se asustará, y tú la dirás entonces que eso es porque no estoy hecho a que me monten las mujeres, y montándome tú, me amansaré; te montarás, y saldré a escape hasta llegar al palacio del Rey.

Todo sucedió tal cual lo había dicho el caballo, y sólo cuando salieron a escape, conoció Bella-Flor la intención de robarla que había traído aquel jinete.

Entonces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó, y le dijo a su compañero que se le había derramado el afrecho y que se lo recogiese.

-Allí, donde vamos -respondió José-, hay mucho afrecho.

Entonces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó prendido en una de las ramas más altas, y dijo a José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo; pero José le respondió:

-Allá, donde vamos, hay muchos pañuelos.

Pasaron entonces por un río, y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió a José que se apease para cogérsela; pero José le respondió que allí donde iban, había muchas sortijas. Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver a su amada Bella-Flor; pero esta se metió en un aposento, en que se encerró, sin querer abrir a nadie. El Rey la suplicó que abriese; pero ella dijo que no abriría hasta que le trajesen las tres cosas que había perdido por el camino.

-No hay más remedio, José -le dijo el Rey-, sino que tú, que sabes las que son, vayas por ellas, y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fue muy afligido a contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

-No te apures; monta sobre mí, y vamos a buscarlas.

Pusieronse en camino y llegaron al hormigal.

-¿Quisieras tener el afrecho? -preguntó el caballo.

-¿No había de querer? -contestó José.

-Pues llama a las hormiguitas y diles que te lo traigan, que si aquel se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de munición, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas a él, acudieron, y le pusieron delante un montón de afrecho.

-¿Lo ves -dijo el caballito- cómo el que hace bien, tarde o temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que había echado Bella-Flor su pañuelo, el que ondeaba como un banderín en una rama de las más altas.

-¿Cómo he de coger yo ese pañuelo -dijo José-, si para eso se necesitaría la escala de Jacob?

-No te apures -respondió el caballito blanco-; llama al águila que libertaste de las redes del cazador, y ella te lo cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó a José.

Llegaron al río, que venía muy turbio.

-¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este río hondo, cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echó? -dijo José.

-No te apures -respondió el caballito-; llama al pececito que salvaste, que él te la sacará. Y así sucedió, y el pececito se zambulló y salió tan contento, meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas a Bella-Flor, dijo que no abriría ni saldría de su encierro mientras no friesen en aceite al pícaro que la había robado de su palacio.

El Rey fue tan cruel, que se lo prometió, y dijo a José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fue muy afligido a la cuadra y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

-No te apures -le dijo el caballito-; móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada. Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera, salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entonces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido a José, creyendo que a él le sucediese otro tanto, y que entonces se enamoraría de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharrón.

Todos entonces proclamaron por Rey al Chambelán, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fue a darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debía, al caballito blanco, este le dijo:

-Yo soy el alma de aquel infeliz en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenías, y al verte tan apurado y en peligro, he pedido a Dios permiso para poder, a mi vez, acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho y te lo vuelvo a decir, de que nunca de canses de hacer bien.

El lirio azul

Versión valenciana

Había vez y vez un Rey que tenía tres hijos, a los que dijo que daría la corona a aquel de los tres que le trajese el lirio azul.

Echáronse los hijos cada cual por distinto rumbo a buscarlo por esos mundos.

El más chico encontró la flor y se la metió muy contento dentro de la media, por si encontraba a sus hermanos, que no la vieran. En medio de un arroyo seco se lo encontraron, y conocieron ellos que llevaba la flor, y se dijo uno a otro:

-¿Qué haremos para quitársela y ganarnos la corona?

El otro respondió:

-Matarle.

Y así lo hicieron, enterrándolo después en la arena.

Como eran dos, y una sola la flor, echaron a suertes a ver quién la ganaba, y le favoreció al mayor. Se fue muy contento a su casa, y cuando llegó y le dio a su padre la flor, el Rey le declaró heredero de la corona.

En esto pasó un pastor por el sitio en que estaba enterrado el hermano más chico, y vio que salía de la tierra una cañita blanca, la que arrancó e hizo con ella una flauta. La tocó, y decía:

Toca, toca, bon pastor,

y no ennamenes

per la flor del lliri blau;

man mort en riu de arenes.

Fue tocando esto hasta pasar delante del palacio del Rey, y este, habiendo oído la flauta, salió a llamar al pastor, y le dijo:

-Sube a tocarme esa flauta, que quiero oírla.

Entró el pastor y se puso a tocarla, y repitió su canción. Mandó llamar el Rey a sus hijos, y le dijo al pastor que le dijere de dónde había sacado aquella flauta. El pastor los llevó al sitio donde había encontrado su flauta, y el Rey dijo a sus hijos:

-¿Sois vosotros los que habéis muerto a vuestro hermano?

Pero ellos dijeron que no.

Su padre mandó que levantaran la arena en aquel lugar, y encontraron al niño vivo y sano, sólo faltándole un dedo que había quedado fuera cuando lo enterraron, y era el que había servido para hacer la flauta, y el padre dio la corona al niño y castigó a sus hermanos.

Vivió y reinó muchos años, pero siempre sin un dedo.

Cuento contado, ya se ha acabado, y por la chimenea se fue al terrado.

El pájaro de la verdad

Erase vez y vez un pescador muy pobre, que vivía en una chocita en la orilla de un río, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que huyendo del sol y la bulla, se entraba por entre árboles, zarzas y cañaverales a escuchar a los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un día que, metido en su lanchita, iba el pescador a echar sus redes, vio bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Bogole al encuentro, y ¡cuál no sería su asombro al ver en ella acostadas sobre algodones a dos criaturas recién nacidas, niño y niña, al parecer mellizos! Al pobre pescador le dio mucha lástima de ellas y se las llevó a su mujer, que a la sazón estaba criando.

-¡Eso es! -dijo esta cuando se los presentó-. Tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

-Mujer -repuso el pobre pescador-, ¿y qué hacía?... ¿Dejaba ir sin proximidad ni caridad ninguna a estos angelitos río abajo, a que se muriesen de hambre o a que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios, que nos envía estos dos hijitos más, cuidará de ayudarnos a criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y robustos a la par de sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querían mucho, y de continuo se los ponían por ejemplo a sus otros hijos, por lo cual estos, envidiosos y enrabiados, les hacían mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo de estos vejámenes, se iban los huérfanos a refugiar entre las arboledas y cañaverales de las orillas del río. Divertíanse con los pajaritos, a los que llevaban migajas de pan, y estos, agradecidos, volaban a su encuentro y les enseñaban la lengua de los pájaros, que aprendieron pronto; y así se entretenían con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas el levantarse temprano y otra el cantar. Un día que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron a los mellizos:

-Nosotros somos bien nacidos e hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el río, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto los huérfanos, que tenían vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que determinaron irse por esos mundos de Dios o buscar a sus padres.

A la madrugada siguiente, salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron a caminar... a caminar... a la ventura, por esos campos. A medio día no habían vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron a ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entonces, descorazonados, se sentaron a descansar en un poyo que tenía la puerta. A poco rato notaron que se reunían una porción de golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoterías, se ponían a charlar unas con otras. Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendían lo que decían.

-¡Hola, comadre de la ciudad! -decía una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, a otra que lo tenía muy fino y distinguido-

¡Dichosos los ojos que la ven a usted! Pensé que tenía usted a sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡Como vive usted en un palacio!...

-Herederé el nido de mis padres -contestó la otra-, y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo, como usted el suyo. Pero dígame, ante todo -prosiguió con fina política-, ¿cómo le va a usted y a toda su familia?

-Bien, a Dios gracias, porque aunque he tenido a mi Beatricilla con una fluxión de ojos que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fui por nuestro remedio, el «pito-real», y se mejoró como por ensalmo.

-Pero, ¿qué novedades me cuenta usted comadre Beatriz? ¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra? ¿Se engalana el jilguero?

-Hermana -contestó la interrogada-, no tengo que contar a usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que antes era tan inocente y morigerada, está perdida y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

-¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo ni entre los pájaros? ¡Comadre! ¿Qué me dice usted?

-La verdad pura y no más; figúrese usted que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando viene la primavera, los días largos y las flores, buscando el frío y los temporales; al ver esa insensatez, por compasión las quisimos disuadir, a lo que nos contestaron con la mayor insolencia.

-¿Cómo fue eso?

-Las dijimos:

-¿Adónde vais, locas?

-De dónde venís, disolutas,
que fuisteis pocas
y venís muchas?

Esta fue la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores a la cara.

-¡Qué oigo! -exclamó su interlocutora-. ¿Quién ha osado nunca tacharnos a nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

-¿Y qué pensará usted si le digo -prosiguió la primera- que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona, y que

La cogujada, en su trajín,
pica el garbanzo, pica el maíz;
y al sembrador que se enfada
al ver el daño que hace,
le dice muy descarada:

«Siembra más, que este no nace».

-¡Estoy atónita!

-Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él, muy arrellenado, a un desvergonzado gorrión. «Este nido es mío», le dije. «¿Tuyo?», me contestó el muy grosero echándose a reír. «Mío y muy mío». «La propiedad es un robo», me pitó con coraje. «Señor... ¿Está usted en sí?», le dije. «Ese nido lo labraron mis abuelos; en él me criaron mis padres, y en él criaré a mis hijos». «No hay familia», me dijo aquel emberrenchinado. Al ver esto me desmayé, y todas mis compañera se pusieron a llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habían echado a aquel pícaro ladrón. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

-¡Veo otros!... ¡Ay! ¡Si usted supiera!...

-¡Cuenta usted! ¡Cuenta usted! -exclamaron todas las golondrinas a un tiempo y precipitadamente; y después que el silencio se hubo restablecido, merced a un recio y prolongado «oíd», que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos:

-Han de saber ustedes que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivía cerca de palacio, y se casó con ella; y la niña se lo merecía, porque era tan buena como hermosa y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey a una guerra, y la Reina quedó embarazada y con el sentimiento de separarse, en aquellas circunstancias, de su marido. ¡Con razón lo sentía! Porque los ministros y cortesanos, que no la querían por Reina, por ser hija de un sastre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasión, dando a luz unos hermosos mellizos, los muy pícaros escribieron al Rey que lo que la Reina había parido era un gato y una culebra. Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado, expidió una Real orden, que mandaba que lo que la Reina hubiese parido fuese echado al río, y que fuese ella emparedada; y así se hizo. La buena Reina fue emparedada, y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al río.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron a alimentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrían ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió:

-Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fue emparedada; pero su ama, que la quería mucho, logró hacer un agujero en la pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras a nuestros polluelos; y esta señora vive, aunque una vida de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador, que los ha criado, según me ha contado un amigo mío, «Martín, pescador», que está establecido a orillas del río.

Los mellizos, que esto oían, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con lo cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando menos se piensa, puede ser de gran utilidad lo aprendido.

-De manera -dijeron con alegría las golondrinas- que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre y libertar a su madre.

-Esto no es tan fácil -repuso la narradora-, porque no podrán identificar su persona, ni probar así la inocencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podían desengañar al Rey.

-¿Y cuál es? ¿Cuál es? -preguntaron a una voz todas las golondrinas-

¿Cómo lo sabe usted?

-Lo sé -contestó la interrogada- porque pasando un día por el jardín de palacio, me di de patas a pico con un cucú, que como saben ustedes es pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurriendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiente:

(Los niños y las golondrinas se pusieron a escuchar con redoblada atención, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos,

sin que lo notasen sus madres, que a haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo).

-El solo que puede persuadir al Rey -prosiguió la palaciega- es el «Pájaro de la Verdad», que habla la lengua de los hombres, aunque ellos, las más veces, no saben o no quieren entenderle.

-Y ese pájaro, ¿dónde está? -pregunté yo al cucú.

-Ese pájaro está -contestó- en el castillo de «Irás y no volverás»; ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en las veinticuatro. Si al despertar alcanza a alguno fuera o dentro del castillo, con su tremendo brazo le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras a un mosquito.

-¿Y dónde está ese castillo? -preguntó la curiosa comadre Beatriz.

-Eso es lo que yo no sé -contestó su amiga-; lo único que sé es que no lejos hay una torre, en la que vive una pícara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí «el agua de muchos colores», que sirve para sus encantos; pero que no dirá, aunque la maten, dónde está el «Pájaro de la Verdad», al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como a ese pájaro nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado, sin dejarle respirar.

-¿Pero nadie más le podrá dar razón al pobre niño si llegase a ir, de dónde tienen escondido al «Pájaro de la Verdad»? -preguntaron las campesinas.

-Nadie -respondió la ciudadana-, sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra «¡cruz!», que tan impresa se le quedó cuando presencié en el Calvario la crucifixión del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, aun dado el imposible caso de que por allí fuese. Pero amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir Pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar. Y yo voy a buscar el mío; que mis hijitos me estarán echando de menos. Con Dios... ¡Comadre «Beatriiiiiz»!

Diciendo esto, la golondrina tomó su vuelo, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron y siguieron su camino en la dirección del vuelo que había tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron a una ciudad, que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron a una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, cuando ya estaba la niña barriendo la casa, y el niño sacando agua y regando el jardín; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta que propuso a los niños que se quedasen a vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haría; pero que en cuanto a él, le precisaba concluir un negocio para el que había venido allí. Despidiose, pues, y siguió su camino a la buena ventura, pidiendo a Dios guíase sus pasos para llevar a cabo tan arriesgada empresa.

Tres días anduvo por esos andurriales, sin encontrar ni vestigio de torre, y al cuarto se sentó, triste y desesperanzado, a la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vio llegar a una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Díjole el niño en su lenguaje:

-Tortolita del negro collar,

¿decirme querrás

(¡así goces tu amor por un siglo!)

donde está el castillo de Irás

y no volverás?

-¡Pobre niño! -responde la tórtola.

¿Quién tan mal te quiere

que te envía allá?

¡Es mi buena o mi mala fortuna!

contesta el rapaz.

-Pues saberlo quieres -replícale el ave-,

¡sigue el viento, que hoy sopla hacia allá!

El niño le dio las gracias, y se puso en seguida en camino, temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anochecer divisó entre sombras y desnudas rocas una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto muy buen propósito, siguió impávido; y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes a la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abriose la puerta y apareció en el quicio, con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrepita y tan horrenda, que el pobre niño dio, horrorizado, tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamanquesas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

-¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante -exclamó-, a venir a alborotar a mis puertas y a despertarme? ¿Qué quieres? Habla presto.

-Señora -dijo el niño-, sabiendo que sólo vos conocéis el camino que lleva al castillo de «Irás y no volverás», vengo a que me lo indiquéis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

-Bien; pero ahora es tarde; mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

-No me puedo detener -repuso el niño-; me precisa ir ahora mismo, para regresar antes que sea de día al punto de donde vengo.

-¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz! -gruñó rabiosa la vieja-. Si te lo digo -añadió- ha de ser con la condición de que me traigas este jarro lleno de «agua de muchos colores», que brota de la fuente que está en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

-¡Convenidos! -respondió el niño.

Entonces la vieja llamó a un pobre perro, muy flaco y muy doliente, que tenía, y le dijo:

-Ea, ¡upa! Conduce a ese gurrupato al castillo de «Irás y no volverás», y cuidado que avises a mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente a un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna, al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida, parecían más pálidos.

El perro se puso a aullar y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era o no la hora en que dormía el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y «frondió» acebuche, que era el solo árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

-¡Válgame mi buen Jesús! -clamó el niño.

-«¡Cruz! ¡Cruz!» -le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al ermitaño de que había hecho mención la golondrina, y le dijo en la lengua de los pájaros:

-Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampares y que me guíes, puesto que vengo en busca del «Pájaro de la Verdad», y antes tengo que llevar a la bruja de la torre «el agua de los muchos colores».

-No hagas eso- contestó el mochuelo-; sino llena el jarro del agua clara y pura que brota de un manantial al pie de la fuente del «agua de muchos colores»; en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta; no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos a la par, que ellos son el «Pájaro de la Verdad», sino coge a un pajarito blanco, a quien los otros tienen arrinconado, y a quien persiguen sin descanso sin poderlo matar, porque no puede morir. Pero... ¡apresúrate!, porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto de hora.

El niño echó a correr, entró en el patio, donde halló la fuente, que tenía muchos caños, por los que vertía agua de distintos colores; pero, no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pie de la fuente, y se encaminó a la pajarera. Apenas entró, cuando se vio rodeado de una bandada de pájaros: los unos, cuervos negros; otros, pavos reales; otros, chorlitos, y todos le aseguraban ser ellos el «Pájaro de la Verdad»; pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco a quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del «Pájaro de la Verdad».

El niño se encaminó sin dejar de correr hacia la torre de la bruja.

Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño todo el agua que contenía, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiría en un loro; pero como era agua pura y clara, el niño, al recibirla, se puso mucho más hermoso.

Acudieron en seguida a empaparse en ella todas las sabandijas, que eran las personas que habían ido allí con el mismo intento que había llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas, y los gorgojos, niños.

Cuando la bruja vio aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó a volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias a su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cuál sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el «Pájaro de la Verdad», fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil, y era hacer penetrar al «Pájaro de la Verdad» hasta el Rey sin que lo impidiesen todos aquellos cortesanos que estaban interesados en que no llegase a saberla ni a descubrir el gran delito que habían cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la corte que en ella se encontraba el «Pájaro de la Verdad», fue tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormían tranquilos.

Se prepararon contra él toda clase de armas, a cual más afiladas, a cual más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difamó diciendo que su blancura era hipócrita afeite con que encubría su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin, tanto se habló del «Pájaro de la Verdad», que llegó esta nueva a los oídos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la Corte lo quisieron impedir, Su Majestad mandó terminantemente que se echase un pregón que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al «Pájaro de la Verdad» le presentase sin detención al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió a palacio, llevando en su pecho al «Pájaro de la Verdad»; pero como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entonces el pajarito se echó a volar, se entró en las estancias reales por un balcón, se presentó al Rey, y le dijo:

-Señor: yo soy el «Pájaro de la Verdad»; al niño que me trae en su pecho, no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luego que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita, a quien había llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia, les preguntó el Rey quiénes eran.

-Que se lo diga a Vuestra Real Majestad el «Pájaro de la Verdad» -contestó el niño. E interrogado este por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto había sucedido.

Apenas se enteró el Rey de tan inicua trama, cuando estrechó con lágrimas de gozo, a los niños en sus brazos; mandó venir albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años había estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca, que parecía una Reina de mármol; pero apenas vio a sus hijos, cuando brotó a sus mejillas la sangre de su corazón y se puso más hermosa que nunca lo había estado. El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y a su lado los Príncipes, sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; a la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillón de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró «Duquesa de la Huelga». Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fui y vine y no me dieron nada.

Los deseos

(3)

Había un matrimonio anciano, que aunque pobre, toda su vida la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias a Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de mayor cuantía que lograban otros, y deseando gozarlos también.

-¡Si yo en lugar de mi hacecilla -decía el viejo-, que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero, tuviese el rancho del tío Polainas!

-¡Y si yo -añadía su mujer-, en lugar de esta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina, que está en primera vida!

-¡Si yo -proseguía el marido-, en lugar de la burra, que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

-¡Si yo -añadió la mujer- pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente, para tener las cosas, no tienen sino desearlas.

¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba a media vara; traía, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos, salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito, de oro, que remataba en un carbunclo deslumbrador.

-Soy el Hada Fortunata -les dijo-; pasaba por aquí, y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis por que se cumplan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de

tres: uno a ti, dijo a la mujer; otro a ti, dijo al marido; y el tercero ha de ser mutuo, y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas, que volveré; hasta allá, tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella Hechicera desapareció.

Dejo a la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio, y la cantidad de deseos que como pretendientes a la puerta de un ministro les asediaron a ellos. Fueron tantos, que no acertando a cual atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente, y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron a hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversación sobre sus afortunados vecinos.

-Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas -dijo el marido-.

¡Pero qué morcillas! Daba gloria verlas.

-¡Quién tuviera una de ellas aquí -repuso la mujer- para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas al cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

-Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡Más tonta que un habar! Esto es para desesperarse. ¡Reniego de ti y de la morcilla, y no quisiese más sino que te se pegase a las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora toca el asombrarse al viejo, y desesperarse a la vieja.

-¡Te luciste, mal hablado! -exclamaba esta, haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices-. Si yo empleé mal mi deseo, al menos fue en perjuicio propio, y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo, ni nada desearé sino que se me quite la morcilla de las narices.

-¡Mujer, por Dios! ¿Y el rancho?

-Nada.

-¡Mujer, por Dios! ¿Y la casa?

-Nada.

-Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

-Ni que lo pienses.

-Pues qué, ¿nos vamos a quedar como estábamos?

-Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato, que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente apareció el hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

-Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres, creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

El pícaro pajarillo

Había vez y vez un pajarito, que se fue a un sastre, y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó la medida, y le dijo que a los tres días le tendría acabado. Fue en seguida a un sombrero, y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último, fue a un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado se fue al sastre, que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:

-Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó a volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistiose el pajarito con su ropa nueva y se fue al jardín del Rey; se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso a cantar mientras el Rey comía:

Más bonito estoy con mi
vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.
Más bonito estoy con mi vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así sucedió. Después de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vio el pajarito en el estómago del Rey, que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar a dar sendos picotazos a derecha e izquierda.

El Rey se puso a quejarse, y a decir que le había sentado mal la comida, y que le dolía el estómago.

Vinieron los médicos, y le dieron a su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó a vomitar, lo primero que salió fue el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fue y se zambulló en la fuente, y en seguida se fue a una carpintería, y se untó tordo el cuerpo de cola; fuese después a todos los pájaros, y les contó lo que le había pasado, y les pidió a cada uno una plumita, y se la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando. Como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso a dar volteos por el árbol que estaba delante del balcón del Rey, cantando que se las pelaba:

¿A quién pasó lo que a mí?

En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo:

-¡Que cojan a ese pícaro pajarito!

Pero él, que estaba sobre aviso, echó a volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la Luna.

El Carlanco

(4)

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iban por los montes vio a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó:

-¡Dios te lo pague, que has hecho una buena obra de caridad! -le dijo la avispa a la cabra-. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

-Voy al monte por una carguita de leña. Vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie, porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco!

Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde dentro:

¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fue hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fue y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo a las chivitas, que fue lo propio del día antes. A la tarde se vino muy dequedito, y remedando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!

One soy la madre que os parí.

Ellas, desde su sobrado, le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó:

-¿Quién es? -pregunto la tornera.

-Madre, soy una cabrita, para servir a usted.

-¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya, ni por pienso! Pasa tu camino y Dios te ayude -dijo la tornera.

-Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa -dijo la cabrita-; si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

-Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón -le dijo-. Vamos a tu casa.
Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó y echó a correr que echaba incendios; y yo
Pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare aquesto.

Otra versión del Carlanco

Había tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita; hicieronlo así con muchas ramitas y yerbecitas, y después de concluida, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó a las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluida que fue, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta y dejó a la más chica fuera, sola y abandonada. Echose esta a llorar, cuando acertó a pasar un albañil, y le preguntó que qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entonces el albañil le labró una casa muy buena, con sus paredes de cantos y su techo de teja; además, revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando a la casita de la oveja mayor, dijo:

Abre la puerta al Carlanco,

Si no te mato.

La ovejita contestó:

-Ábrela, guapo.

Entonces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y se la comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó a la casa de la tercera dijo:

Abre la puerta al Carlanco,

Si no te mato.

La ovejita contestó:

-Ábrela, guapo.

Entonces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

Benibaire

Había una vez tres cabritas muy pobrecitas, y la mayor dijo:

-¿Qué haremos?

La segunda contestó:

-No lo sé.

Y la tercera dijo:

-Yo sí que lo sé. Vamos a casa de Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

-Bien lo has pensado -contestaron las otras-. Vamos allá.

Después de andar una legua, sintieron una voz que decía:

-Be, be.

Vieron un gran carnero; se asustaron y echaron a huir.
Huir, huir.
Que nos va a embestir.

Pero el carnero les gritó:

-No os asustéis. ¿Adónde vais?

Ellas le contestaron:

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya? -dijo el carnero.

Le respondieron:

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que dijo:

-Miau, miau.

Y vieron un gato negro muy grande; se asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.

Que nos va a arañar.

Pero el gato les gritó:

-No os asustéis; no os arañaré. ¿Adónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que gritaba:

-Kikirikí...

Y vieron a un gallo muy fiero; se asustaron y echaron a correr, diciendo:

Huir, huir.

Que nos picará.

Díjoles el gallo:

-No os asustéis; no os picaré. ¿Dónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron un montón de estiércol; se asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.

Que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

-No tengáis miedo; no os ensuciaré. ¿Adónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron una aguja capotera; se asustaron, y dijeron:

Huir, huir.

Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

-No tengáis miedo, que no os pincharé. ¿Dónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y llegaron a casa de Benibaire, y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

-¿Cómo entraremos? -dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

-Yo, gallo galloso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Y así lo hizo, y les abrió la puerta.

Entraron en la casa, y dijeron:

-¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

-Yo ya tengo puesto; me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la toalla, y el carnero se metió detrás de la puerta.

Entonces se fueron las cabritas a las tinajas a sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benibaire, que dijo:

-¡Ay, Señor! ¡Ladrones han entrado en mi casa!

Se levantó y fue al humero, y miró por el cañón de la chimenea a ver si era de día.

Estando mirando le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fue a tientas a buscar las pajuelas para encender, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

-¡Ay, Señor! -dijo-. ¡Qué manos tengo tan sucias!

Y fue a buscar la toalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fue a encender luz en el ojo del gato, y este se abalanzó y le arañó todo; fue huyendo para salir a la calle, y cuando llegó a la puerta salió el carnero y le dio una topada por detrás que le echó a rodar; se fue al molino huyendo, se cayó en el río y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fui y vine y no me dieron nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y otros de cordobán; estos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para ti.

La zorra y la vejeta

Habíase un a Zorra y una Vejeta, que eran muy amigas.

La Vejeta, que, como se sabe, es un pájaro muy honrado, y buscavida sin ser ladrón, le dijo a la Zorra:

-Comadre Zorra, ahí tengo una hacecilla de tierra, y si usted quisiera, la sembraríamos a parcería.

-Sí que me place -contestó la Zorra.

-Pues ya es preciso ararla, pues el tiempo se nos viene encima -dijo la Vejeta.

-Bien está -repuso la Zorra.

Poco después le volvió a decir la Vejeta:

-Es preciso sembrar.

-Corra usted con eso, que yo salgo a todo -contestó la Zorra.

Pasados unos meses le dijo la Vejeta a la Zorra:

-Comadre, la yerba se está comiendo al trigo. Es preciso escardar el pegujal.

-Bien está -contestó la Zorra-. Corra usted con eso, que yo salgo a todo.

Pasado otro poco de tiempo, la volvió a decir la Vejeta a la Zorra:

-Comadre, el trigo está en sazón, y es preciso segararlo.

-En buena hora sea -contestó la Zorra-. Corra usted con eso, que yo salgo a todo.
La Vejeta, por bonachona que fuese, empezó a entrar en desconfianza, y le contó a un galgo, amigo suyo, lo que le pasaba.
El galgo, que era listo, estuvo al punto al cabo de que la Zorra le iba a jugar una de sus pasadas a la bonachona de la Vejeta, y le dijo:
-Siegue usted el trigo, mévalo en la era y escóndame usted a mí en una gavilla, sin dejar más descubierto que un ojo, para que pueda ver lo que pase.
La Vejeta hizo todo como se lo había encargado el galgo, y a poco llegó la Zorra, que al ver la era y el hermoso trigo ya trillado se puso muy contenta, dando, vueltas y cantando:
Lío, lío,
La paja y el trigo son míos.
Lío, lío,
La paja y el trigo son míos.

Habiéndose en esto acercado a la gavilla en que estaba escondido el galgo, al ver entre la paja el ojo que tenía descubierto, dijo:
-¡Ay, qué uva!
-Pero no está madura -respondió el galgo, saltando afuera de su escondite, y mató a la Zorra.

El gallo y el pato

Reinaba un gallo en un corral. Hízose amigo suyo un pato, que tenía buena pluma, había navegado y patullado en la fuente del saber; su andar no era garboso, pero firme; su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Este le aconsejó a su amigo el gallo que se cortase la cresta, que era chocante, y los espolones, que eran inútiles. El gallo condescendió, y se fue a dar un paseo con su amigo.
Este, que era muy confiado, dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fue el gallo a su hogar a encender, y vio en él dos luces.
-¡Qué luces tan raras son estas! -dijo el gallo.
Y acercándose vio que eran los ojos de un gato que se le abalanzó.
Pusiéronse a pelear.
El pato, que esto veía, no paraba de repetir:
-Paz, caballeros; paz, paz, caballeros; paz, paz, paz, paz.

La joroba

Había una vez un Rey que tenía una hija única que deseaba mucho casar para tener herederos de su reino; pero la niña, que había sido mimada, era voluntariosa, y no quería casarse; si su padre no lo hubiera querido, habría rabiado por casarse.
Un día que salió a misa se encontró a un pordiosero, tan viejo, jorobado, feo y porfiado, que le empachó y no le quiso dar limosna. El pobre para vengarse, le tiró un piojo; la Princesa, que nunca había visto tan asquerosa sabandija, se lo llevó a palacio, lo metió en una redoma y lo crió con sopitas de leche, con lo que se puso tan gordo que no cabía en la redoma. Entonces la Princesa lo mandó matar, curtir su piel, y con esta que le hiciesen una pandereta y ponerla el aro de hinojo.

Un día en que su padre la volvía a instar a que se casase, le respondió que se casaría con aquel que le acertase de qué era hecha su pandereta.

-Bien, sea -dijo el padre-; pero a fe de Rey y de cristiano viejo, que te has de casar con el que lo acertase, sea quien sea.

Cundida que fue la voz de que la Princesa se casaría con el que acertase de qué era hecha su pandereta, vinieron de las cuatro partes del mundo Reyes, Príncipes, Duques, Marqueses, Condes y caballeros muy bien portados, y todos, por su escalafón, fueron viendo la pandereta, y ninguno acertó de qué estaba hecha. Lo más extraño era que cuando se tocaba, el sonido que daba semejaba todo al que usan los pobres para pedir una limosnita por Dios. Entonces dispuso el Rey que acudiese todo el que quisiese a ver si acertaba de qué era hecha aquella pandereta.

Era el caso que entre los Príncipes había venido uno muy hermoso, del que se había prendado la hija del Rey, y estando esta en el balcón, le vio pasar y le gritó:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

Pero el Príncipe no oyó sus voces, y quien las oyó fue el horroroso jorobado, a quien ella había negado la limosna. Comprendió el viejo, que era muy ladino, lo que las palabras que había dicho la Princesa al hermoso Príncipe significaban, y entrándose en seguida en palacio, dijo que venía a acertar de lo que era hecha la pandereta de la hija del Rey; y apenas se la presentaron, cuando dijo:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

¡Amigo! Como que acertó, no hubo escape. Y la Princesa, que quiso que no, fue entregada por su padre al asqueroso mendigo, que había ganado el premio que ella había puesto al adivinador.

-Vete ahora mismo con tu marido -le dijo el Rey-, y no te vuelvas a acordar en tu vida que tienes padre.

Fuese avergonzada y llorosa la Princesa con su jorobado, y andando y más andando llegaron a un río, que tenían que vadear.

-Tómame a cuestras y pásame el río, que para eso eres mi mujer -le dijo el viejo.

La Princesa hizo lo que le mandaba su marido; pero cuando estuvo en medio de la corriente, empezó a sacudirse para que se cayese el pordiosero al río, y este se fue cayendo a pedazos; primero la cabeza, después los brazos y piernas; en fin, todo menos la joroba, que se le quedó a la Princesa pegada a la espalda como con cola.

Pasado que hubo el río, preguntó por su camino, y se encontró con que su joroba iba remedando su voz y repitiendo cuanto decía, como si en lugar de joroba hubiese llevado a la espalda una peña con un eco. Las gentes, unas se reían, y otras se enfadaban, pensando que hacía burla de ellas; de manera que no le quedó más remedio que fingirse muda; así, alargando la mano para pedir limosna, fue caminando hasta que llegó a una ciudad que acertó a ser la tierra de aquel Príncipe de quien ella se había prendado tanto. Fuese a palacio para que la tomasen de moza, y la admitieron.

Viola el Príncipe y la halló tan bonita, que decía:

-Si no fuese muda y jorobada, me casaba con la moza, porque tiene una cara peregrina. Trataron de casar al Príncipe, y aquí de la pena y de los celos de la Princesa, que cada día se había prendado más del heredero de aquel reino.

Arreglados que fueron los contratos matrimoniales con otra Princesa más derecha que un huso y más parlera que una cotorra salió el Príncipe con una gran comitiva para

traerla, y se hicieron en palacio grandes aprestos para la cena; a la muda la pusieron a freír unas tortas.

Estándolas friendo, le dijo a su joroba:

-¿Jorobita, quieres una tortita?

La joroba, que, como fue de un viejo, era muy golosa, contestó que sí.

-Pues ponte en mi hombrito -le dijo la Princesa.

Y le dio una torta.

En seguida le volvió a preguntar:

-¿Jorobita, quieres otra tortita?

La joroba respondió que sí.

Y ella le dijo:

-Pues ponte en mi faldita.

La joroba dio un saltito y se puso en las faldas de la Princesa, que ya estaba prevenida y con las tenazas en la mano, cogió la joroba y la echó en el aceite hirviendo, en el que se hizo un chicharrón.

No bien se vio libre de su joroba, se fue a su cuarto, se aseó, peinó y engalanó, y se puso un vestido verde y oro.

Al llegar el Príncipe se quedó extático de ver a la muda sin su joroba, tan bien pergeñada y bien parecida.

La novia, que lo notó, dijo entonces:

Miren la muda mudarra

lo verde qué bien la arma.

A lo que respondió muy engolletada la Princesa:

Pues miren la gran

deshonesta,

que aún no ha entrado, y ya se muestra.

Apenas vio el Príncipe que la muda hablaba y que de la joroba no quedaba ni señal, cuando se casó con ella, tuvieron muchos hijos, fueron muy felices, y yo fui y volví con un palmo de nariz.

El galleguito

Había en Cádiz un galleguito muy pobre, que quería ir al Puerto para ver a un hermano suyo que era allí mandadero; pero quería ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle a ver si algún patrón que fuese al Puerto lo quería llevar.

Pasó un patrón, que le dijo:

-Galleguiño, ¿te vienes al Puerto?

-En non tengu dineriño; si me llevara de balde, patrón, iría.

-Yo, no -contestó este-; pero estate ahí, que detrás de mí viene el patrón Lechuga, que lleva la gente de balde.

A poco pasó el Lechuga, y el galleguito le dijo que si le quería llevar al Puerto de balde, y el patrón le dijo que no.

-Patrón Lechuga -dijo el galleguito-, ¿y si le canto a usted una copliña que le juste, me llevará?

-Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje.

A lo que convino el galleguito, y se hicieron a la vela.

Cuando llegaron a la barra, esto es, a la entrada del río, empezó el patrón a cobrar el pasaje a los que venían en el barco; y cuando llegó al galleguito, le dijo este:

-Patrón Lechuja, allá va una copliña.

Y empezó a cantar:

Si foras a la miña terra
y preguntaren por mí,
eu dices que estoy en Cádiz
vendiendo ajua e anís.

-¿Ha justado, patrón? -preguntó en seguida.

-No -respondió el patrón.

-Pues, patrón, allá va otra:

Patrón Lechuja, por Dios,
jústele alguna copliña,
purque a lus quartus míos
hanle entradu la murriña.

-¿Ha justado, patrón?

-No.

-Pues allá va otra:

Jaguellino, jaguellino,
nun seas más retraectreiro,
mete a mano en a bossa
e paja al patrón su dineiro.

-¿Ha justado, patrón?

-Esa, sí.

-Pues non paju -dijo alegre el galleguito.

Y se fue sin pagar.

Juan Cigarrón

Había un hombre, que se llamaba Juan Cigarrón, que discurrió ganar dinero haciéndose pasar por zahorí. Hizo su papel a la perfección; se dio tal importancia, gastó tanta fantasía, que alucinó a todo el mundo; porque habéis de saber, niños míos, que los hombres tienen una desgraciada propensión a creer lo que no deben creer.

Así fue que Juan Cigarrón cobró por entonces una fama parecida a la que en nuestros días alcanzan otros engañabobos como él.

Sucedió que en el palacio del Rey, fue extraída una gran cantidad de plata labrada, y por más diligencias que se hicieron, no se pudo averiguar quiénes habían sido los perpetradores del robo.

Por último recurso, le aconsejaron al Rey que mandase venir al famoso zahorí, para el que nada había oculto; advirtiéndole que este portento no siempre contestaba, sino que sólo lo hacía cuando estaba de humor de hacerlo.

El Rey mandó venir a su presencia al zahorí, que, como pueden ustedes figurarse, se quedó muerto, y más muerto, cuando el Rey le dijo que le iba a encerrar en un calabozo, y que si a los tres días no le había descubierto los autores del robo, lo mandaba ahorcar por embrollón y embustero.

-¡Ya puedo prepararme a bien morir! pensó Juan Cigarrón cuando se halló en el calabozo. ¡Nunca me hubiese metido a zahorí, que me cuesta la torta un pan! Tres días de vida me quedan; ni uno más, ni uno menos. ¡Bien empleado te está Juan Cigarrón! Era el caso que la plata había sido robada por tres pajes del Rey, y que estos estaban encargados de llevarle al preso la comida. Cuando el primero de ellos se la llevó, exclamó Juan Cigarrón, aludiendo a los tres días de término que le había señalado el Rey:

¡Ay señor San Bruno,
que de los tres ya vino uno!

Como el paje tenía mala conciencia y había oído decir que para aquel zahorí no había nada oculto, se sobrecojió, y dijo a sus compañeros:

-¡Perdidos estamos! El zahorí sabe que somos nosotros los ladrones.

Los otros no le quisieron creer; pero al segundo día, cuando otro de los pajes entró en el calabozo a llevarle la comida, y oyó a Juan Cigarrón exclamar con dolor:

¡Ay San Juan de Dios,
que de los tres he visto dos!

salió más alarmado que el primero.

-Razón tenías -le dijo a su compañero-; nos conoce y somos perdidos.

Así fue que cuando al día siguiente fue el tercero con la comida, y oyó a Juan Cigarrón que decía con desconsuelo:

¡Ay San Andrés,
que ya los he visto a los tres!

se echó a sus pies, le confesó el delito, le ofreció devolver toda la plata robada y darle una gran regalía si no los delataba.

Pasados los tres días, el Rey mandó que trajesen al zahorí a su presencia, el que se presentó tan orondo y tan erguido.

-¿Conque -preguntó el Rey-, me traes las noticias que te he pedido?

-Señor -respondió Juan Cigarrón con mucha prosopopeya-, soy muy noble y muy filántropo para que pueda delatar a nadie; pero confío en que Vuestra Majestad se contentará con que por mi arte y poder se le devuelva la plata robada.

-Sí, sí -respondió el Rey-; con que parezca y vuelva a mi poder, me contento. ¿Dónde está?

Juan Cigarrón se irguió, y respondió haciendo un gesto majestuoso:

-Que vayan al calabozo en que he estado encerrado, y allí se encontrará.

Así se hizo, y se encontró la plata, que allí habían llevado los pajes.

El Rey se quedó absorto y admirado, y se prendó de tal suerte de Juan Cigarrón, que le nombró zahorí mayor, adivino de cámara y acertador particular.

Pero todo esto no le hacía gracia al agraciado, que estaba temblando que se presentase otra ocasión en que recurriese Su Majestad a su ciencia, de la que temía no salir tan airoso como de la pasada.

Y no fueron vanos sus terrores, porque un día que paseaba el Rey por sus jardines, deseoso Su Majestad de tener otra prueba más del saber de su zahorí mayor, le presentó de repente su mano cerrada, preguntándole que era lo que en ella tenía.

Al oír esta apremiante pregunta, el pobre hombre perdió la cabeza y exclamó:

¡De esta hecha,
Juan Cigarrón cayó en la percha!

El Rey abrió la boca, de la que se escapó un grito de admiración, y la mano, de la que se escapó un cigarrón, que era lo que en ella tenía. El Rey, en su entusiasmo, le dijo al feliz adivino que pidiera lo que quisiese, y fuese lo que fuese, le daba su palabra real de que se lo concedería; a lo que contestó en seguida:

-Pido, Señor, que
No me volváis a preguntar
en la vida,
no sea que la tercera sea la vencida.

El zurrón que cantaba

Erase una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fue la niña, y cuando llegó a la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un pordiosero viejo, muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro, cuando echó a correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa, la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla; y cuando llegó, estaba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida, se fue a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oírlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fui a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!
Volvime luego a la fuente
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!
No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oírla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurrón.

Viendo así de casa en casa, llegó a la de la madre de la niña, y conforme esta oyó el canto, conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre:

-Tío, el tiempo está muy malo: el viento arrecia y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dio tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que, después de cenar, se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dio muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dio el viejo las gracias, y se fue tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes, al zurrón:

¡Zurrón, canta;

si no te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:

Pícaro, viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso, viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.

Pico, pico, a ver si me pongo rico

Había una vez un molinero que tenía mucho afán por ser rico; así era que cuando se ponía a picar la piedra de su molino, repetía sin cesar al dar los golpes:

Pico, pico,

a ver si me pongo rico.

Acertó a pasar por allí el Rey, y le preguntó Su Majestad qué era lo que estaba diciendo. A lo cual le contestó que con su afán de salir de pobre, decía:

Pico, pico,

a ver si me pongo rico.

Al punto regresó el Rey a su palacio y mandó hacer una torta muy grande, que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero.

Cuando el molinero la vio, le dijo a su mujer:

-Mira... mandaremos esta torta a nuestro compadre padre, que nos favorece mucho, y podrá favorecernos en adelante.

Y así lo hicieron.

Al cabo de unos días volvió el Rey a pasar por allí, y se encontró todo tan pobre y en el mismo estado en que lo halló la primera vez. El molinero estaba picando la piedra, y diciendo:

Pico, pico,

a ver si me pongo rico.

-¿No recibiste -le preguntó el Rey- una torta que te mandé?

-Sí, señor -contestó el molinero-; pero, ha de saber Su Real Majestad que tengo un compadre que me favorece, y a fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese a mi salud.

-Está visto -dijo el Rey- que el que nació para pobre, por más que pique no ha de salir de su estado. Sabrás, hombre, como que la torta que te mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero se desesperó y se arrancaba los cabellos.

-No te aflijas -le dijo el Rey-, que te he de ver rico o poco he de poder.

Dicho lo cual se volvió a su palacio real y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de algún tiempo volvió el Rey a pasar por el molino, y se alegró mucho al ver que estaba todo allí muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó a la hermosa casa, oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche había muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podía arrancar. Entró el Rey en la estancia en que estaba el difunto; el pobre estaba tendido en su féretro, y con la rigidez de la muerte tenía asido aquel papel que nadie había podido arrancarle; pero el cual, al acercarse el Rey, soltó inmediatamente.

El Rey lo recogió, y leyó estas palabras escritas en él:

Yo pobre lo quise;

Tú rico lo quieres;

Resucítalo si puedes (5).

Cuento de embustes

Había vez y vez una Princesa muy estafalaria, que dijo a su padre, el cual deseaba que tomase estado, que no se casaría sino con aquel que supiese mentir más que ella, y ella lo hacía de manera que nadie podía sobrepujarla. Llegó esto a oídos de un pastorcillo que anidaba por el campo.

-Yo me presentaré -dijo para sus adentros-, que de seguro le gano en mentir la palma a la Princesa; que mentir me lo ha enseñado una culebra descendiente de la del Paraíso -y se fue a Palacio.

-¿Qué traes? -le preguntó al verle llegar la Princesa.

-Sepa V. A. R. -respondió el pastorcillo- que he viajado mucho y que le vengo a relatar mis viajes.

-Bien está -dijo la Princesa-; pero si dices una palabra de verdad, te mando echar a la calle con cajas destempladas.

-Mi primer viaje fue largo -dijo el pastorcillo-, porque estando sembrando una palma, creció tan de pronto y tan alta, que me levantó consigo hasta el cielo. Llegué allí en tan buena ocasión, que me hallé en la boda de las once mil vírgenes; y porque a una de ellas eché un requiebro, me alargó San Pedro un puntapié, que me botó fuera. Atravesé en mi caída el mar, y me encontré con la luna, en la que me entré por un ojo, y me hallé que tenía los sesos de plata y los cabellos de oro; me descolgué por uno de ellos; la luna volvió la cara, y al verme se cortó el cabello de un bocado; este se desprendió, y caí en una calabaza, donde lo pasé muy bien, hasta que llevaron mi casa a la plaza, donde la compraron para un convento de monjas. Las monjas creyeron que era yo un gusano y me tiraron con la basura a la huerta del convento; habiendo caído un aguacero, me nació allí. Corteme las raíces con mi navaja y eché a andar por esos mundos. Llegué a un río, eché las redes, y pesqué un borrico; me monté en él y seguí caminando. A los dos días

vi que tenía el animal una matadura; se le enseñé a un albéitar, que me mandó que le pusiera habas; se las puse y nació un habar que parecía un bosque; cogí una escopeta y me puse a cazar en él y maté a un jabalí; era hembra, y después de muerta parió una vieja, que bauticé, y le puse «Nací-tarde». La tía «Nací-tarde» se enamoró de mí, y por verme libre de ella me subí en una tortuga que corría más que el viento, y en un santiamén me llevó a los profundos centros de los mares. Allí me encontré un convento de sardinas, de que era priora una ballena, que al verme abrió su boca y me tragó; pero con un chorro de agua, que echó por las narices me lanzó a la orilla. Allí me encontraron tendido unos marineros, y como la sal del mar se había cuajado, y estaba yo todo blanco y agarrotado, me vendieron a unos «santi-barati», que a su vez me vendieron a un sevillano, que me puso en el patio de su casa, rodeado de tiestos con matas. La primera noche llovió, y con eso se me derritió la sal y pude echar a correr. Supe que Su Alteza Real buscaba para premiarlo a uno que fuese más embustero que ella, y dije: Allí voy a probarle que yo lo soy.

-Pues ya dijiste una verdad, pues mientes más que yo -dijo la Princesa-, por lo cual no te puedes casar conmigo; pero como has mentido tan bien, mejor que otro alguno, es justo que te premie y te dé un buen destino. ¿Qué destino hay vacante? -preguntó S. A. R. al ministro.

-Señora -respondió el ministro-, no hay otro alguno que el de director de la «Gaceta», por haber muerto esta mañana el que lo era.

-Pues que sea inmediatamente dado dicho destino a este pastor, por los méritos que ha contraído -repuso la Princesa.

Y así sucedió, y el pastorcillo siguió mintiendo en al «Gaceta», por lo cual las gentes dieron en decir: «Mientes más que la 'Gaceta'»; dicho que se hizo refrán y dura hasta el día.

El duendecillo fraile

Había una vez tres hermanitas que se mantenían amasando de noche una faneguita de harina. Un día se levantaron de madrugada para hacer su faena, y se la hallaron hecha, y los panes pronti para meterlos en el horno, y así sucedió por muchos días. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacía, se escondieron una noche, y vieron venir a un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos.

Agradecidas le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso, y en seguida se fue diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos,
ni quiere amasar, ni ser panadero.

Esto prueba, niños míos, que como el duendecito hay muchos, que son complacientes y oficiosos hasta que logran un beneficio, y que una vez recibido, no se vuelven a acordar de quien se lo hizo.

La gallina duende

Una mujer vio entrar en su corral una hermosa gallina negra, la que a poco puso un huevo que parecía de pava, y más blanco que la cal. Estaba la mujer loca con su gallina, que todos los días ponía su hermosísimo huevo.

Pero hubo de acabársele la overa, y la gallina dejó de poner, y su ama se incomodó tanto, que dejó de darla trigo, diciendo:

-Gallina que no pone, trigo no come.

A lo que la gallina, abriendo horrorosamente el pico, contestó:

-Poner huevo y no comer trigo, eso no es conmigo.

Y abriendo las alas, dio un volteo, se salió por la ventana y desapareció, por lo que la mujer se cercioró de que la tal gallina era un duende, que se fue sentido por la avaricia de la dueña.

Cuentos infantiles religiosos

El pan

Había una vez tres hermanos mozos, que no hallando en qué acomodarse, determinaron irse por esos mundos a buscar acomodo.

Llegaron a un lugar en el que se separaba el camino en tres, y convinieron en seguir cada cual uno de ellos, quedando emplazados para volver a reunirse allí mismo a los tres años, para participarse mutuamente el cómo les había ido y lo que habían agenciado en ese tiempo.

Por aquel entonces, habéis de saber que andaba Nuestro Señor por el mundo, así como sus discípulos, y el mayor de los hermanos se encontró con San Pedro, que le preguntó si quería servirlo, a lo que estuvo él muy dispuesto.

-¿Y por qué me quieres servir -le preguntó el Santo-, por la gloria de hacerlo, o por dinero?

-Por el dinero -contestó el hermano mayor. Y quedaron conformes.

Lo propio en todo punto que sucedió al hermano mayor con San Pedro, le pasó al segundo, que se encontró con San Juan, a cuyo servicio quedó por el dinero, como el mayor quedó al de San Pedro; pero no así al más chico, que se encontró con Nuestro Señor, y le dijo que no quería retribución, sino que lo haría por la gloria de servirlo.

Sirvieron los hermanos por tres años a sus amos; entonces se despidieron, por precisarles cumplir la palabra que se habían dado de encontrarse los tres el día señalado en el lugar donde se habían separado.

Cuando se reunieron, sacaron los dos hermanos mayores el mucho dinero que habían ganado durante el tiempo transcurrido, y preguntaron al menor qué era lo que él había ganado; este contestó que nada traía, porque sólo había servido a su amo por la gloria de servirlo.

Los hermanos se burlaron de él, y cada cual se fue por su lado. Los dos mayores se casaron con mujeres ricas, se pusieron a traficar con sus dineros y se hicieron unos señorones de los más encopetados, gastando mucho lujo y mucha fantasía. El chico, como que era pobre, se casó con otra pobre, tuvo un celemín de hijos, y llegó a tanto atraso, que se fue a vivir a una chocita al campo.

Al cabo de muchos años pasaron el Señor y sus discípulos por aquella tierra, y el Señor les propuso que fuesen cada cual a ver al criado que le había servido. Llegó, pues, San Pedro en casa del hermano mayor, y le dijo a uno de los muchos criados que tenía:

-Anda y dile a tu señor que aquí está su amo, que si lo quiere hospedar.

Al oír aquel recado el señorón, se puso hecho un toro de fuego.

-¡Yo servir! -contestó-. ¡Yo un amo! Mis caudales son de herencia; yo nunca he servido; ese hombre está loco; dile que se vaya, y que si no, le echo los perros.

Y otro tanto, punto por punto, le sucedió a San Juan con el hermano segundo.

Entre tanto, el Señor se había llegado a la choza del hermano menor.

Este había ido al monte por una carguita de leña, y su mujer, cuando llegó el Señor, le dijo que pasase adelante y se sentase mientras volvía su marido. Cuando lo vio venir, le salió al encuentro y le dijo que en la choza estaba su amo.

-¡Mi amo! ¡Mi amo! -gritó el pobre fuera de sí de alegría-. ¡Mi amo! -repetía llorando y besando las manos de Jesús-. Poco tengo, Señor; pero eso poco es de su merced. Mujer, dale al amo lo que hay en casa; ¡todo! ¡Y pronto, pronto!

La mujer le dijo que nada había sino pan.

-¡Qué pena! -dijo afligido el marido-. Pero si otra cosa no hay, tráelo.

El Señor se sentó en la mesa del pobre y comió el pan que de tan buen corazón se le ofrecía y le bendijo; y por eso, niños míos, es el pan bendito sustento; por eso los cristianos nunca le niegan un pedazo de pan al pobre que en nombre de Dios lo pide; por eso no se tira, y cuando cae al suelo, se le besa en desagravio; por eso hay tanto pan en el mundo y alcanza para mantener a todos, y es de tanto alimento, que sólo con él vive el hombre sano y robusto; por eso gusta a todos, y es el solo bien terreno que nos prescribió el Señor pedirle; por eso cría el campo las mieses tan hermosas, y tan ricas las espigas; por eso cuando el tiempo que hace les es contrario, hace nuestra bendita madre la Iglesia santas rogativas, que es rara la vez que deja el Señor de atender; por eso, en fin, le nombra el hombre con reverencia y gratitud el pan de Dios.

Después que hubo comido, le dijo el Señor al pobre:

-No te recompensó tu buena acogida haciéndote rico, que las riquezas no dan la felicidad en la tierra, y dificultan mucho la del cielo; pero te prometo que no te faltará el pan que me has dado, pues cuando ganar no lo puedas, la caridad te lo dará. Sé agradecido a quien contigo la ejerza, que el agradecer es tan obligación como el dar.

Si Dios quiere

(6)

Había una vez un gallego que se volvía a Galicia, después de haber juntado unos cuartos en Sevilla. Ya muy cerca de su pueblo se encontró a uno, que le preguntó dónde iba.

-A la miña terra -contestó el gallego.

-Si Dios quiere -repuso el primero.

-He de llegar, quiera Dios o no -contestó muy en sí el gallego, viendo ya de lejos su aldea, en cuyo territorio sólo le separaba un arroyo.

No bien lo hubo dicho, cuando al pasar el arroyo se cayó en él y se volvió rana.

Así vivió tres años, huyendo siempre el pobre de los pícaros muchachos, de las sanguijuelas y de las cigüeñas, sus encarnizados enemigos. Al cabo de los tres años acertó a pasar por allí otro gallego, que se volvía a su casa, y preguntándole un caminante dónde iba, le contestó:

-A la miña terra.

-Si Dios quiere -gritó una rana, que sacó su cabeza del agua.

Y cuando lo hubo dicho, la rana, que era el gallego primero, se halló de repente otra vez hombre.

Siguió su camino más alegre que unas Pascuas, y habiéndose encontrado a otro viajero, que le preguntó dónde iba, le contestó:

-A la tierra, si Dios quiere; a ver a mi mujer, si Dios quiere; a ver a mis hijos, si Dios quiere; a ver a mi vaquita, si Dios quiere; a sembrar mi campito, si Dios quiere, para que me dé una buena cosecha, si Dios quiere.

Y como a todo había añadido religiosamente el «si Dios quiere», quiso el Señor que se viesen sus deseos cumplidos. Encontró buena a su mujer y a sus hijos; a la vaquita, parida; sembró su campo, y cogió una buena cosecha, porque... Dios quiso.

Una promesa

Había una vez una mujer que no tenía hijos, y tantos deseos de tenerlos, que no consiguiendo sus oraciones a Dios el obtenerlo, se ofreció al diablo darle a los catorce años el niño que pariese, si por su medio lograba tenerlo.

A los nueve meses parió un niño, y vivió contentísima al principio de tenerlo; pero mientras más crecía el niño y se acercaba su edad a los catorce años, más se inquietaba y entristecía la madre. Viéndola un día llorar, le preguntó su hijo qué era lo que tenía, y ella se lo dijo:

-¡Cómo ha de ser, madre! -dijo el niño cuando hubo oído la relación de su madre-. Ya no tiene remedio, y si no le cumple lo prometido, vendrá por usted el diablo; así, yo me voy al infierno.

Echó a andar, pero no sabía el camino. Encontró a unos arrieros, a los que preguntó si sabían el camino del infierno.

-¡Jesús! -contestaron ellos-. No lo permita Dios. Pero por esa vereda abajo hay una cueva, en la que hemos visto a un monstruo. Ese puede que lo sepa.

Encaminose el mozo hacia la cueva, y vio al monstruo, que era un hombre muy deforme y espantoso, y cuando supo el intento del muchacho le dio lástima, y con las señas del camino que debía seguir le dio una carta para la hija del Diablo mayor.

-No la querrá tomar -le dijo-; pero dile que es de su compadre, y si se niega a tomarla, a ninguno más le guío para su morada.

Cuando llegó al infierno dio la carta y el recado a la hija del Diablo mayor, la que rabió mucho con la carta y con su compadre, pero que no tuvo más remedio sino hacer lo que su compadre la pedía en aquel papel.

-Tú eres inocente -le dijo al muchacho-, y para apoderarse de ti tiene mi padre que hacerte pecar. Ahora te llevará a un jardín de flores hermosas en apariencia, pero que son flores del infierno, flores envenenadas; y así, ninguna cojas, ni huellas ninguna, sino dile que no te gustan.

Y así sucedió. Cuando el Diablo mayor llevó al muchacho a un jardín hermosísimo en que había las flores más bellas, por más que le instó a que las cogiese, o las oliese siquiera, no hubo forma. Al Diablo grande se lo llevó Barrabás, y pensó: No tengas cuidado, que mañana no te escaparás.

Al día siguiente, como la hija del Diablo sabía los pensamientos de su padre, le dijo al muchacho:

-Hoy te dirá mi padre que pases por una cueva, de la que saldrá un oso espantoso para destrozarte. Cuando lo veas venir dirás por tres veces «María, María, María», y no se atreverá a tocarte, sino que se echará a huir.

Y así sucedió. El Diablo mayor estaba que bramaba, y dijo para sí: Mañana no te escaparás, porque he de ir en persona a matarte.

La hija del Diablo mayor le dijo al muchacho:

-Mañana vendrá mi padre en persona a matarte. Escóndete detrás de la puerta de tu calabozo, y cuando venga le das con estos dos palos, que pondrás en cruz, y caerá al suelo, la cara en tierra, como muerto.

Entonces huye volando, y no pares de correr hasta llegar a una iglesia.

Así lo hizo el muchacho, y quedó libre de las garras del Demonio, como quedará todo el que resista a las tentaciones, invoque el nombre de María y se ampare de la Cruz.

La tentación

Había un Obispo que era muy amante y devoto de San Andrés, y más que a otra virtud alguna, afecto a la castidad.

El Demonio, a quien Dios le quitó el poder pero no el saber, por tal de perder aquella alma justa y pura, tomó el cuerpo de una hermosa princesa mora, que se fue hecha un mar de lágrimas a buscar al piadoso Obispo, y le contó como quería ser cristiana y tomar hábito en un convento, y que sus padres no querían, teniéndola avasallada, y queriéndola casar con otro moro fiero.

El buen Obispo se compadeció mucho de ella, la hospedó en su palacio, llamó a otros sacerdotes sabios, para que, instruida cuanto antes en la doctrina cristiana, entrase, cual deseaba, en un convento. Cuando le tocaba al Obispo la plática, aquella mujer se ponía cada vez más hermosa, y resplandecía como un sol, tratando de mudar el tema, y de hablar de cosas mundanas y de amores, con tal maña y liviandad, que el pobre Obispo sentía su corazón rebelde y su virtud flaquear.

Un día que ya lo traía confundido con la mucha palabrería que le gastaba, le dijo:

-Ya que sabéis tanto, ¿a que no me podréis contestar a tres preguntas que os voy a hacer? Y si no halla S. E. la solución, tendrá que confesar que yo sé más que S. E.

Entró en eso un criado, y dijo a S. E. que a la puerta estaba un pobrecito viejo que pedía limosna.

-Que se vaya -dijo la mora.

-No -repuso el Obispo-. Dile que suba, que le socorreré.

Entró el pobrecito, y se sentó a un lado.

-Vamos -dijo el Obispo a la mora-, haz las preguntas para que te las conteste.

-Dígame, pues -preguntó la mora-: ¿Cuál fue el primer milagro que hizo Dios?

El Obispo se quedó parado; pero el pobrecito, alzando gravemente la voz, contestó:

-Hacer el hombre a su semejanza.

Nada pudo oponer la mora; y así pasó a la segunda pregunta, que fue:

-¿Me podréis decir dónde está la tierra más alta que el cielo?

Si la primera pregunta dejó al Obispo parado, la segunda lo dejó confundido.

-En el trono celestial -dijo el viejecito-, pues allá está María en cuerpo y alma.

La mora, a su vez, se quedó confundida con aquella respuesta, y pasó a la tercera:

-Pues ya que tanto sabéis -dijo al viejecito-, ¿me podréis decir cuántas leguas hay del cielo al infierno?

-Eso sólo vos podéis saberlo -contestó el viejecito-, pues sólo vos, Satanás, ángel rebelde, las habéis andado.

Al verse descubierto por aquel viejo, que era San Andrés, Satanás dio un rugido y desapareció.

Los dos caminitos

Había una vez un hombre que tenía una mujer muy buena y dos hijitos, un niño y una niña. Murió su mujer, y se volvió a casar con otra que era muy mala, y aborrecía a sus pobrecitos entenados. Estos, que le tenían mucho miedo a su madrastra, siempre estaban juntos, recordando y llorando a su madre. Un día le dijo la madrastra a la niña que fuera a la tienda por un adarme de seda, y al niño que fuese por un cuarto de especia, y que le daría un confite al que volviese el primero. El primero que volvió fue el niño. La madrastra le cogió, le puso sobre la mesa, le mató y cortó en pedazos, que metió en una orza y guardó en la alacena.

Cuando volvió la niña había salido su madrastra, y se puso a buscar a su hermanito; pero por más que buscaba, no le encontraba, hasta que abrió la alacena y le vio cortado a pedazos. Entonces se puso a llorar amargamente, diciendo:

-¡Ay, hermanito de mi alma! ¡Que me le han matado y cortado a pedazos, para no enterrarlo en tierra en que descanse! Y cogiendo uno de los huesecitos, fue al corral y lo enterró.

Al punto vio nacer una azucena, y de ella vio salir a su hermanito, sólo que estaba mucho más hermoso que antes, y tenía resplandores.

-¡Ay, hermanito! -le dijo- ¿No te había matado la madrastra?

-Sí -dijo el niño-; pero he resucitado y vengo por ti.

-¿Y por qué?

-Para recompensarte de que me enterraste y me lloraste.

-¿Y dónde vamos? -preguntó la niña.

A lo que su hermanito respondió:

-Por un caminito muy clarito, muy clarito, muy clarito, a la gloria.

-Y la madrastra, ¿dónde irá? -volvió a preguntar la niña.

Y el niño contestó:

-Por un camino muy oscurito, muy oscurito, muy oscurito, al infierno.

Cuento de bruja

Había un padre y una madre que tenían una hija de quince años, y se la llevó una bruja; la llevó donde había otras, y la metieron en un baño de aromas, y la dijeron que la iban a llevar con ellas, y que vería cosas muy hermosas, y tendría mucho poder; pero para eso era preciso que dijese lo mismo que decían ellas:

En vida, en vida,
sin Dios ni Santa María.

Pero la niña, que era buena cristiana, no quiso decirlo. Entonces empezaron a pegarla y pellizcarla para que dijese lo que ellas querían; pero la niña no cesaba de repetir:

En vida, en vida,
con Dios y Santa María.

Y tanto lo repitió, que tuvieron que huir todas, y la niña se volvió en paz y gracia de Dios a su casa.

No tiene poder la tentación con quien persevera firme en el bien y en el deber.

Como le gusta al niño dios que le pidan

Había dos pobrecitas niñas que tenían un padre muy bueno, pero una madrastra muy mala. Como no las podía ver ante sus ojos, pasaban las pobres niñas su vida encerradas en su cuarto. Tenían en él un precioso Niño Jesús de bulto, del que eran muy devotas, y siempre le estaban rezando, trayendo flores y encendiendo lucecitas; tanto, que el Niño Jesús, cuando las veía afligidas por su encierro, bajaba de su peana y se ponía a jugar con ellas. Pero por más que se lo pedían, por más que hacían para que fuese con ellas a visitar a su padre, que estaba enfermo, el Niño Dios no les otorgaba las súplicas que por la mejoría de su buen padre le hacían.

Un día que hablaban con el Niño Jesús vieron entrar a la Virgen, y como no la conocían, se asombraron de verla tan hermosa y llena de resplandor. La Virgen le dijo al Niño:

-Hijo y Señor mío, te pido que vengas conmigo a la cabecera de un enfermo que nos llama.

Las niñas entonces se asieron a la túnica del Niño, diciendo:

-¿Vas, Señor, a asistir a un enfermo, y a nosotras, que tanto te queremos y hemos pedido que asistas a nuestro padre, no lo has querido hacer?

Entonces el Niño les contestó:

-Pedírselo a mi Madre, porque no me gozo en que mis gracias pasen por su bendita mano.

La virgen costurera

Un lego de convento, de corazón muy sencillo y sano, tenía un entrañable amor a la Virgen, y vivía con el pesar de no tener en su celda ninguna imagen de la Señora a la que dirigir sus oraciones, dar culto y cuidar. Encontróse un día en un zaquizamí del convento una efigie de la Señora; pero tan deteriorada y estropeada por el tiempo y el polvo, que daba pena verla. Fuera de sí de gozo, se la llevó a su celda, la limpió muy bien, y conoció que si un buen pintor la restauraba, quedaría hermosa y como nueva. Entonces cayó de rodillas y le dijo:

-¡Madre mía! Bien sabéis cuánto deseo que esta vuestra santa imagen sea restaurada, y que en ella se os rinda culto; pero soy tan pobre, que si vos no me ayudáis, no podré hacerlo. Así, os suplico que trabajéis conmigo para que esto pueda hacerse.

En seguida se fue en casa de una señora muy caritativa, y le pidió que le diese costura para que una pobrecita, con lo que ganase cosiendo, pudiese vestirse decentemente. La señora se la dio. Compró en seguida hilo, agujas, dedal y tijeras, lo llevó todo a su celda, lo presentó a la Señora, diciéndole:

-Señora, habéis sido muy buena costurera, y es preciso que me ayudéis con vuestras benditas manos, para reunir lo que necesito para restaurar vuestra efigie.

La Virgen se sonrió, y el lego se fue a sus quehaceres. Cuando volvió se encontró la costura hecha, tan bien cosida y tan olorosa, que la señora quedó muy satisfecha, y se la pagó muy bien.

La costura que corría por mano del pobre lego tomó tal fama, que pronto pudo restaurar a la santa efigie.

Al guardián y demás religiosos llamó la atención el cómo un pobre lego podía sufragar esos crecidos gastos, y un día se escondieron para ver lo que en la celda hacía. Entonces vieron que se hincó de rodillas ante la Señora, y le presentó unas ropas sin hacer, y que la Señora alargó sus benditas manos, y las tomó con un semblante dulce y complacido.

Entonces el guardián y los religiosos, asombrados, se postraron de rodillas, exclamando:

-Bienaventurados los sencillos y pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

San Lorenzo

San Lorenzo andaba convirtiendo herejes, y estos le prendieron, y su Rey, que era muy fiero, mandó que le quemasen sobre unas parrillas. Con este motivo encendieron los verdugos una hoguera, y cuando estaba ardiendo arrojaron al santo en ella. Ya que estaba quemado por un lado, dijo San Lorenzo que le volviesen del otro. El Rey hereje que lo oyó, dijo entonces:

-¡Vaya una arrogancia de español!

Y al decir esto, y por castigo de Dios, cayó en la hoguera y se quemó.

Mientras se quemaba decía:

¡Santo y más santo,

tú vigilia tendrás!

¡Yo seré condenado,

y tú te salvarás!

San Pedro

Cuando el Señor y San Pedro andaban por el mundo, llegaron a una choza, en la que hallaron a un hombre, al que se había muerto su mujer, dejándole tres criaturitas chicas, que estaba muy afligido, tanto más cuanto que era anciano, y estaba con un mal sin cura.

Cuando salieron de allí le dijo San Pedro al Señor que cómo no se compadecía de aquella desdicha, y que si moría el padre, qué iba a ser de aquellos niños. El Señor le dijo entonces que levantase una piedra muy grande que había a la vera del camino. Hízolo así San Pedro, y vio que había debajo una gran cantidad de animales, culebras, salamanquesas, tiñosas, lagartijas, ranas, sapos, erizos, galápagos, alimañas, y el Señor le dijo:

-Quien mantiene a esos animales cuidará de esos niños. Su padre se les morirá, y serán recogidos por gentes piadosas. Uno será Obispo, otro Cardenal y otro Virrey.

Siguieron andando, y vieron venir unos ladrones; como San Pedro era tan medroso, se echó a correr hacia la choza, y se metió en la alcuza. Y cuando llegaron los ladrones dijeron los niños:

San Pedro vino huyendo

de los ladrones;

se ha metido en la alcuza,

ya no le cogen.

El holgazán

Había una vez un hombre que le huía mucho al trabajo. Pasose el verano holgado, no hizo su agosto, y cuando llegó el invierno se encontró sin polainas y sin tener con qué mercarlas. En este apuro se fue a un compadre suyo y le preguntó qué le parecía que hiciese. El compadre le respondió que se las fuese a pedir al «Cristo del Gran Poder», que era un señor muy milagroso. Así lo hizo el holgazán; fuese a la Iglesia, y le dijo a la efigie del Salvador:

¡Oh, Señor del Gran Poder!

Que todo el mundo gobiernas;
dame, dame unas polainas
para cubrirme las piernas.

Pero la efigie respondió:
Soy Señor del Gran Poder,
que todo el mundo gobierno;
compra polaina en verano,
y la tendrás en invierno.

Desprecio de las advertencias

Había una vez un hombre que siempre que salía de oír predicar un sermón se ponía a murmurar de los predicadores, diciendo que no hacían más que angustiar el ánimo y entristecer a las gentes hablándoles de peligros, males y castigos, y que tal no era su cometido, sino el de hablar de virtudes y recompensas, y otras cosas por el estilo que dicen muchos, creyendo quizás que a un sermón se va como a una comedia, a divertirse. Acaeció que tuvo este señor que hacer un viaje, llevando una suma considerable de dinero. Llegó con su criado a una posada, donde descansó.

Mientras le servían la cena en su cuarto, el criado, que se había quedado en la cocina, oyó que decían aquellas gentes que para llegar al punto dónde quería ir el viajero aquel había dos caminos: uno largo, malo y penoso de andar, pero seguro, y otro llano, corto y hermoso, pero que no era seguro, porque había en él ladrones y malhechores.

El criado, como sabía que a su amo no le gustaban advertencias ni nada que le perturbase, no le dijo una palabra de lo que había oído, cuando vio que al día siguiente, sin más preguntar, cogió el camino ancho y llano.

No había andado mucho, cuando les salieron al encuentro unos malhechores, que, después de robarles, los maltrataron y dejaron desnudos, atados a unos árboles sobre un precipicio.

-¡Ay! -dijo el criado-. ¡Bien sabía yo los peligros y el desastroso fin que nos aguardaba por este camino!

-Pues si lo sabías -repuso su amo-, ¿cómo fue, malvado, que no me previniste y diste aviso de los peligros que iba a correr?

-Ha sido, señor -respondió el criado-, porque siempre os he oído decir que los que hablaban de peligros, males y castigos, no hacían más que angustiar los ánimos y entristecer a las gentes.

Creación de la golondrina

En un día de sabat, que era el domingo de los judíos, fue el Niño Dios, que entonces era muy chiquito, con otros niños a jugar al campo cercano; cogieron barro blanco, y se pusieron a hacer pajaritas, con las alas abiertas, que ponían al sol para que se secasen. Acertó a pasar por allí un pícaro fariseo, que conforme vio lo que hacían se enfadó, y les dijo que estaban pecando, pues en día de sabat no se podía hacer nada, y se acercó para con su gran pie pisar y aplastar las pajaritas; pero el Niño Dios dio una palmadita, y todas las pajaritas echaron a volar.

Entonces, en la casa en que vivía el Niño Dios y sus santos padres, pegadas al alero del tejado, cogiendo del mismo barro con el que ellas habían sido formadas, se pusieron a

labrar sus nidos, y desde entonces han seguido labrándolos en pobres y humildes casas, a las que llevan paz y ventura.

Cuando los malvados judíos llevaron a crucificar al Calvario a Cristo, nuestro bien, ellas, desconsoladas, le siguieron con las santas mujeres, afligidas y compadecidas cual ellas, y le sacaron las espinas de la corona que por cruel escarnio le habían puesto, y se clavaban en su sagrada frente. Cuando murió su y nuestro Creador vistieron luto, y se pusieron el manto negro que no se han quitado nunca.

Ejemplos

Al frente de una colección de «Ejemplos», que insertamos en un tomo de artículos religiosos que dimos a luz, pusimos esta advertencia:

«Un ejemplo no es un caso que ha sucedido, pero que se transmite de unos a otros desde muchísimos años, porque el espíritu que lo produjo y la enseñanza que contiene son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no sólo en la memoria, sino en el espíritu y el corazón, estos ejemplos, aunque son confiados en su mayor parte sólo a la tradición verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial».

¡Señor, aquí está Juan!

Había un hombre buenísimo, pero muy desgraciado. Cuanto emprendía le salía mal, y mientras con más fervor le rogaba a Dios todos los días cuando iba a misa para el logro de sus peticiones, más adversa le era la fortuna. Su mujer, y después sus hijos, enfermaron; rogó al Señor con sumo fervor los sanara, y se murieron; tuvo un pleito, del que pendía toda su fortuna; pidió al Señor con angustia el ganarlo, y lo perdió. Pero lejos de agriarse ni que decayese su devoción, se dijo:

-Está visto que el Señor no quiere que yo le pida nada; cúmplase su santa voluntad; no volveré a pedirle nada de cosas terrenas.

Y así fue, porque siempre que acababa de oír misa, se postraba ante la imagen del Señor a adorarle, sin decir más que «¡Señor, aquí está Juan!». Así siguió mientras duró su santa y desgraciada vida, repitiendo todos los días, postrado ante el altar: «¡Señor, aquí está Juan!».

Murió tranquilamente, y al llegar su alma al cielo repitió su humilde jaculatoria:

«¡Señor, aquí está Juan!». Y al momento las puertas se abrieron de par en par.

Adán

Lloraba Adán con tal desconsuelo la muerte de Abel, que el Señor, compadecido, le dijo:

-Consuélate, Adán, pues serás la estirpe de numerosísimas generaciones; van a descender la cortina que a tus ojos humanos abre el porvenir, y a mostrartelo cual será andando el tiempo.

Entonces, desapareciendo el tiempo y las distancias. Adán, asombrado, percibió el orbe entero poblado de diversos pueblos y naciones. Mucho tiempo las estuvo observando, y después, volviéndose con aumentado desconsuelo al Señor, le dijo:

-¡Señor, Señor, dejadme llorar a Abel! ¡Todos son hijos de Caín!

Y era que a todas las naciones había visto en guerra unas con otras.

[Preliminares]

Así como cuando la guerra de África incluimos en el «Cuadro» que sobre este asunto escribimos con el título de «Deudas pagadas», las canciones que componía el verdadero soldado español, que es el campesino, incluimos aquí este romance, compuesto e impreso por un soldado natural de Almonte, cuya Patrona es la reputada Virgen del Rocío. Ensancha el alma notar el entusiasmo y simpatía con que el pueblo sencillo acoge y lee estos versos, que serían burlados en una Academia; pero cuyo espíritu es el genuino del pueblo, que aún no está corrompido por los perversos o necios enemigos del catolicismo.

Justicia de dios y desengaños de España
Primera parte

Salve en verso, compuesta por un soldado andaluz en las provincias del norte a Nuestra Señora del Rocío.

Dios te salve, bella aurora,

placer de los afligidos,
Madre de Dios verdadera,
Sacra Virgen del Rocío;
Dios, te salve, estrella clara,⁵
luminante luz del día,
a quien le debo las gracias,
pues me ha salvado la vida.
Eres patrona de Almonte,
paloma y cándida flor,¹⁰
siempre te tengo en memoria
el día que entro en acción;
en el triste campamento,
entre la nieve y el frío,
¡cuántas veces te he llamado!¹⁵
Virgen Santa del Rocío!
Vuelve a nosotros tus ojos,
viéndonos tan fatigados
frente de San Pedro Avanto,
Portugalete y Bilbao,²⁰
al silbido de las balas
y al ver tantos heridos,
dije, sacarme con bien,
Madre mía del Rocío.
Uno, por Dios, pide agua²⁵
y llevarme al hospital,
y otros dicen: compañeros,

acabarme de matar.
Revolcándose en su sangre
decían los pobrecitos,30
dónde está mi padre y madre,
y también mis hermanitos.
Al cabo de algunos días,
al fin, ganamos la plaza,
que en la Reina de los cielos35
teníamos la esperanza;
una salve te recé
en la acción de Somorrostro;
de lágrimas era un valle
lo que había entre nosotros. 40
Era el combate tan grande
que se formó una mañana,
que imploramos el auxilio
a la Virgen soberana.
Tal disparo de metralla45
hizo nuestra artillería,
que ganamos la batalla
con la ayuda de María.
Eres la esperanza nuestra
del ejército español,50
y por eso en las batallas
le ayuda Nuestro Señor.
En la Seo de Urgel,
viéndonos tan abatidos,
a ti todos suspiramos,55
Virgen Santa del Rocío.
Los carlistas levantaron
bandera de parlamento,
les dijo Martínez Campos:
Entregaros vivos o muertos,60
pero al fin os entregaréis
en cuanto el agua os corte,
porque traigo en mi defensa
a la Patrona de Almonte.
Tomamos la ciudadela65
y el castillo en aquel día;
al momento dimos gracias
a nuestra Madre María.
He entrado en catorce acciones
con vuestra estampa en mi pecho;70
las balas y proyectiles
no le han tocado a mi cuerpo.
Eres abogada nuestra,
dulcísima medianera,
te suplico se concluya75
esta guerra carnífera;
por las gotitas de sangre

que derramó Jesucristo,
y también por tanta madre
que llora por sus hijitos;80
nunca olvides, Madre mía,
al pobrecito soldado,
que bastantes fatiguitas
y trabajo hemos pasado.
Cúbrenos con vuestro manto,85
María, llena de gracia,
que yo y mis compañeritos
volvamos a nuestras casas.
Ruego por el simpecado
de la Hermandad de la Palma,90
que no muera yo sin ver
a mi madre de mi alma.
Y por aquel simpecado
de la Hermandad de Triana,
que vea a mi padre y madre,95
a mis hermanos y hermanas;
tina misita te ofrezco
y dos velas encendidas.
Soy bautizado en Almonte,
es mi nombre Manuel Díaz.100
¡Oh, Madre piadosa,
Virgen del Rocío,
máندانos las lluvias
que estamos perdidos!

Segunda parte

Españoles, abrir los ojos,105
vivir con mucho cuidado,
al cabo de siete años,
¡cuánto, cuánto hemos pasado!
La guerra nunca se acaba,
el hambre y la carestía,110
desgracias y mortandades
aumentando cada día.
La flor de la juventud
toda se la están llevando
padres, madres y hermanitos115
cuántos tenemos llorando.
Causa lástima y dolor
tanta plaza ametrallada.
Los comerciantes perdidos,
los artes paralizados,120
los pobres trabajadores
cayéndose desmayados.
Castigando está a España
el alto Dios soberano,

pues andamos peleando125
primos, parientes y hermanos.
No creer en Dios,
ni conocer los castigos,
el lector perdonará
si le ofendo en lo que digo.130
Tres años de sequedades
llevamos a la presente,
y si no continúa el agua,
padecerá mucha gente.
Tanto lujo y vanidad,135
toros, comedias, funciones,
Dios quiera no llegue el día
que no tengamos camisa;
las cosechas son escasas,
muchas las calamidades.140
Dios nos mire con piedad
si siguen las sequedades.
La Divina Majestad
se encuentra muy ofendido,
y es la causa que se ve145
el mundo muy pervertido.
Tenemos las criaturas
hoy un hablar tan grosero,
siempre tenemos a Dios
rodando por ese suelo.150
Si tenemos un disgusto
o alguna desesperación,
lo primero que ultrajamos
el santo nombre de Dios.
Un hablar tan deshonesto155
tenemos en este siglo,
hombres, mujeres y niños,
que da vergüenza el oírlo.
Si un hombre ofende a un niño,
aunque pueda ser su abuelo,160
la Divina Majestad
rodando por esos suelos.
Ya no se usa oír misa,
ni confesar, ni casarse;
lo que se usa es el lujo165
para salir a pasearse.
Hijos del tiempo enviciados,
sin rienda ni sujeción,
sin obediencia a los padres,
sin tener amor a Dios. 170
Los niños se están criando
que algunos pueden casarse
sin saberse la doctrina
ni tampoco persignarse.

Poca educación dará175
el que no tenga ninguna,
así creará que Dios
es el sol o es la luna.
Algunos hombres no creen
de que hay Dios en el cielo;180
entonces, ¿a qué lo ultrajan
para que ruede en el suelo?
No debía de ser cristiano
aquel que no cree en Dios,
ni tener el santo Bautismo185
porque no es merecedor.
Mira al moro siendo infiel,
cuál entra con atención
descalzo por su mezquita
y adora a su zancarrón.190
El cristiano es al contrario,
te digo, lector amigo,
por eso Nuestro Señor
nos manda tantos castigos.
Con que, amigos, a la enmienda,195
fe, esperanza y caridad,
y se acabará la guerra,
el hambre y la sequedad.

Adivinas infantiles

Advertencia

En estas adivinas infantiles no se espere, ni la exactitud ni lo correcto en la composición, ni aun lo ingenioso del pensamiento (aunque en varias de ellas se encuentran estas tres circunstancias). Para nosotros estriba su mérito en el monísimo modo de calificar y nombrar las cosas con palabras y clasificaciones que inventan, en las que no deja de haber ingenio y poesía. Su misma incorrección es una prueba, la más evidente, de que son compuestas por ellos. Hay cosas que, analizadas, son disparates y sentidas gracias; cosas a cuyo encuentro va la simpatía; cosas que son nimias y pueriles, que si no lo fuesen, dejarían de ser infantiles.

El Recolector.

Adivinas infantiles

1. Un platito de avellanas,
que de día se recoge y de noche se derrama.

2. Siete pájaros en una azotea,
matando tres, ¿cuántos quedan?

3. Tamaño como un redondel

y nadie se puede sentar en él.

4. Un cántaro lleno,
¿de qué pesa menos?

5. Muchas damas en un corral,
todas lloran a la par.

6. Una señora con muchas basquiñas
y que se pone la peor encima.

7. Tamaño como una nuez,
sube al monte y no tiene pies.

8. Tamaño como un camino,
y hozas como un cochino.

9. Muchos soldados en fila,
y todos hablan por la barriga.

10. Campo blanco, flores negras,
un arado y cinco yeguas.

11. Fui al monte, pude cortar
y no pude rajar.

12. Un cuartito lleno de cepas,
ni están verdes, ni están secas.

13. Un callejón muy oscurito, muy oscurazo,
que tiene la muerte en brazos.

14. Tamaño como una hogaza
y chilla en casa.

15. ¿Qué casa es cosa
que entra en el río y no se moja?

16. ¿Tamaño como un ratón
y gasta su ceñidor?

17. ¿Tamaño como un pilar,
come carne y no come pan

18. Adivina, adivinanza,
¿cuál es el ave que no tiene panza?

19. Envuelto siempre en un cobertor,
que haga frío, que haga calor.

20. Cae de un tajo y no se mata,
cae en el río y se desbarata.
21. ¿Cuál es el bicho curioso
que no tiene párpados en los ojos?
22. Un galán yo conocía,
que daba y nada tenía.
23. Un barquichuelo mal formado,
siempre que sale trae pescado.
24. ¿Qué cosa es
que mientras más grande, menos se ve?
25. Dos hermanos son,
uno va a misa y el otro no.
26. Dos compañeras, van a compás,
con los pies delante y los ojos detrás.
27. Un barrilito de pon pon,
que no tiene agujero ni tapón.
28. Antes que nazca la madre,
anda el hijo por la calle.
29. Vela, vela, vela.
la camisa por dentro, la carne por fuera.
30. Tamaño como una almendra,
y toda la casa llena.
31. ¿Largo y rayado?
Ganso, el tejado.
32. Más alto que un pino,
y pesa menos que un comino.
33. Una vieja muy arrugadita,
en la mano una tranquita.
34. Taleguita remendada,
y sin ninguna puntada.
35. Una arquita blanca como la cal,
que todos saben abrir y nadie cerrar.
36. Tamaño como un pepino,
y tiene barbas como un capuchino.

37. Pecososo de viruelas es el zagal,
y trepa en lo más alto para ayudar.
38. ¿Qué es, di,
que nace en el suelo, y tiene nariz?
39. Tengo lo que Dios no tiene,
veo lo que Dios no ve;
¿qué es?
40. Alto vive y alto mora,
en él se cree, mas no se adora.
41. Dos madres y tres hijas,
van con tres mantos a misa.
42. Negro negrete,
tiene cuatro pies como un banquete.
43. Tamaño como un ochavo pichilín,
y tiene un agujero en un cuadril.
44. Tamaño como un ochavo,
y gasta calzones de paño.
45. ¿Dónde pondrás una redoma,
que no le dé el sol ni la sombra?
46. Si la tienes, la buscas; si no la tienes
ni la buscas ni la quieres.
47. Pan grande como una bellota,
y toda la casa trota.
48. Tamaño como una cazuela,
tiene alas y no vuela.
49. Blanco como el papel,
colorado y no es clavel,
pica y pimienta no es.
50. Tamaño como una arista,
y hace al Rey que se vista.
51. Cien gallegos van por agua,
uno tras otro, y no se alcanzan.
52. En alto vive, en alto mora,
en alto teje, la tejedora.

53. Las tocas de doña Leonor,
a los montes cubren y a los ríos no.
54. Cuatro somos, y uno soy,
y de aquí allá me voy.
55. ¿Qué es lo que se dice,
una vez en un minuto y dos en un momento?
56. Pozo hondo, soga larga,
y como no se doble no alcanza.
57. Mientras más cerca, más lejos;
mientras más lejos, más cerca.
58. Una plaza, una plazoleta,
cuatro esquinas y una aguileta.
59. Para los niños, espinas;
para los hombres, flores;
para los maestros, fruta.
60. Verde en el campo, blanco en la plaza,
y reculea en casa.
61. Muchas damas en un castillo,
todas visten de amarillo.
62. Dos hermanas, mentira no es,
la una es mi tía, la otra no lo es.
63. Adivina, adivina,
¿cuál es el bicho sin hueso ni espina?
64. Una dama muy hermosa,
con un vestido de oro,
siempre volviendo la cara,
ya de un lado ya de otro.
65. En el cielo soy de agua,
en la tierra soy de polvo,
en las iglesias de humo,
y una telita en los ojos.
66. Verde me crié,
rubio me cortaron,
prieto me molieron,
blanco me amasaron.

67. Soy rey que impero en toda nación,
tengo doce hijos de mi corazón,
de cada uno treinta nietos,
que son mitad blancos y son mitad prietos.

68. Dos ciris ciris,
dos miras miras,
dos vayas vayas,
cuatro andaderas.
y una zurriaga.

69. Redonda soy como el mundo;
sin mí no puede haber Dios,
Papa y Cardenales, sí;
pero Pontífices, no.

70. Un rey le pidió a un criado
lo que en el mundo no había,
y el criado se lo dio,
y él tampoco lo tenía.

71. Entre dos paredes blancas
hay una flor amarilla,
que se puede presentar
al mismo Rey de Castilla.

72. Símil y serva
cantaba la perra,
un arbolito de esta manera,
con muchas frutitas
amarillas por dentro,
amarillas por fuera.

73. En el campo me crié,
sin ser hombre ni mancebo;
me hacen pasar los martirios
de Bartolomé y Lorenzo.

74. Estaba dos pies comiéndose un pie,
vino cuatro pies y se llevó el pie;
dos pies le tiró tres pies,
y cuatro pies saltó el pie.

75. Salí al campo por ver si me divertía,
vi una casa muy bien construida,
arrimeme a ella a ver quién había,
vi un alcalde muy serio y pausado,
que primero muere que dejar su estado.

76. Uno larguito,

dos más bajitos,
otro chico y flaco,
y otro gordonazo.

77. Soy la redondez del mundo,
de esperanza estoy vestida,
y no hay noche para mí,
porque conmigo está el día.

78. Cuatro andantes,
cuatro mamantes,
un quita moscas
y dos apuntantes.

79. Redondo soy, como el mundo,
pero mucho más pequeño;
soy de Ronda natural,
que sepas mi nombre «espero».

80. Ana me llaman por nombre,
y por apellido Fe;
aquel que esto no acertase
es un borriquito en pie.

81. Alto altero, gran caballero,
gorro de grana,
capa dorada
y espuela de acero.

82. Una vieja jorobada
tuvo un hijo enredador,
unas hijas muy hermosas
y un nieto predicador.

83. ¿Cuál es aquel pobrecito,
siempre andando,
siempre andando,
y no sale de su sitio?

84. Una vieja mató a un pollo
martes de Carnestolendas,
y se lo comió un domingo,
antes de entrar la Cuaresma,

85. Grande, muy grande,
mayor que la Tierra.
arde y no se quema,
quema y no es candela.

86. Dos torres altas,

dos miradores,
un quita moscas
y cuatro andadores.

87. Me pongo la capa para bailar,
me quito la capa para bailar;
yo no puedo bailar sin la capa,
y con capa no puedo bailar.

88. Muchas lamparitas
muy bien colgaditas,
siempre encandiladas,
y nadie las atiza.

89. El ave de cocornico
tiene alas, patas y pico,
y la madre de cocornico
no tiene alas, ni patas, ni pico.

90. Con mi cara encarnada
y mi ojo negro,
y mi vestido verde,
el campo alegre.

91. Una torre abovedada,
sin ventana ni postigo,
si no me lo aciertas
no te lo digo.

92. Campo blanco,
semilla negra,
dos que la ven,
uno que la siembra.

93. Un quintín,
dos quintales,
un garavín
y dos garavales.

94. Señores, de Francia vengo,
que mi padre es cantador,
traigo los hábitos blancos
y amarillo el corazón.

95. Iglesia chiquita,
gente menudita,
sacristán de palo,
¿a que no me lo aciertas en un año?

96. En alto me veo,

moros veo venir
y no puedo huir.

97. La madre es buena,
el hijo no;
el hijo vuela,
la madre no.

98. Es tan grande mi fortuna,
que estreno todos los años
un vestido sin costura
de colores salpicado.

99. Verde en el campo,
negro en la plaza
y colorado en casa,

100. Largo larguero
Martín Caballero,
calzas coloradas
y penacho negro.

101. «Ave» tengo yo por nombre,
y es «llana» mi condición;
el que no me lo acertase,
le digo que es un simplón.

102. Alto altanero,
gran caballero,
gorro de grana,
capa dorada.

103. Cuatro losas,
cuatro pelosas,
dos esparavanes
y un oseador de moscas.

104. Altos padres,
chicas madres,
hijos prietos
y blancos nietos.

105. Hablo y no pienso,
lloro y no siento,
río sin razón
y miento sin intención.

106 Arca chiquita, de buen parecer,
ningún carpintero la ha podido hacer,
sino Dios con su poder.

107. El boticario y su hija,
el médico y su mujer,
se comieron nueve huevos,
les tocaron a tres.

108. Un huevecito prieto,
con su huevero,
y que tiene muy alto
el ponadero.

109. Un convento muy cerrado,
sin campanas y sin torres,
con muchas monjitas dentro
haciendo dulce de flores.

110. Una arquita muy chiquita,
y blanca como la cal,
que todos saben abrir,
pero ninguno cerrar.

111. De siete hermanas que somos,
yo la primera nací,
y la más pequeña soy.
¿Cómo podrá ser así?

112. Veinte patos caminaban,
todos al mismo compás,
y los veinte caminaban
con una pata no más.

113. Cuatro caballitos,
que todos danzan,
y por más que corren,
nunca se alcanzan.

114. Cincuenta damas,
cinco galanes;
ellos piden pan,
ellas piden ave.

115. Una torre muy alta, muy alta,
a la que la cal y el canto le falta;
tiene bóvedas más de un ciento,
y la lleva y la trae el viento.

116. Entre sábanas de holán
y cortinas de marfil,
parió la reina un infante
más verde que el perejil.

117. Grande cuando niña,
grande cuando vieja
y chica en la edad media.

118. Es tanto mi poderío,
que si mil hijos tuviera,
a cada cual su corona
le pondría en la cabeza.

119. Aliqué, aliqué, aliqué,
que no tiene alas, ni pico, ni pies;
y su hijo el aliconcillo,
tiene alas, patas y piquillo.

120. Pingue, pingue, está pingando;
mango, mango, lo está mirando;
si pingue, pingue, cayera,
mango, mango, lo cogiera.

121. Tiene la cara de oso,
tiene cabeza de vaca,
tiene dientes en las patas,
y nace en un calabozo.

122. Más de cien damas hermosas
vi en un instante nacer,
encendidas como rosas,
y en seguida fenecer.

123. En un huerto no muy llano
hay dos cristalinas fuentes;
no está a gusto el hortelano
cuando crecen las corrientes.

124. ¿Quién fue el que nunca pecó,
ni jamás pudo pecar,
y que se vino a encontrar
en la Pasión del Señor,
y no se pudo salvar?

125. Nací como clavellina,
me crié como redoma;
de los huesos de mi cuerpo
todo el mundo se enamora.

126. Yo sé de una campanilla
que tan de quedito toca,
que no la pueden oír
no más que las mariposas.

127. Unas regaderas
más grandes que el Sol,
con que riega el campo
Dios Nuestro Señor.

128. Cuatro caballitos
van para Francia,
por mucho que corran,
nunca se alcanzan.

129. Blanca como la paloma,
negra como la pez,
nabla y no tiene lengua,
anda y no tiene pies.

130. Desde que nací soy viuda,
y lo más extraño ha sido
que nunca me vi casada,
ni he conocido marido.

131. Soy un señor encumbrado,
ando mejor que el reloj,
me levanto muy temprano
y me acuesto a la oración.

132. Mandome Dios que volase,
y obedecile veloz,
y así, por doquier que pase,
canta sus glorias mi voz.

133. Verde fue mi nacimiento,
encarnado mi vivir,
y negra me fui poniendo,
cuando me quise morir.

134. Crió Dios dos avechitas
en el vivir tan conformes,
que la que come no bebe,
y la que bebe no come.

135. Un gatillo vi que hacía,
no es mentira ni lo invento,
con una piedra en la boca
un relámpago y un trueno.

136. Una cosa que tiene ojos de gato,
orejas de gato, patas de gato,
rabo de gato, y no es gato.

137. Ayer vinieron,
hoy han venido.
vendrán mañana
con mucho ruido.

138. ¿Qué es lo que se dice una vez en un
minuto y dos en un segundo?

139. Doña Ursula de Mendriola
está en su cuarto, triste y sola;
«la», cáatala, «la», mírala,
«la», escúchala.

140. Entre los ciento cincuenta
hay una tela estirada,
no es de hilo, ni de seda,
ni tejida, ni labrada.

141. Entre unas paredes blancas
hay una rosa amarilla,
que se puede presentar
al mismo Rey de Castilla.

142. Entre pared y pared
hay una santa mujer,
que con el diente
llama a la gente.

143. En el campo se crió,
verde como la esperanza,
de los hombres es amigo,
y a las mujeres espanta.

144. Alto y más alto,
redondo como un plato,
negro como la pez,
¿a que no me lo aciertas en un mes?

145. Una cajita redonda.
blanca como el azahar,
se abre muy fácilmente,
y no se puede cerrar.

146. Vueltas y vueltas
doy sin cansarme;
mas si no bebo
paro al instante.

147. Largo, largo,
como un budillo,

redondo, redondo,
como un ovillo.

148. Vestida nací,
por más gentileza,
cortáronme gentes
mi pobre cabeza;
ando por el mundo, gimiendo y llorando,
y con lágrimas negras voy hablando.

149. Una vieja va por brevas,
y las coge sin mirar,
blandas, duras, chicas, grandes,
y de Dios viene «enviá».

150. Estando quieto en mi casa,
me vinieron a prender;
mi casa se salió por las ventanas,
y yo preso me quedé.

151. En Granada hay un convento,
y más de mil monjas dentro,
con hábito colorado;
cien me como de un bocado.

152. ¿Quién será la desvelada,
lo puedes tú discurrir,
de día y noche acostada,
sin poder nunca dormir?

153. Incapaz soy de llorar,
doy amparo al peregrino,
por mis ojos de continuo
lágrimas corren al mar.

154. Fui al campo, y corté un palo
que no tenía ni un gema de largo;
hice dos mesas, dos artesas
y un canastito para coger cerezas.

155. Delante de Dios estoy,
entre cadenas metida;
ya me suben, ya me bajan,
ya estoy muerta, ya estoy viva.

156. Millares de hermanos,
rubios, como yo,
le damos la vida
al que nos tiró.

157. Grandes patazas,
chicas manitas,
lindos colores
en mis alitas;
salto, y no
sé dónde caeré.

158. Dábale «arroz» a la «zorra»
Juanilla;
empiezo por «a» y acabo con «z»,
y no soy cartilla.

159. Tiene cuatro pies, y no es banco;
tiene golilla, y no es escribano;
toca el clarín, y no es clarinero;
hace albóndigas, y no es cocinero.

160. ¿Qué hora es en que rezamos,
se oculta el Sol detrás de los oteros,
y se entristecen los amos,
y se alegran les jornaleros?

161. Una torre muy alta, muy alta,
que cal y canto le falta,
tiene bóvedas más de un ciento,
y la lleva y trae el viento.

162. Guardada en estrecha cárcel
por soldados de marfil,
está una roja culebra
que es la madre del mentir.

163. Yo estoy hecho mil pedazos,
tengo una mano y un brazo
en la mitad de mi cuerpo.

164. Dos hermanitos
muy igualitos,
en llegando a viejecitos
abren los ojitos.

165. Cien redonditas
en un redondón,
un mete y un saca,
un quita y un pon.

166. En aquel rinconcito
hay un viejecito,
sacándose la tripita
poquito a poquito.

167. Madre me labró una casa
sin puertas y sin ventanas,
y cuando quiero salir
rompo antes la muralla.
168. Soy chiquita, soy medrosa,
y tengo miedo del Bu;
así, apenas anochece,
cuando me enciendo mi luz.
169. Una dama hermosa
corre su fortuna,
corta sin tijeras,
cose sin agujas.
170. Cien murciélagos y un gorrión,
¿cuántas patas y picos son?
171. Tamaño como una jaula,
y cabe en él una dama.
172. De día, morcilla;
de noche, tripilla.
173. Fui al campo,
sembré tablitas, tablotas;
me nacieron guititas,
de las guititas me salieron pelotas.
174. Por el aire va volando,
sin plumas ni corazón,
al vivo le da sustento,
y al muerto consolación.
175. Tamaño como un pepino,
y va dando voces por el camino.
176. Dos arquitas de cristal,
que abren y cierran sin rechinar.
177. Tamaño como un queso,
y tiene media vara de pescuezo.
178. Cuando baja ríe,
cuando sube llora.
179. ¿Me adivinas, por fortuna,
cuál es el ave que no tiene pluma?

180. Estudiante de letra menuda,
¿cuál es el ave que vuela sin plumas?

181. Negro como un curita,
y no se cansa de hacer bolitas.

182. Tamaño como una taza,
y tiene su cabellera en la panza.

183. Cuando calor tengo, «frío»,
y no «frío» sin calor.

184. Pico de cuerno,
ala de ave,
la rodilla para atrás,
y anda adelante.

185. Una iglesia blanca,
sin puerta y sin tranca,
no entra en ella luz alguna,
ni de vela, ni de sol, ni de luna.

186. Capilla sobre capilla,
capilla del mismo paño;
como yo no te lo diga,
no lo aciertas en el año.

187. Vuela sin alas,
silva sin boca,
azota sin manos,
y tú ni lo ves ni lo tocas.

188. María Penacho
tuvo un muchacho,
ni muerto, ni vivo,
ni hembra, ni macho.

189. Yo he visto a una pastora,
pelada, muda, pancicuda,
que tenía unos hijos
pelados, mudos, pancicudos.

190. Verde fue mi nacimiento,
y yo blanca me volví;
las cinco llagas de Cristo
se representan en mí.

191. Hay en una plaza nueva
un monte, y en él dos cuevas;
más abajo un hondo pozo,

que tiene su brocal rojo;
altas ventanas iguales;
en ellas dos niñas cucas,
que por entre sus cristales
todo lo ven y todo lo cucan.

192. Largas varetas,
ni verdes, ni secas,
ni con agua regadas,
ni en tierra sembradas.

193. Una copa redonda y negra;
boca arriba está vacía,
y boca abajo está llena.

194. En alto se sube, y no a predicar;
todos le piden, y a todos la da.

195. Follisquillo estaba buscando,
Rabolargo lo estaba mirando;
si no hubiera sido por el agujerillo,
¡qué hubiera sido del pobre Follisquillo!

196. Tiene hojas, y no es nogal,
tiene pellejo, y no es animal.

197. Mi comadre la negrilla
va camino de Sevilla
en un borrico de tres pies.
Aciértame lo que es.

198. El pajarillo chuchurumbete
tiene cuatro patas y no es banquete,
husma y no es podenco,
hace tinajas, y no es tinajero.
Aciértamelo, compañero.

199. Una colcha muy remendada,
y no tiene una puntada.

200. El mismo camino andamos,
ni nos vemos, ni nos encontramos.

Solución a las adivinanzas infantiles

1. Las estrellas.
2. Los tres muertos.
3. El brocal del pozo.
4. De agujeros.
5. Las tejas.
6. La cebolla.
7. El caracol.
8. El río.
9. Los botes de la botica.
10. Lo escrito.
11. Los cabellos.
12. La boca y los dientes.
13. La escopeta.
14. El carrillo.
15. Los rayos del sol.
16. Los revoltillos.
17. La caja de muerto.
18. El Ave-María.
19. El carnero.
20. El papel.
21. El cigarrón.
22. El reloj que da los cuartos de hora.
23. El féretro.
24. La oscuridad.
25. Vino y vinagre.
26. Las tijeras.
27. El huevo.
28. El humo.
29. La vela.
30. La luz.
31. El tejado.
32. El humo.
33. La pasa.
34. La piña.
35. El huevo.
36. La mazorca.
37. El dedal.
38. El garbanzo.
39. Hermanos.
40. El reloj de torre.
41. La madre, la hija y la nieta.
42. El escarabajo.
43. El altramuz.
44. El botón.
45. A la luna.
46. La pulga.
47. La luz.
48. El sombrero.
49. El rábano.
50. La aguja.

51. Los cangilones de la noria.
52. La araña.
53. La nieve.
54. El bonete.
55. La m.
56. La boca y el brazo.
57. La cerca.
58. El velón.
59. Las letras.
60. La escoba.
61. Las naranjas.
62. Es su madre.
63. La sanguijuela.
64. La luna.
65. La nube.
66. El trigo.
67. El año.
68. El buey.
69. La letra o.
70. Bautismo.
71. El huevo.
72. El ciruelo.
73. El pimiento.
74. Un hombre que comía un pie de puerco y el perro.
75. El caracol.
76. Las dedos.
77. Sandía.
78. La vaca.
79. El pero.
80. El anafe.
81. El gallo.
82. La parra, el sarmiento y la uva.
83. El reloj de pared.
84. Se la comió domingo.
85. El sol.
86. El toro.
87. El trompo.
88. Las estrellas.
89. El haba y el coco.
90. La amapola.
91. La caña.
92. Lo escrito.
93. El peso.
94. El huevo.
95. El pimiento.
96. El reloj de torre.
97. El coco y el haba.
98. La culebra.
99. El carbón.
100. El fuego, la llama y el humo.

101. Avellana.
102. El gallo.
103. El buey.
104. Pinos, piñas y piñones.
105. El loro.
106. La nuez.
107. La hija del boticario era mujer del médico.
108. La bellota.
109. La colmena.
110. El huevo.
111. La cuaresma.
112. Veinte machos con una hembra.
113. La devanadera.
114. El Rosario.
115. Las cañas.
116. La cebolla.
117. La sombra.
118. El granado.
119. El haba y el coco.
120. La morcilla y el gato.
121. El grillo.
122. Las chispas.
123. Los ojos y el llanto.
124. El gallo.
125. La granada.
126. La flor campanilla.
127. Las nubes.
128. La devanadera.
129. La carta.
130. La flor viudita.
131. El sol.
132. El viento.
133. La mora.
134. El mosquito y el coco.
135. El gatillo de la escopeta.
136. La gata.
137. Las olas del mar.
138. La luna.
139. La lengua. (Se pronuncia haciendo un chasquido).
140. La tela de la granada.
141. El huevo.
142. La campana.
143. Lagarto.
144. El sombrero.
145. El huevo.
146. El molino.
147. El pozo.
148. La pluma.
149. La muerte.
150. El pescado cogido en las redes.

151. La granada.
152. La estera.
153. El puente.
154. La bellota.
155. La lámpara.
156. El trigo.
157. El cigarrón.
158. Arroz.
159. El escarabajo pelotero.
160. La oración.
161. La caña.
162. La lengua.
163. El reloj.
164. Los zapatos.
165. El pan y el horno.
166. El candil.
167. El pollo.
168. La luciérnaga.
169. La lancha.
170. Dos patas y un pico.
171. El pollero.
172. La media.
173. Sandías.
174. La abeja.
175. El cencerro.
176. Los ojos.
177. La sartén.
178. El carrillo.
179. El Ave-María.
180. Murciélago.
181. Escarabajo.
182. Cebolla gallega.
183. La sartén.
184. La gallina.
185. El huevo.
186. La cebolla.
187. El viento.
188. El huevo.
189. La culebra.
190. La flor de la jara.
191. La cara, nariz, boca y ojos.
192. Los rayos del sol.
193. El sombrero.
194. El carnicero.
195. El ratón y el gato.
196. El libro.
197. Las trévedes.
198. El escarabajo.
199. El cielo nublado.
200. Los zarcillos.

Oraciones, relaciones y coplas infantiles

L'ignorance manque de foi.

(A la ignorancia le falta la fe.)

M. Raymond.

Los hombres disipados y groseramente corrompidos se hallan menos apartados del reino de Dios que los filósofos soberbios y cuestionadores. Legns.- (Examen del Cristianismo).

La revelación ha sido dada para los sencillos de espíritu y de corazón, que creen porque «sienten» y no porque «saben». Carlos Nodier.

Ce sont les choses simples qui émeuvent le plus les coeurs profonds, et les esprits intelligents. Alexandre Dumas. (Las cosas sencillas son las que más conmueven a los corazones profundos y a los entendimientos inteligentes).

Máximas que repetía un excelente padre a sus hijos

Presencia de Dios.

Haz lo que hagas.

Busca a Dios en todas las cosas.

Los ojos en el cielo (al acostarte).

Aprende la mortificación, ahora que eres inocente.

No seas curioso sino para ser caritativo.

No disputes ni contigo mismo.

Huye de la distracción como de un grande enemigo.

Ociosidad... ni para descansar.

Busca los amigos entre los de tu estado.

Levántate temprano y tendrás buen humor.

El primer pensamiento para Dios (al levantarte).

Aprende a comer lo que no te gusta, y no busques con afán lo que te gusta.

Deja al mundo detrás de la puerta (al entrar en la iglesia).

Las revoluciones son la cobertura de la impiedad.

Todo lo que te sobra es de los pobres.

Piensa que todo lo que tienes de malo es tuyo, y lo que tienes de bueno, es de Dios.

No maltrates a los animales, que no pueden pedir consuelo para los que sufren.

No digas jamás haré, sino hago; ni iré, sino «voy».

No observes las faltas del prójimo, sino de sus buenas obras.

No mires lo que has andado, sino lo que te falta que andar.

No mires a los que están más alto, sino a los que están más abajo.

En verano piensa en los herreros, y en invierno, en los que recogen la nieve.

No quieras nada, y lo tendrás todo.

No dispongas del día de mañana.

La cera se derrite, y cada gota ¡quién sabe lo que vale! (Cuando tardaba en vestirse para ir al templo).

El callar es azúcar.

Aprovechar el tiempo, que vale el cielo.
No te afanes por gozar.

Oraciones y relaciones infantiles

La más corta y primitiva es la que en Valencia enseñan las madres a sus niños al levantarlos por la mañana de su cama, y llevándolos medio desnudos y aún medio dormidos, y arrodillándolos ante una imagen de la Señora del Amparo, y haciéndoles balbucear estas palabras:

¡Madre, pan!

Oración de la mañana

Bendita sea la luz del día
y el Señor, que nos la envía;
tenga usted muy buenos días.

Al acostarse

A acostarme voy, sola y sin compañía,
la Virgen María está junto a mi cama;
me dice de quedo: mi niña, reposa,
y no tengas miedo de ninguna cosa.

Otra

Señora Santa Ana,
de Cristo abuelita,
duérmeme en tus faldas,
que soy chiquitita.
Custodia mi sueño,
no dejes me aflija,
ni mal, ni desvelo,
ni la pesadilla.

Al irse a jugar ante una imagen de la Señora

Madre mía querida,
vuestra esclava soy,
con vuestra licencia
a jugar me voy,
Con vuestra mano bendita,
madre de mi corazón,
aunque soy pecadorcita,
echadme la bendición.

Después de comer

Bendito sea el Señor,
que nos ha dado de comer
sin merecerlo.

(Todos.) Amén.

Como nos da sus dones,
nos dé su gracia.

Amén.

Dios se lo dé
al pobrecito que no lo tiene.

Amén.

Al ser de la oración

El ángel del Señor anunció a María.

(Se reza un Ave-María).

Aquí está la esclava del Señor en mí según su palabra.

(Se reza otra Ave-María).

El hijo de Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros.

(Tercera Ave-María).

Recibid, Virgen María,

estas tres Ave-Marías

que esta tu esclava te envía.

La primera, por los que están en la agonía.

La segunda, por los que están en pecado mortal.

La tercera, por los que están en la mar o en peligros de la tierra.

Las pongo en las manos vuestras,

para que nos sean perdonados

nuestras culpas y pecados.

Amén.

Al oír la campanilla que anuncia el viático

(Un Padre Nuestro.)

En gracia te reciba el alma que te desea.

A toque de ánimas

Animas benditas fieles,
que en el Purgatorio estáis,
que amargas penas pasáis
y tormentos mil crueles;
el Señor que os redimió,
tenga por bien el llevaros
a la gloria que os ganó.

Al pasar el viático

Jesucristo va a salir;
yo por Dios quiero morir,
porque Dios murió por mí.
Los ángeles, cantan;
la Virgen, lo adora;
bendito el Señor
que sale a estas horas.

Antes de haber, cual existen hoy, colegios para las niñas, había «amigas», en las que sólo se enseñaba la doctrina cumplidamente, coser y bordar con perfección, leer y escribir.

Como la enseñanza era sencilla, así lo eran también las arenguitas que en los exámenes (a los que sólo asistían contadas personas) decían las niñas, en las que no brillaba el arte por cierto, sino la más completa sencillez.

Vamos a trasladar aquí algunas, aunque insignificantes, pero graciosas.

Téngase presente que las que hablan son oraderas de cuatro a seis años.

Aquí vengo no sé a qué,
con mi barba de conejo.

¡Ay! ¡Quién se comiera a un viejo
que fuese de mazapán!

¡Ahá! ¡Ahá!

Como soy tan chiquitita, ya no sé más.

Aquí vengo no sé a qué,
por darle gusto a mi abuela,
y que me digan las gentes,
anda, niña, que eres fea.
No digo que soy bonita,
ni que tengo garabato;
pero tengo un no sé qué,
que engatusa a más de cuatro.

Aunque me dicen mocosa,
tengo mi pelo peinado,
y lavadita mi cara;
tengo mi guiñar de ojos (los guiña),
tengo mi sacar de pata (saca el pie).
¿Y esta posturita es buena?
¿Y esta posturita es mala?
Pues más de cuatro quisieran
darme un besito en la cara.

Yo soy doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes;
murieron en las milicias.
Donde murieron mis padres

dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros;
beso a usted las suyas, señor caballero.

Aquí vengo a no sé qué
la maestra lo ha mandado.
¡Ay! ¡Jesús! Que me ha costado,
¿no se lo dije yo a usted?,
un granito de pimienta.
También hace su papel,
perdone vuestra merced,
que como soy tan chiquitita,
mi relación también lo es.

Asuntos religiosos
Los Mandamientos

Alma, atiende y escucha
estos cantares,
porque corrección tengas
de tus maldades.
Observar diez preceptos
Dios ha mandado;
aquel que los guardare,
será premiado.

I

Sobre todas las cosas
has de quererlo,
ni por el mundo entero
has de ofenderlo.

II

Su santo nombre en vano
jurar prohíbe.
Con verdad y justicia,
sí, lo permite.

III

Santifica las fiestas
oyendo misa,
sin trabajar en cosa
por muy precisa.

IV

Honrar a padre y madre
también previene,
y ensalza a quien a todo
respeto tiene.

V

Si a alguno mal deseas,
o bien la muerte,
contra Dios has pecado
y gravemente.

IV

Que seas puro y casto,
te manda el sexto
en palabras, en obras
y en pensamientos.

VII

No quites nada a nadie,
porque lo hurtado
nunca luce, y lo mismo
lo mal ganado.

VIII

Al prójimo no trates
con falsedades,
mentiras, testimonios,
más con verdades.

IX

El que en mujer ajena
pone el deseo,
al Cielo y a su prójimo
ofende a un tiempo.

X

Ten siempre los sentidos
muy vigilantes,
para que el enemigo
no los contraste.
Caridad, fe, esperanza,
son los motivos
que hacen a Dios y al hombre

finos amigos.

Jesús al alma

Si dejarte yo tu cruz
es prueba de amor muy clara,
¿por qué llegas a afligirte,
como si yo no te amara?
Aunque quieras tú dejarla
esa cruz, juzgo que no,
¿pues a ayudarte a llevarla
cuándo me he negado yo?
Pues si a todos favorezco
y sus gemidos me inflaman,¹⁰
¡cuánto más yo compadezco
a aquellos que a mí me aman!
Si luego que el ser te di,
quise al cielo destinarte,
¿cómo he de dejar de amarte,¹⁵
si te crié para mí?
Si no dejé de llamarte
cuando de mí te apartabas,
ya que me buscas y alabas,
¿por qué no he de perdonarte?²⁰
De que estás a mi cuidado
y no quiero condenarte,
la mayor prueba te he dado,
que fue morir por salvarte

Conversión de San Agustín

Por las orillas del mar,
según lo afirman diversos,
se paseaba Agustín,
confuso su entendimiento,
por la disputa de Ambrosio,⁵
sostenida en aquel tiempo.
Va imaginando entre sí,
y estas palabras diciendo:
«¿Es posible el creer yo,
»es posible creer esto:¹⁰
»Tres personas, sólo un Dios,
»sólo uno, y verdadero?
»Que así lo diga mi madre
»no me maravillo de eso,
»que palabras de mujer¹⁵
»las más se las lleva el viento.
»Pero que lo diga Ambrosio,

»hombre de tanto talento,
»eso causa admiración
»y en gran confusión me ha puesto».20

Estando en estas razones,
vio cerca a un niño muy bello,
el que con una conchita
sacaba del mar soberbio
agua, con la que llenaba25
un hoyito que había hecho.
«¡Cómo te estás regalando
»y te estás entreteniendo!
»¡Quién fuera como tú eres!
»¡Quién de tu edad y tu tiempo!30
»¡Qué pensamientos me angustian
»y turban mi entendimiento!
»Di, niño, ¿qué hacer pretendes?»

-Agotar el mar pretendo-
respondió el niño.

«Muy arduo35
»es, hijo mío, tu empeño.
»Mas te disculpa la edad,
»y no es mucho digas eso.
»Pero, niño, no te canses,
»es el hoyo muy pequeño,40
»las aguas del mar son muchas,
»y no lograrás tu intento».

Entonces respondió el niño:
«Más fácil es encerrarlas
»en aqueste hoyito estrecho,45
»que no de Dios las grandezas
»en humano entendimiento».

Y aquel niño se ausentó
tales palabras diciendo.

Entonces San Agustín:50
«No te vayas, niño bello,
»que me salvas con lo dicho,
»que basta para el discreto».

La oración del simple

Había una mujer muy buena y muy devota que tenía un hijo buenísimo, pero tan simple y falto de memoria, que nunca había podido aprender sino esta oración:

Señor mío Jesucristo,
dueño de mi corazón,
perdóname mis pecados,
que vos sabéis lo que son.
Todos a vos los confieso
con dolor y contrición;
oídme en penitencia,

leed en mi corazón,
y pues lo veis, traspasado,
echadme la absolución.

Siendo ya casi un hombre, su madre le llevó a confesar; pero examinado que fue por el confesor, este le dijo a la pobre que no podía confesarlo por ignorante y simple. Madre e hijo se echaron a llorar amargamente al ver al segundo excluido del Santo Sacramento de la Eucaristía. Mientras el sacerdote se había revestido para decir misa, vio sobre el altar un letrero, que desapareció tan luego que lo hubo leído, y que decía:
Absuelve a ese penitente, cuyo confesor he sido yo cada noche.

La pasión de Jesucristo
Explicada con las piezas de que se compone el arado
(7)
Del arado cantaré,
de piezas le iré formando,
y de la Pasión de Cristo,
misterios iré explicando.

La cama será la Cruz,⁵
la que Dios tuvo por cama.
El truhero que atraviesa
por el dental y la cama,
es el clavo que atraviesa
aquellas divinas palmas.¹⁰
La telera y la chaveta,
ambas a dos forman cruz;
consideremos, cristianos,
que en ella murió Jesús.
El timón que hace derecho,¹⁵
que así lo pide el arado,
significa la lanzada
que le atravesó el costado.
Las belortas son de hierro,
donde está todo el gobierno;²⁰
significa la corona
de Jesús el Nazareno.
El yugo será el madero
donde a Cristo le amarraron,
y las sogas y cordeles²⁵
con que le ataron las manos.
El barreno que atraviesa
la clavija del timón,
significa el que traspasa
los pies de Nuestro Señor.³⁰
Los collares son las fajas
con que le tienen fajado;

los cencerros los clamores
cuando le están enterrando.
Las toparras que se encuentra³⁵
el gañán cuando va arando,
nos significa las caídas
que dio Cristo hasta el Calvario.
El surco que el gañán lleva
por medio de aquel terreno,⁴⁰
nos significa el camino
del Divino Nazareno.
El gañán es Cirineo,
el que a Cristo le ayudaba
a llevar la Santa Cruz⁴⁵
de madera, tan pesada.
La semilla que derrama
el gañán por aquel suelo,
significará la sangre
de aquel Divino Cordero.⁵⁰
Casados, que tenéis hijos
y habéis oído al arado,
atended a su crianza
y procurad enseñarlos.

Al Ecce-Homo

El lisonjero juez
que para su rey ha habido
por interés de su gracia
y por no perder su oficio.
En un balcón de su casa,⁵
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea
puso al inocente Cristo.
Después de noche tan fiera,
amanece el sol teñido¹⁰
de sangre, y en vez de rayos,
puntas de juncos y espinos.
A las llagas de su cuerpo,
pegado un rojo vestido,
que también lo hicieran rojo¹⁵
si fuesen blancos armiños.
Veis aquí, les dice, el hombre
a quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre Eterno:
«Este es mi hijo querido,²⁰
»aquí le traigo enmendado».
¡Oh! ¡Qué extraño desatino!
Enmendar su hijo a Dios,
tan bueno y tan infinito.

Quita, quita, le responden²⁵
viejos, mancebos y niños.
Muera, muera, muerte infame,
pues hijo de Dios se hizo.
¡Ay! ¡Jesús! Hijo de Dios,
que este nombre y apellido³⁰
no lo tenéis vos hurtado,
pues sois igual con Dios mismo.
Virgen santa, decid vos
lo que el ángel os ha dicho,
y de Cristo los profetas³⁵
dijeron por tantos siglos.
Y que ese preso azotado
es aquel que cuando niño
adoraron los tres reyes,
y le llevasteis a Egipto.⁴⁰
Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es hijo,
que puesto que sois mi madre,
bien valéis para testigo.
Abonada sois, Señora,⁴⁵
todo el bien de vos nos vino,
bienaventurados os llaman
cuantos son, serán y han sido.
Decid vos que es el cordero,
Bautista, aunque sois su primo,⁵⁰
que quien por verdades muere,
bien merece ser creído.
Decid, ángeles hermosos,
que este es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado,⁵⁵
aunque temblando de frío.
Decid Pedro, Juan y Diego,
que a su padre habéis oído,
que es su hijo, en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.⁶⁰
Llegad presto, que dan voces
en aquel falso concilio,
para que la vida muera,
que es Dios sin fin y principio.
¡Ay! Virgen, mirad que quitan⁶⁵
a un fiero ladrón los grillos,
y a Jesús ponen al cuello
la soga de mis delitos.
Paréceme que decir
gloria de los ojos míos,⁷⁰
más quiere el mundo un ladrón
que a Vos, cordero divino.
Mientras le dan la sentencia,
almas con tristes suspiros,

decid a su Eterno Padre⁷⁵
que se duela de su hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
yo soy de la muerte digno,
pero está cerrado el cielo,
no querrá su padre oíros.⁸⁰
Y más que si Vos causáis
su muerte, estará ofendido
de que habléis por su inocencia,
siendo el dueño del delito.
Volved a la Virgen Santa,⁸⁵
y acompañad su martirio,
que también mata el dolor
donde no llega el cuchillo.

Relaciones religiosas

A la sombra de un olivo
está la Virgen María,
dándole el pecho a su niño,
y el niño no lo quería.
¿Dime, por qué lloras, niño,⁵
por qué lloras, alma mía?
-No lloro por los azotes,
ni por lo que me dolía;
lloro por los pecadores
que mueren todos los días,¹⁰
que el infierno ya esta lleno,
y la gloria está vacía.

La Virgen se está peinando
al pie de Sierra Morena,
los cabellos son de oro,¹⁵
la cinta de primavera.
Por allí pasó San Juan,
diciendo de esta manera:
¿Cómo no canta la blanca?
¿Cómo no canta la bella?²⁰
-¿Cómo quieres que yo cante,
si me hallo en tierra ajena,
y un hijo que yo parí,
más blanco que una azucena,
me lo están crucificando²⁵
en una cruz de madera?
Si me lo queréis bajar
aprisa, en una carrera,
a Nicomedes, a Juan
y a María Magdalena,³⁰
también las otras Marías,
la Verónica con ellas,

y los dos santos varones
suban por una escalera,
y bajen a mi Jesús,³⁵
mi norte, guía y estrella.

Santa Ana parió a María,
y María parió a Dios;
diga usted, ¿cuál de las dos
parió con más alegría?⁴⁰
Unos dicen que Santa Ana,
y otros dicen que María.

Acto de amor compuesto por una monzja

Crucificado Amor,
en quien mi amor descansa,
cuando de amar las penas
me tienen más penada.
Crucificado Dueño⁵
de aquesta vil esclava,
que a honor de fiel esposa...
tu inmenso amor exalta.
Mansísimo Cordero,
que cuando más te ultrajan,¹⁰
sufriendo con silencio,
más tu inocencia clama.
Jesús, amado mío,
vida y bien de mi alma,
a quien mi amor redujo¹⁵
a ser blanco de infamias.
Cuando en la cruz te miro
entre mortales ansias,
de tres clavos pendiente,
vertiendo sangre tanta.²⁰
La que ofreces amante
en cinco fuentes claras,
para regar la tierra
estéril de mi alma.
Cuando miro tu frente,²⁵
de espinas taladrada,
y que tus ojos ciega
la sangre que los baña.
Cuando miro tus labios,
en quien la esposa santa³⁰
quiso imprimir los suyos,
a fuer de enamorada.
Cárdenos, desunidos,
la sed que te aquejaba
de padecer, explican.³⁵

¡Oh, Piedad Soberana!
Cuando así te contemplo,
lleno de angustias tantas,
y tu sagrado cuerpo
hecho todo una llaga.⁴⁰
Si heridas te penetran
tus piadosas entrañas,
a mí herida me dejan
el corazón y el alma.
Herida de tu amor,⁴⁵
herida y traspasada
de un ardiente deseo
de estar crucificada.
En la cruz con mi Cristo,
mi bien y mi esperanza,⁵⁰
mi amor, mi rey y esposo
y centro de mis ansias.
¡Oh, mi Jesús benigno!
¡Quién se viese engolfada
en ese mar amargo⁵⁵
y dulce a quien te ama!

Saetas de Semana Santa

Viendo Cristo que su muerte
se venía tan cercana,
llamó a su Madre prudente,
con discretas palabras,
se despidió de esta suerte:⁵
-Quedad con Dios, madre mía,
vuestra bendición espero,
porque ya es llegado el día
que enclavado en un madero,
se cumplan las profecías.¹⁰
También de mi padre espero
que me dé su bendición,
que voy a Jerusalén
a padecer mi pasión.
-Hijo, si te fuese grato,¹⁵
por ti padeciera yo
tu pasión por aliviarte.
-No. Madre; quedad con Dios,
que no puedo consolar
tal sentimiento y dolor.²⁰
Llegó al huerto, hizo oración
por todos los que vivían,
y en santa contemplación,
gotas de sangre corrían
para nuestra redención.²⁵

Por el pecador pedía,
entre angustias anegado,
en mortales agonías,
un ángel le ha confortado,
que el Padre Eterno le envía.³⁰
Nuestro amado Redentor,
en quien se halla todo bien,
por el hombre pecador,
se acercó a Jerusalén,
conducido por su amor.³⁵
Con una pompa imperial
va el humilde caminante,
para librarnos del mal
a Jerusalén triunfante
entró el pastor celestial.⁴⁰
Puesto Jesús en la mesa,
el pan bendice, diciendo:
«Este es mi cuerpo», promesa
y gran milagro estupendo,
que al Serafín embelesa.⁴⁵
Con el cáliz en la mano,
hizo igual ofrecimiento,
y sus labios soberanos
han dejado al Sacramento
para el bien de los cristianos.⁵⁰
Ya le llevan al Calvario,
al son de ronca trompeta,
y el inicuo de Pilatos
le ha leído la sentencia.
La cruz le pone por cama⁵⁵
aquella gente maligna,
y luego, por cabecera,
una corona de espinas.
El Sol se vistió de luto,
y la Luna se eclipsó,⁶⁰
los elementos temblaron
cuando murió el Redentor.

Una corona le ponen
de espinas setenta y dos,
que le traspasan las sienas,⁶⁵
y a su madre el corazón.

De tal manera lo vio,
que a San Juan le preguntó:
«¿Cuál de los tres es mi hijo,
»que no lo conozco yo?»⁷⁰

Coplas de Noche-buena

De frío tiritando
Jesús niño está,
demostrando al mundo
su santa humildad.

Su tierna cabeza
quiere recostar
en un vil pesebre
do pajas están.

Los palacios deja,
porque quiere dar
al género humano
lección de humildad.

A grandes ciudades,
ved como no va,
prefiriendo a ellas
un pobre portal.

Almas puras, ¿qué os detiene
para venir con fervor
a los campos de Belén
a ver nacer esta flor?

Todos le llevan al niño,
yo no tengo qué llevarle;
le llevo mi corazón,
que le sirva de pañales.

Entre pajas nació Dios,
que tanto amó la pobreza.
Pues si el mismo Dios la amó,
¿quién de ser pobre se queja?

La Virgen María
su pelo tendió;
hizo una cadena
que al cielo llegó.

La Virgen María
va pisando nieve,
pudiendo pisar
rosas y claveles.

¡Viva la Virgen pura,
viva la Nazarena,
viva nuestra alegría,
viva la Nochebuena!

Los Reyes Magos vinieron
guiados por una estrella,
y yo, Señora, he venido
guiado por tu luz bella.

La Virgen va caminando
por los montes de Judea;
Santa Isabel la recibe
en su casa, placentera,
y San Juan Bautista,
que en su vientre estaba,
se hincó de rodillas,
y a Dios adoraba.

Refranes y máximas populares
Recogidos en los pueblos de campo
El que por necesidad juega, por necesidad pierde.
Hay muchos tunos de un mismo pelo.
Una mano lava la otra, y las dos la cara.
El que dispone de su caudal antes de su muerte, merece que le den con una porra en la frente.
Trabajo hecho marchante aguarda.
Lo que no se empieza no se acaba.
El vino sobrante es para el ayudante.
Predicar a niños, confesar a monjas y espulgar a perros es tiempo perdido.
A un alevoso, dos traidores.
Lo mismo da morir de moquillo que de garrotillo.
Si por beber no he de ver, adiós luz.
Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.
Los viejos son como los cuernos: duros, huecos y retorcidos.
Donde yeguas hay potros nacen.
Debajo de ceniza están las ascuas.
La peseta, la vela y el entierro, por donde quiera.
A la pesca y a la caza, cachaza.
En cama de galgos no busques mendrugos.
¡Qué buen pueblo de pesca si tuviera río!
No es zorra, ni lobo, ni anda el camino, pero bebe buen vino.
No hay mejor andar que no parar.
En un cortijo grande, el que es tonto se muere de hambre.
En el cortijo que no hay chiquichanca ni casero, el último lava el caldero.
Mientras descansas, machaca granzas.
Ese es maestro de todas las ciencias y oficial de cosa ninguna.
Después de vendimias, cuévanos.
Al zorro durmiente nunca le canta grillo en el vientre.
Tú, que no sabes, me das lecciones.
Al paño, con el palo, y a la seda con la mano.
Sin espuela y freno no hay caballo bueno.
Sácame de hora y no me saques de paso.
Se aplicó la vieja a los berros, y no dijo verdes ni secos.

Asno de muchos, lobos se lo comen.
Aunque no bebo en la taberna, huélgome en ella.
Aunque callo, piedras apaño.
Quien es ruin en su villa, también lo será en Sevilla.
Una cautela con otra se quiebra.
Ayunar o comer truchas.
Becerrita mansa, que de todas vacas mama.
Buena vida, padre y madre olvida.
Cántaro que muchas veces va a la fuente, deja el asa o la frente.
Derrama la harina y recoge la ceniza.
El campo fértil, si no descansa se hace estéril.
El mentir quiere memoria.
El que ha de morir a oscuras, aunque tenga el padre cerero.
En casa del tamborilero todos son danzantes.
Eso quiere la mona, piñoncitos mondados.
Estos cuidados no matan al rey.
Júntate con buenos, y serás uno de ellos.
Robar para dar por Dios.
La cabra de mi vecina da más leche que la mía.
La muerte no perdona ni al Rey, ni al Papa, ni al que no tiene capa.
La verdad adelgaza, pero no quiebra.
Lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado, a ello y a su amo.
Los dedos de la mano no son iguales.
Más vale acostarse sin cenar que amanecer con deudas.
Paga lo que debes y sanarás del mal que tienes.
Mucho vale y poco cuesta, a mal hablar buena respuesta.
No es bueno para silla ni para albarda.
No extiendas la pierna más de lo que alcanza la manta.
No lo quiero, no lo quiero, pero échamelo en el sombrero.
Púsose a santiguar y se sacó un ojo.
Un solo golpe no derriba un roble.
Por tomar autos y dar traslados a ninguno han ahorcado.
Al que bueyes ha perdido, cencerros se le antojan.
Quien tiene dinero pinta panderos.
Quien recibe a dar se obliga.
Quien traza el mal, lo padece.
Riña por San Juan, paz para todo el año.
La pereza es llave de la pobreza.
Si el que bien sirve no medra, el que mal sirve ¿qué espera?
Si quieres holgura, sufre amargura.
Quien no sabe de mal no sabe de bien.
Si te da el pobre, es porque más tome.
Trasnochar y madrugar no caben en un costal.
Súfrase quien penas tiene, que tiempo tras tiempo viene.
Tiempo ni hora no se atan con soga.
Unos levantan la caza y otros la matan.
Siembra gratitud y recogerás desengaños.
Ni enfermo que siga así, así, ni guardar dinero en zaquizamí.
El burro que más trabaja, más pronto rompe el aparejo.
Ni volver de noche esquina, ni meterte en lo que hace la vecina.

No compres casa en esquina, ni cases con mujer que no entre en la cocina.
En muriendo el arriero se sabrá de quién es la recua.
Para destetar al potro, matar la yegua.
Si quieres saber quién es el chiquichanca, derrama el agua.
No hay mejor manguante que el hacha por delante.
Ni mujer, aunque mala, que no rece, ni saludar a pobre que enriquece.
Ni faltar al que te presta, ni subir corriendo escala o cuesta.
Ni a hombre que hablando mire al techo, ni en posada alguna usar el lecho.
Ni vestirse de prestado, ni tratar con moza de soldado.
Ni bajar corriendo la escalera, ni casarse con hija de mesonera.
Pan y queso, mesa puesta es.
Perdonar al malo es decirle que lo sea.
Para su mal supo la hormiga volar.
Por huir del humo dio en las brasas.
Puercos con frío y hombres con vino hacen gran ruido.
Cual es el varón, tal la oración.
Cual más, cual menos, toda la llana es pelos.
Cuando el dinero habla todos callan.
Cuando no aprovecha la fuerza, sirva la maña.
Quien abrojos siembra, espinas coge.
Cuando truena, llover quiere.
Quien come y deja, dos veces pone la mesa.
Donde grandes ollas quiebran, buenos cascros quedan.
Dime de lo que presumes, y te diré de lo que careces.
Dando gracias por agravios negocian los hombres sabios.
Para fiestas iba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo.
El que mal come, a la cara le sale.
Beneficios a corporaciones, sufragios por condenados.
Guarda que comer y no qué hacer.
No echas pan a perro que se le cae la cola.
Al freír será el reír, y al pagar será el llorar.
Si quieres vivir en paz, ni prestes dinero ni interés en hermandad.
El que se mete debajo de la hoja, dos veces se moja.
Caracoles, higos y brevas, agua no bebas.
El que se come el queso y se bebe la leche, que le busque el pasto a las ovejas.
Deja el vicio por un mes, y él te dejará por tres.
El que nada desea, todo le sobra.
El que mucho teme, algo debe.
Ninguno que beba vino le llame borracho a otro.
Enero caliente, al diablo lleva en el vientre.
En febrero busca la sombra el perro, y en marzo, el perro y su amo.
El que tiene y da no está obligado a más.
El que da lo que ha menester, el diablo se ríe de él.
Amistad de yerno, sol de invierno.
El tío de la zamorra parece que se cae, pero se agarra.
Por los pies del difunto se sacan las albarcas.
Satisfacción sin tiempo, sospecha al canto.
A junta de rabanades, oveja muerta.
No por miedo de gorriones se deja de sembrar cañamones.
De tejas abajo, cada uno come de su trabajo.

El diablo, harto de carne, se metió a fraile.
El rosario en la mano y el diablo en la faldriquera.
No adoptes hijos que no has tenido ni mujer de otro marido.
Después de mujer maldita, hábito de Santa Rita.
No esta el horno para pasteles.
No hay más yesca que la que arde.
Vanidad y pobreza, todo en una pieza.
No puede con la fe de bautismo en palpeles.
A quien Dios se lo da, San Pedro se lo bendiga.
El que desea mal a su vecino, el suyo viene de camino.
Gato con guante no caza ratón.
Arriero que cambia la bota, o sabe a la pez o está rota.
En casa del regente, la mujer tengas por pariente.
Cuando la carreta se quiebra en el llano, de atrás le viene el daño.
Buena gente tiene el conde si no se esconde.
Caída soñada, sangría dada.
No te arrimes a señor ni a baranda de corredor.
De la viña del vecino sabe mejor el racimo.
El que crea un caudal no lo suele gastar.
Mesa puesta, cuestión resuelta.
Lo que hace la zorra en un año lo paga en una hora.
Si cuando chico come grano, ¿qué será cuando marrano?
Para ser pobre no se necesita empeño.
Ave que vuela, a la cazuela.
Que convenga, que no convenga, Dios quiere que todos tengan.
Cuando el sargento juega a los dados, ¿qué harán los soldados?
Chanzas, cuantas quieras; pero no llegar a las alforjas, que se desmigaja el pan.
La yesca de Triana, arde cuando le da la gana.
Más vale mal afeitado, que bien desollado.
Quien no coge la gotera, ha de hacer la casa entera.
No quiero morir de cornada de burro ni de patada de gorrión.
Tarde le viene la salud al enfermo.
Más vale dejar en muerte a un pillo un duro, que pedir en vida una peseta a un hombre de bien.
No es lo mismo decir moros vienen, que cátales ahí.
Andar por las ramas sin irse al tronco.
Dure lo que dure como cuchara de pan.
De mis puntadas te reirás, pero de mi dinero comerás.
Dale alpiste al canario y verás cómo canta.
Dos pájaros en una espiga, hacen mala liga.
Al buen Diez, meterlo en casa.
De esto que nada nos cuesta, llenemos la cesta.
El buen paño, en el arca se vende.
El papel escrito no tiene empacho.
Lo que no se empieza, no se acaba.
Mal juzga del arte el que en él no tiene parte.
Quien a su enemigo popa, a sus manos muere.
Quien bien está, no se mueva.
El que tiene cuatro y gasta cinco, no ha menester bolsillo.
El que va a casar fuera de su lugar, o va engañado o va a engañar.

Quien huye del trabajo, huye del descanso.
Quien no habla, Dios no le oye.
Quien mucho duerme, poco medra.
Ya se murió el borrico y quien lo arrea.
Quien no tiene suegra ni cuñado, es bien casado.
Quien pronto se determina, pronto se arrepiente.
Quien promete, en deuda se mete.
Quien pueda ser libre, no se captive.
El que no quiere cuando puede, cuando quiere no puede.
Quien sólo come su gallo, sólo ensilla su caballo.
Quien tiene bien comenzado, tiene mucho acabado.
Rábanos y queso, tienen la corte en peso.
Reniego de la viña que vuelve hacerse majuelo.
Reniego de la uva que en agraz madura.
Reniego de cuentas con parientes y deudos ausentes.
Reprender a viejos y espulgar vellón, dos necesidades son.
Reprende vicios ajenos quien está lleno de ellos.
Rey y enamorado mal se compadecen.
Ruego de Rey, mandato es.
Salió del lodo y cayó en el arroyo.
Salamanca a unos sana y a otros manca.
San Miguel de las uvas, vienes tarde y poco duras.
Siempre prometes en duda, pues a dar nadie te ayuda.
Si quieres aprender a orar, entra en la mar.
Si quieres bien casar, casa con tu igual.
Si quieres buen consejo, pídeselo a hombre viejo.
Si quieres ser pobre sin sentir, lleva obreros y échate a dormir.
Si quieres tener buena fama, no te halle el sol en la cama.
Si las píldoras bien supieran, no las doraran por fuera.
Si quieres tener enemigos, presta dinero.
Tantas veces da la gota en la piedra, que hace mella en ella.
Todo se acaba menos el amor a Dios.
Amor y más amor, sólo a Dios Nuestro Señor.
Va el Rey donde puede y no donde quiere.
Venid piando y volveréis cantando.
Vístase a un palo y parecerá algo.
Una res mala a todo el rebaño daña.
Zorrilla que mucho tarda, caza aguarda.
Zamarra mala, dentro la lana, y zamarra buena, la lana por fuera.
Zumba con el desigual en casa y zumbará contigo en la plaza.
En la casa de razón sale primero el mayor.
Cosa de huerta no entra en cuenta.
De mala cepa, nunca buen sarmiento.
En ahogándose el niño, se ciega el pozo.
Al cazador, leña, y al leñador, caza.
Si la víbora viera y el liso oyera, no hubiera hombre que al campo saliera.
A buena voluntad nunca falta facultad.
A buen criado no le falta amo.
Cosa mal guardada de ladrones, bien robada.
Al que ha de dar no le bastan cien ojos.

Y al que ha de recibir le bastan dos.
El agua lejana no apaga fuego vecino.
Al humo, al agua y al fuego, se le hace lugar luego, luego.
Hay quien padece por necesidad; pero el rico avaro, por voluntad.
A un ciego mal puede enseñársele el camino.
A hombre gordo, camisa larga.
Al amigo de tu vino, no le quieras por vecino.
Quien asno nace, asno muere.
Quien bien cena, bien duerme.
Quien juega de burlas, pierde de veras.
El que limpia su caballo, no es lacayo.
Al que no quiere caldo, darle taza y media.
A largo camino, se conoce el hombre.
No hay miel sin hiel.
El amor reina sin ley.
Bando de pueblo dura un día.
Quien canta en viernes, llora en domingo.
El que compra a un magistrado, es fuerza que venda a la justicia.
El que cuenta sin Dios no sabe de cuentas.
A buen hambre no es menester salsas.
El buen trigo hace el pan bueno.
Cabeza grande, cerebro flaco.
Canta la rana que no tiene ni pelo ni lana.
Uno hace mal asiento.
Carne hace carne.
Vino hace sangre, y el pan mantiene.
El que a la guerra muchas veces va, deja la piel o la dejará.
Un diablo caza a otro y Satanás a todos.
Un buen consejo no se puede pagar.
Un barbero hace la barba a otro.
Un buen huir salva la vida.
Una onza de favor vale más que una libra de justicia.
Lo poco espanta y lo mucho amansa.
Más vale buena fama que cama dorada.
Adonde te quieren mucho no entres a menudo.
Ese se parece al perro de la Meca, que antes que le den se queja.
Cuando el lobo da en la dula, guay del que no tiene más que una.
Gobierna tu boca según tu bolsa.
Lo mismo es a cuestras que a hombros.
Sanan llagas y no malas palabras.
No hay caballo, por bueno que sea, que no tropiece.
Eso sucederá en la semana que no traiga viernes.
Al hierro caliente, batir de repente.
Buen abogado, mal vecino.
Si cantas al asno te responderá a coces.
No es tan pronta la cura como la herida.
Una pared blanca sirve al loco de carta.
Los locos hacen banquetes para los cuerdos.
Manos generosas, manos poderosas.
Nuevos Reyes, nuevas leyes.

Ni ausente sin culpa, ni presente sin disculpa.
No llevarán al asno al agua si no tiene gana.
Quien caminando lleva prisa, en camino llano tropieza.
La desconfianza aparta el engaño.
Más vale la salsa que los caracoles.
El lobo y la vulpeja son de una conseja.
Meter aguja y sacar reja.
Arco siempre armado, o flojo, o quebrado.
Achaques en viernes por comer de carne.
Malhechores y encubridores pagan por igual.
A la res vieja, aliviarle la reja.
Al malo por rigor y al bueno por amor.
Al que yerra perdonarle una vez, mas no después.
A mula vieja, cabeza nueva.
A pan duro, diente agudo.
Quien es de vida, el agua le es medicina.
A quien mucho tememos, mucho queremos.
A quien no le sobra el pan, no críe can.
Ayer vaquero y hoy caballero.
Barba a barba honra se cata.
El que a tu casa no va, de su casa te echa.
Bien baila el que la fortuna le hace el son.
Bien se huelga el lobo con la piel de la oveja.
Boca de hiel, corazón de hiel.
La buena mano del rocín hace caballo, y la mano ruin del caballo hace rocín.
Buen corazón quebranta mal aventura.
Buenas son mangas después de Pascuas.
Bueno es un pan con un pedazo.
Cada cuba huele al vino que tiene.
Cada carnero por un pie se cuelga.
Todos los días olla amarga el caldo.
Cada gallo canta en su muladar.
Eso es cantar mal y por fino.
Comida de hidalgos poca y manteles blancos.
Con pequeña brasa se quema una casa.
Dais por Dios al que tiene más que vos.
Desde la copa hay peligro hasta la boca.
De mañana en mañana pierde el carnero la lana.
Dios me dé contienda con quien me entienda.
Donde hay fuerza derecho se pierde.
Donde se piensa que hay tocino, no hay estacas.
Dulce es la guerra para el que no va a ella.
El bien aviva y el mal amortigua.
El tonto si es callado, por sesudo es reputado.
El hisopo del herrero, cuándo en el agua, cuándo en el fuego.
E que no duda no sabe cosa alguna.
El trigo y la mujer, al candil, parecen bien.
En casa de mujer rica, ella manda y ella grita.
Entre prometer y dar, tu hija has de casar.
Estorninos y pardales, todos quieren ser iguales.

Se fue el pájaro, y se quedó con las plumas.
La vanagloria florece, más no engrandece.
Ebro traidor, naces en Castilla y riegas a Aragón.
Hidalgo como el Rey, dinero no tanto.
Honra al bueno para que te honre y al malo para que no te deshonre.
Mujer hermosa, loca o presuntuosa.
La mujer y la gallina por andar se pierden aína.
La zorra no se anda a grillos.
Libre es la cabra del arado.
Lo que se aprende en la cima siempre dura.
Mal ajeno no cura mi dolor.
Más vale comprar que rogar a ruines.
Más vale amigo en plaza que dinero en casa.
Más vale vergüenza en cara que mancha en el corazón.
Mayor mal es el que se descubre que el que se cubre.
Mozo vergonzoso, el diablo lo lleva a palacio.
El Alfonso y vos Alfonso, ¿cuánto va de Alfonso a Alfonso?
Mucho prometer es señal de poco dar.
Mujer que habla latín, rara vez tiene buen fin.
No hay mejor cirujano que el acuchillado.
No con quien naces, sino con quien paces.
No sabe gobernar el que a todos quiere contentar.
Nunca de cuervo buen huevo.
Al que no tiene, el Rey le hace libre.
Quien viejo engorda, dos mocedades goza.
Son como las ovejas de San Pedro, que pagan unas por otras.
Donde pasaste tu mocedad, no lo dejes por mejorar.
Al que se convida le quitan la vida, y al que es haragán lo dejan descansar.
A la tórtola y al moral no los engaña el temporal.
Guarnición y crin dan venta al rocín.
El que quiera saber mentiras en él.
Ayúdate tú y Dios te ayudará.
Si vas a Beas pon tu capa donde la veas.
La mujer y la gata es de quien las trata.
Mi casa y mi hogar cien ducados valen.
Ese sabe lo que todo el mundo ignora e ignora lo que todo el mundo sabe.
Las faltas de los médicos las tapa la tierra.
El que en la juventud come sardinas, en la vejez le salen las espinas.
Nadie toca el tambor sino el que lo tiene.
No vive el leal más que lo que quiere el traidor.
Más vale camino largo que trocha corta.
Eso es como las plantillas de Guillenserren, que si no hacen mal no hacen bien.
Según es el penitente es menester absolverlo.
Ese médico es como el hijo del doctor Galeno, que al que no estaba malo lo ponía bueno.
La miel está buena, pero amarga la cera.
El que no caza no asa.
Como es el paño se compran los botones.
Según es el mesón, así son los huéspedes.
A tu gusto burro, y llevaba la carga a palos.

Esa mosca no aguarda el Rey que se la quite otro.
Encargos sin dinero, descanso de mi rocín.
El que quiera higos de Lepe, que trepe.
Lo que es del agua, el agua se lo lleva.
Un hoy, vale más que dos mañanas.
Desde que tengo ovejas, todos me dan los buenos días.
El que quiera ponerse rico con su carreta, que la guíe él mismo.
A cocina grasa, testamento magro.
Tanto cuesta mantener un vicio como criar dos hijos.
Las trampas llevan la mentira a cuestras.
Nunca es larga la Cuaresma para el que tiene que pagar en Pascua.
Una palabra deja caer una casa.
Se espera como agua en Mayo.
El que siembra poco, no puede esperar gran cosecha.
Más vale saliva de veterano que betún de quinto.
Los enemigos del hombre son tres: espuerta, alcuza y mujer.
El que no sirve para San Miguel, sirve para diablo a sus pies.
En casa de señorío no hagas nido.
Eso es como la lluvia, que por donde pasa moja.
Lodos en mayo, espigas en agosto.
En mayo frío ensancha tu silo.
En el mes de mayo deja la mosca al buey y toma al asno.
En el mes de mayo el mastín es galgo.
Agua por mayo, pan para todo el año.
Agua de mayo mata cochino de un año.
La mejor cepa en mayo me la echa.
Por Santa Cruz toda viña reluz (reluce).
Por San Urbano, el trigo ha hecho el grano.
Guarda pan para mayo y leña para abril.
En junio hoz en puño para lo seco, más no lo maduro.
El heno corto o largo, por junio ha de estar segado.
Cebada granada, a los ocho días segada.
Pocas veces escardar, pocas espigas al segar.
Ajo, ¿por que no fuistes bueno? Porque no me halló San Martín puesto.
Bendígate julio, pues mayo no pudo.
Desde San Bernabé, al centeno se le corta el pie.
El día de San Bernabé dijo el Sol aquí estaré.
Por la Magdalena recoge tu higuera.
Arada de agosto a la estercada da en rostro.
Agosto y vendimia no es cada día y sí cada año.
En agosto trilla el perezoso.
En agosto uvas y mosto.
Por Santa María ves a ver a tu viña, cuál la hallares tal la vendimia.
Por Santa María de agosto repasta la vaca un poco.
Por la de septiembre, aunque al vaquero le pese.
La primera lluvia de agosto apresura el mosto.
Por agua del cielo no dejes tu riego.
Por San Gil nogueras concluir.
Mes que entra con abad y sale con fraile, guárdale el aire (septiembre).
Septiembre, o lleva los puentes o seca las fuentes.

La viña donde se hiele, y la tierra donde se riegue.
Vendimia en enjuto cogerás vino puro.
Ni viña en bajo, ni trigo en cascajo.
Por San Mateo vendimian cuerdos y sandíos (sandios).
Agua por San Mateo, puercas vendimias y gordos borregos.
Por San Urbán vendimia tu nogal.
Por septiembre las gallinas vende, y por Navidad, vuévelas a comprar.
En octubre podarás, mas la encina dejarás.
Por San Vicente toda el agua es simiente.
Por San Vicente abra la mano la simiente.
Cávame en polvo y víname en lodo, darte he vino hermoso.
Cávame que lllore encavado, y bíname que cierna embinado.
Por San Lucas, azafrán a pellucas.
Por San Lucas mata tu puerco y tapa tus cubas.

Refranes agrícolas y observaciones meteorológicas
Sabien bien los labradores los días en que la Iglesia rinde especial culto a los Santos, y de estos días se valen para fijar las épocas en que se deben practicar las faenas del campo; ¡hasta agricultor es en España el catolicismo!

Un labrador en pie es más que un grande arrodillado.
Enero mojado, bueno para el tiempo y malo para el ganado.
Enero y febrero comen más que Madrid y Toledo.
En enero, ni galgo liebrero ni halcón perdiguero.
De flor de enero nadie hinche el granero.
Pollo de enero, pluma o dinero.
(O se mueren o se venden caros.)
El mes de enero es como buen caballero.
(Como empieza acaba.)
Enero de muchos hielos, febrero de muchas hebras, marzo de molinas (aguas menudas), abril lluvioso y mayo ventoso, hacen el año florido y hermoso.
En febrero, un rato al sol, y otro...
Cuando llueve por febrero, todo el año ha tempero.
Cuando no llueve en febrero, no hay buen prado ni buen centeno.
Febrerillo el loco no pasó de veintiocho; sacó su padre al sol y después lo apaleó.
San Matías iguala las noches con los días.
Año de heladas, año de parvas.
Año de neblinas, año de hacinas.
Año de brevas, nunca lo veas.
Año de landres (bellotas), año de landres.
Año lluvioso, échate de codos.
En año bueno, el grano es heno, y en año malo, la paja es grano.
En menguante de enero corta tu madero.
Cuando por la Candelaria plora, frío fora.
En febrero mete tu obrero; pan te comerá, más buena obra te hará.
Por San Pablo riqueza en campo.

Tardes de marzo recoge tu ganado.
Boñiga de marzo, tira manchas cuatro, y boñiga de abril, tira manchas mil.
Paja y hierba para marzo la siega.
Sol de marzo hiere con mazo.
A quince de marzo da el sol en la sombría y canta la golondrina.
Niebla de marzo, agua en la mano.
Nieblas en alto, aguas en bajo.
En marzo poda el ricacho y en abril el ruin.
Cuando mayo marsea, mayo marsea.
Quien ara en abril, su madre no lo había de parir, y quien ara en mayo, ni parirlo ni criarlo.
Abril y mayo son la llave del año.
Entre abril y mayo, las harinas para todo el año.
En abril aguas mil, y en mayo tres o cuatro, y estas con recaudo.
Abril, frío, pan y vino.
En abril cada gota vale por mil.
Altas o bajas, en abril sean las Pascuas.
Enjambre de abril para mí, el de mayo para mi hermano.
Frío de abril a las peñas vaya a herir.
Al principio y al fin abril suele ser ruin.
Del garbanzo te sé contar, que por abril ni ha de estar nacido ni por sembrar.
Por San Marcos bogas a sacos.
Mayo hortelano, mucha paja y poco grano.
A lo tuyo, tú.
Aún no es vino, y ya es vinagre.
Grano de trigo no hace granero, pero ayuda a su compañero.
¿Dónde irá el buey que no are?
Hijos y pollos todos son pocos.
Quien en mayo se moja en mayo se seca.
Loca oveja la que al lobo se confiesa.
Cualesquier sementera tiene un día de sarpa.
Huerta sin agua, casa sin tejado, mujer sin amor y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo.
No fíes, ni porfíes,
ni tomes, ni prestes,
y vivirás con sosiego entre las gentes.

Locuciones populares andaluzas

¿Viejas las cosas de Dios? Dios nace cada hora.
Dios está siempre en el mismo lugar.
Dios ni come, ni bebe, pero juzga lo que ve.
Está más alto que el «Inri».
Eso no lo arranca ni las tenazas de Nicodemo.
Sólo en el corazón de María Santísima cupo mayor dolor.
¿Cómo se llama? El dulce nombre (María).
Está mala, pero antes de morir se la llevan los ángeles al cielo.
Eso es mucho papel y poco tabaco.
Así paga el diablo a quien le sirve.

Quien no tiene calentura, no necesita médico.
Estaba boca arriba y sin resuello (muerto).
Nada encuentra; se le mandó por agua a la mar, y se vino sin ella.
Maldiciones de becerro no llegan al cielo.
Esto va a acabar a estocadas.- Sí, a estocadas de cuadra.
A veces vale más «callar» por Dios, que «hablar» de Dios.
No quiero bufones; ya no los paga el Rey, porque no los quiere.
¡Toros! Sólo el aliento de los toros levanta un chichón.
Los niños en tortilla (muchos reunidos), no hay quien los aguante.
Ese no le pide a Dios que le dé dinero, sino que le ponga junto do lo haya.
Son como los de Fuente Ovejuna, todos van a una.
A ese no se le puede echar agua caliente (porque el pedernal basto salta).
A mí no me atan corto, que corto la sogá.
La memoria juega conmigo al esconder.
Todos están ya sobredorados.
Se duerme sin temor de Dios (del que mal vive con cinismo).
Sí, como la fuente de la rana, que cuando llueve mana.
Obra hecha, no espera.
Anda que no te picará ningún bicho muerto.
Se agarran de un encalado (muro muy terso).
Confesión de tambor, absolución de pito.
Dios no ayuda con nada ajeno.
Cuando asiento mis pies en tierra firme no me los hace menear ni un terremoto.
Llórame pobre, y no me llores sólo.
Come más que el río.
Más torpe que una mano sin dedos.
Fulana, sabe a su casa, y no sabe de juntos.
Dime de lo que blasonas, te diré de lo que careces.
La justicia va en carreta, pero alcanza a todo el mundo.
Eso será en la semana de los cuatro jueves.
El que alabe a fulano no pone más que la boca.
Ese no tiene carmín en las mejillas (vergüenza).
Para merecer, es preciso padecer.
Un juez más derecho que el dedo de San Juan.
Vargas que tiene más gracia andando que el Obispo confirmando.
Quien tal falsedad dice, dice que no hay Dios.
A lo «justo» no llega nada.
El de lo alto (Dios), la tierra de la verdad (el cielo).
¡Qué delgado estás! ¿Estás estudiando para tabique?
¿Qué remozado está? Parece que lo han retocado.
Oficio no mancha linaje.
Hay quien callando habla, y hablando calla.
Aquello era un jardín de virtudes.- No dejaría de haber alguna cabra coja, porque en todas partes las hay.
Al que quiera saber, poquito y al revés.
A los preguntadores, cortapisas y callar.
Ese tiene escalera de plata (tiene suerte).
Entre amigos no hay manteles.
La verdad en Dios, y la justicia en el cielo.
A un juez de palo que fuese, le daría la razón.

Nadie sabe lo que vale un merecido aquí y allí.
¿Lo vio usted? ¿Pues no lo había de ver? ¿Acaso tenía mis ojos en presidio?
El gazpacho del tío Sandoval, mucho caldo y poco pan.
Quiero confesar este año, no me suceda lo que el pasado, que me quedé en barbecho.
Para pronunciar su nombre es preciso agarrarse a una columna.
Sus hijos son tan feos que quitan el hipo.
Un tonto echa una piedra en un pozo, y cien discretos no la pueden sacar.
Ese ha corrido sin pies.
Tan delgada, que cabe holgada en una paja de centeno.
Con un «¡Dios, mío!» me acuesto, y con otro «¡Dios mío!» me levanto.
Venía hecha un toro de fuego.
No todos pueden vivir en la plaza.
Cuando le dan a uno las doce comiendo, alcanza la bendición del Papa.
Querer culpar a mi hijo es como querer arrancar los manteles a los altares.
Se debe dejar las cosas, velas en alto.
Cuando Dios extiende su mano alcanza a todas partes.
Más se lleva el diablo al cabo del año.
Quieres que sea como la medicina de Fernando, que desde la botica venía obrando.
¡Que vieja tan fea! Parece la que tuvo el candil la noche que se ahorcó Judas.
¿Qué hora es? Las todas (las doce).
Gracias, gracias, y me quedo con las ganas de darle a usted más.
Lo digo, y lo dijera con cien bocas que tuviera.
Le voy a dar una guantada de cuello vuelto. -Mire usted que le podrá salir caro. -Cinco duros (la multa).
Aceituna comida, hueso fuera.
El que no engorda comiendo, no engorda lamiendo.
La herramienta (la mano) es menester que coma.
-Guárdate de Fulano. -Su pellejo guarda al mío.
No sé que ha sido de él, ni hoja ni rama, no sé si lo tengo que honrar vivo, si lo tengo que honrar muerto.
El que no se siente de una mala razón, no se siente de una puñalada.
Como la guitarra es mía, toco por donde me parece.
Este año es borracho, y hemos de beber el agua sin bajarnos.
Las funciones de iglesia dan producto al alma y al cuerpo.
Eso es; o cien varas de nariz o cortarla de raíz.
Esos lagartos de oro veía correr a mi vera y no los podía coger.
Parece que va al cementerio por sus pies.
El que tiene sesenta se sienta.
-No es un caballero, es un rico. -Pues dígame usted al rico que en dando las doce cada uno come en su casa.
Eso es horroroso con cien erres.
El que no tiene padrino no se bautiza.
No hay libra de carne sin añadidura.
Tiene el resto en las uñas.
De buenos es honrar.
Entrome con la tuya, sálgame con la mía.
Allí, la mitad parecen tontos, y la mitad lo son.
Yo sé bajarles los jornales.
No se me ocurrió nada, me se apagó el candil.
No seré yo quien le ponga la silla a ese potro.

No entra en misa la campana y a todos llama.
No puede ni con una alforja llena de humo.
El que quiera saber que compre un viejo.
Usted no me saca de allí; ¡pues si un muerto es, y se necesitan cuatro!
Se murió y se llevó la llave de la despensa.
Sirve, porque hace de D. Juan, Juan y Juanillo.
Que se muele el trigo entre dos piedras.
No tenía que comer más que las uñas.
Nunca se han reunido los perros a pedradas.
¡Qué gañán! Ese va a engordar con las letras que se come.
Es tan largo como pelo de huevo.
De esto no hable usted mientras el cuerpo le haga sombra.
Está más perdido que un tapón.
Ahonda y sacarás agua.
Don Juan de Mena, ni palabra mala ni obra buena.
No hay cosa más socorrida que un día tras otro.
¡Jesús qué prisa! En diciendo melón, la tajada en la boca.
Los pinículos dicen siempre, a la corta o a la larga, que han comido con cuchara de palo.
Era entonces muy bruto, y ha continuado.
¡Qué mal año! Ni el Padre Santo podrá consagrar (no habrá trigo ni vino).
Ese es otro moro con otro garrote.
Poco me cuesta ponerle los calzones al jaco.
¡Mire usted eso! Parece una mentira detrás de una mata.
Guarda que comer y no que hacer.
Ese no cambia en ese pellejo.
Se lo diré con la boca de mi cara.
Verá usted como le mando un recadito que se mude, con tres luegos.
La madera que ha de servir para cruz no le entra polilla.
No abro aunque venga el lucero del alba con una torta en la mano.
¡Qué frío! Señor, sol y avispas aunque me piquen.
De las veinticuatro horas, veinticinco estaba borracho.
En diciendo yo una cosa, la firma el Rey.
Hijos criados, duelos doblados.
¿Cómo saliste con esta noche? No había otra.
Pues si por mis bolsillos corren ratones.
¿Dónde vas oveja loca? A ver si topa.
Quien dice la verdad, ni peca ni miente.
Tan hermosa que paraba al sol.
Si estás triste, cuélgate un cascabel en las narices.
Si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú.
Para esos dolores no hay sino polvos de mayo y cáscaras de brevas.
La mentira anda barata.
Me eché las piernas al hombro y no quise ir.
Hasta que no briegue el tiempo no llueve.
El diablo está haciendo leña en el tajanal cuando tú no te estrenas.
Juan, ¿qué te duele? Todo lo que se llama Juan.
Dios tiene que dar más de lo que ha dado.
«Vecina-vocina».
Ni Jesús pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí.
Ese fuego es como la risa del negro, se apaga en un instante.

Sea el santo que fuese, «ora pro nobis».
Calla, calla, que no sabes por dónde le entra el coco a la haba.
Ese, bárbaro fue a Madrid, y bárbaro volvió a venir.
Ese no pasa de ocho cuartos, ni ha de llegar nunca a real.
No echo mangas largas, sino que cuento con lo que gano.
No tanto queso como pan.
Sin un ochavo no se hace un real.
Es como el cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.
Se ha criado tan sujeta como un cerrojo.
No tiene más luces que las del día.
Esa habla hasta debajo del agua.
Aquello va despeñado (atolondrado.)
Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir.
Ese no tiene más luces que las del día.
Como no se tiene el tiempo en la mano.
-¿Cómo te va con tu suegra? -Cómo me ha de ir, una hubo de azúcar, y amargó.
Se veía como unas huertas.
No puedo ver a las gentes «relojeras» para el trabajo, y que sea menester pincharles como a los bueyes.
A mí no me quema más que la candela y el aguarrás.
Al que no quiera habas, tres guisos al día.
Yo tocarme la mantilla con una que tuviese nota, eso no. Con esas que una se junta que le dé y no le quite.
¡Ay! Que esto se me ha caído de la mano. ¿Quién me estará mentando? -«Mal cogido.»
Te he de querer mientras tenga Jesús la Cruz a cuestras.
¿Qué hago? Respirar por no ahogarte.
Eso no pega ni con cera ni con cerote.
Como moza de posada, mal comida, mal bebida y deshonrada.
Con esto se echó el ribete a la empanada.
El buey que me corneó, a buena parte me echó.
Es como la gente gañana, que lo que es hoy no es mañana.
Lo da de «don atrás» (se encumbra).
Como no tengo «hayal» (dinero), me llamo callar.
Echar crudo para que haya cocido.
¡Máquinas, malditas! Los brazos de los pobres son su caudal; en parándose, ¿qué será de ellos?
El hijo de la vecina por madrugar se halló un costal. -Más madrugó el que lo perdió.
-Dígame usted la verdad. -No señor; si la digo, me quedo sin ella.
La aseada de Jurguillos, que lavaba los huevos para freírlos.
Esa es de las que echó Santa Ana del carro abajo (es decir, que es cuajona y pava).
Es muy recatada; no es de las de puerta de calle y punto en calceta.
Está tan espesa la cebada, que no se puede «regender» con una espada.
Yo no entiendo de grajos pelados.
Estás más desgraciado que el tiesto de Inés, que se secó lloviendo.
Eres como la hierba en primavera, que crece de noche y de día.
En empezando a comer, era preciso silbarle para que parase.
Más fornido que un canto.
Si el niño llora, dejarle llorar que la boca es nueva.
Harto ruin es quien por lo suyo no vuelve.
A costa de su pellejo, Francisco Esteban fue guapo.

Mientras hay catas, hay embudos.
Eso ha de sonar más que las narices.
¡El demonio se pierda!
Era un pan de rosas; nunca se le oyó un malhaya.
Como usted, señor Vicente; pero cuidado que no reviente.
Parece tu cabeza una «pavea» de albejones.
A tu casa no lleves quien ojos tenga.
Aquello le sonó a campana cascada.
El real que guarda ciento es buen real.
Como la ballena, que todo le cabe y nada le llena.
Padre tengo, y lo tengo muerto.
He estado haciendo mi hacecillo de suya.
Lo que se calla se puede decir, lo que se dice no se puede callar.
La verdad no pierde por niña, ni la mentira gana por anciana.
Remienda tu sayo, y pasarás tu año.
Ya se vio; le pareció todo el monte orégano.
Al que cuece y amasa, no hay que venderle hogaza.
Hazme ciento y márrame una, y no me has hecho ninguna.
Tomó dos de luz y cuatro de traspón.
La gracia del peluquero es sacar rizos donde no nay pelo.
Es amigo de hacer honras de cuerpo presente.
¿Quieres retar a tu madre? Mira que «hija» eres y madre serás.
No grites; si fueses de alambre, habías de ser el mejor cencerro que hubiese en la campiña.
Ni a ti te luzca ni a mí me haga falta.
De lo contado come el lobo y anda gordo (por malas cuentas).
Tienes gañotes de calceta vieja.
Esos B., que son judíos, que es peor que ser negros, porque lo negro sale, pero lo judío se reverdece cada siete años.
Al pobre tío Juan se lo comen a cucharadas.
Dile que si eso dice le arrancaré la lengua y la campanilla.
Para hablar de mi hija es preciso que se enjuague la boca con agua de rosas.
¡Qué destruida está! No parece ni su prójimo.
Vestido de saya y el dinero en la caja.
¡Qué aseada es! Está su cocina que parece que no ha pecado.
Estamos en paz y jugando.
Este está aquí y en el infierno.
Tiene más ojos que un camaleón viejo.
Tenía la boca desplegada de reírme.
La familia del Dios Baco, padre, hijo y el Demonio.
Se le caen los calzones de hombre de bien.
Más bueno que el pan, y más pasado que la masa.
Cuerno y cuerna que son macho y hembra.
Estás como el milano, las alitas quebradas y el pico sano.
Es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan.
-¿Pero qué hace? ¿En qué se emplea? -Tiene siete sesos, y los siete vacíos.
Tiene pestañitas de sombra.
No es tan muchacho, que ya ha rompido la casaca (cumplido el servicio militar).
Es buen hombre y mal sastre.

Yo seré tonta hasta donde me ha hecho Dios, pero no hasta donde me quieren hacer los hombres.
Es más feo que pegarle a Dios en Viernes Santo.
Tiene el oído en los pies.
El cielo se puso sus plumeros.
Señor, tanto pesa una libra de lona como una libra de oro.
Donde hay campanas hay de todo.
¡Dios mío! Este es el último escalón de la horca.
La gracia de Dios ha de salir (se sabrá la verdad).
Le vino tan bien como a un santo dos velas.
Padre, me acuso que soy carpintero. -Tarugo tenemos.
Las penas se me empalman.
Si como mientes corres, el demonio que te alcance.
Tres cosas hacen al campesino salir de su casa: procesiones, toros y personas reales.
No he pegado los ojos en toda la noche. ¡Cómo los habías de pegar, si están por medio las narices!
El papel aguanta mucho.
La santa rosa ama las espinas, entre las que se cría.
¡Qué lenguas! Aquí, pronto le quitan la capa a San Juan, la camisa a San Sebastián y el pellejo a San Bartolomé.
¡Señales de agua! Todas marran. No hay más señal cierta que cuando le sudan los cuernos a los bueyes.
El perro del herrero, que no acudía a las martilladas y acudía a las mazadas.
Se casó con un desavío, pero fue porque si ella era negra, las pesetas eran blancas.
¿Qué cenaba el pobre? -Pan y pan.
Quilindón, quilindón; zapato de vara no gasta listón.
Quiero que me miren a la cara, y no a las manos.
Lo que ha de cantar el carro lo canta la carreta.
¡Tengo unas vísperas! (Presentimientos.)
Tener hijos es: nueve meses de enfermedad y toda la vida de convalecencia.
¡Razón! Esa la tiene todo el mundo; es lo más cotidiano que hay, y anda tirada por el suelo.
El dinero se ha perdido.
Me dejó la cara llena de frente.
Más vivo y más ligero que un brinco.
Quien sangre nueva administra, la suya la tiene frita.
Ya esas (cosas viejas) van echando las obligaciones atrás.
Eso es como el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol y se quedó a la sombra.
Ese, si fuese sol, no alumbraría a nadie.
Ese botón, ¿es de casaca o de casacón?
Tan mansa y tan loge, que no es capaz de decirle zape al gato.
Ha quedado como barrido, desgastado y deslucido.
Estás como Juan Flor, que se curaba para estar mejor.
Conoce las letras, pero no las junta.
Ese entripado lo ha tenido cocido por dentro.
No pasé peine por cabeza, que no se quedara calva.
¡Qué delgada está! Y está bien, y come, pero parece que come relámpagos.
¡Anda! Un mal marido te entre por las puertas.
Siempre está en el campo como una cepa.
Sobre la quemadura, agua hirviendo.

Tiene la cabeza como rabadilla de gallo inglés.
Quiero ser tambor, pero ser el que toque mejor.
Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja.
La carne, para el diablo; los huesos, para Dios.
Lo mismo es tu cuento que los perros pachones, que de feos hacen gracia.
Si el mar se casase se le quitaba la braveza.
Salí a la calle y avergoceme, y entré en mi casa y consoleme.
Esas son señoras injertadas.
Don Juan, la moneda es un gran señor.
Tome usted este pan, aunque es duro, que más vale Duranda que no Miranda.
Señor Corrán, que corriendo va, que siempre corriendo y nunca hace «naa».
Dios le ayude, y a nosotros no nos olvide.
No era más que para el «arache» y el «cavache» (arar y cavar).
El que da un mal rato, no lo espere bueno.
Viva la jaquita de Fosal, que hacía polvo en un lodazal.
Cada uno sabe sus penas, y Dios las de todos.
¡Qué chillones! Parecían huecos.
El que va por la ley, ¿quién le echa el arado atrás?
Ese, si lo apalean, echa bellotas.
Es fino como tafetán de albarda.
Si ahora le parece tarde, más tarde será mañana.
Parece andando un loro viejo.
Tenía la cama más dura que un arroyo.
Tan hermosa, que la envidia el día.
La cae la sombra de un coche.
Ahora, hasta los escarabajos empinan la cola.
Haré... Hombre, que se vea y no se diga.
Todo te se vuelve cerner y no echar harina.
Cogí el pendil y la media manta y me mudé.
Mientras hay Dios hay misericordia.
Hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.
Estás como tía Mai Miguel, que le daba vergüenza hasta de ser mujer de bien.
Sobre padre no hay compadre.
Pues si yo estoy como las ánimas benditas, siempre deseando que le den.
Mañana será de día, y verá el tuerto los espárragos.
Cuando viene a pelo, aunque la burra se caiga en el suelo.
Dios sabe el que le sirve.
Para decir el toro viene no es menester tantos arrempujones.
Conforme se murió se hizo el caudal tiras y gabanes.
Era cosa tan buena, que el rey la llamó de tú.

Adivinas y acertijos populares

Adivina

Yo vi un toro bramar desde una nube.
Vi salir fuego de una cantimplora.

Vi salir agua, es cierto, de un arado.
Vi dos bueyes hablar a una señora.
Vi dos hombres comiéndose un caballo.
Vi unos perros jugando a la pelota.
Vi unos niños tragarse tres navíos.
Vi el alto mar de leche abastecido.
Vi una taza de cien codos.
Vi una torre que andaba por un prado.
Vi una vaca tocar la chirimía.
Vi un sacristán verdad, por vida mía.

Acertijos populares

1. Un tercero en este mundo
a Dios limosna pidió;
Dios le dio lo que pedía,
mas de un cuarto no pasó;
y al regocijo del cuarto,
se gastó más de un millón.
2. De bronce el tallo,
las hojas de esmeralda,
de oro el fruto,
las flores de plata.
3. Una estancia abovedada,
donde el eco se recrea;
un batallón de soldados
repartido en dos hileras;
no son los más fuertes machos,
que son las más fuertes hembras;
está una mujer entre ellas
por parlanchinota presa.
4. Cuando más chicos, más grandes;
cuando más grandes, más chicos.
5. Soy alguacil de las damas
y ministro singular,
ando cargado de varas,
sin prender ni castigar.
6. Yo y mi hermana, diligente,
andamos por un compás,
con el pico por delante
y los ojos hacia atrás.
7. En Francia fuí fabricado,
en España soy vendido,

y con afán por las damas
siempre he sido pretendido.
Si me prenden, prendo;
si me sueltan, soy perdido.

8. Somos muchas compañeras,
que unidas y de un color,
gastamos de tres maneras,
aunque alguna tal cual vez
trastornamos la mollera.

9. Es una red bien tejida,
cuyos nudos no se ven,
y duran toda la vida.
En esta red de pescar,
unos claman por salir,
y otros claman por entrar.

10. En el aire me crié
sin generación de padre,
y soy de tal condición,
que muero y nace mi madre.

11. Di la muerte al concebir
al que me vino a buscar,
cuya muerte he de pagar
al tiempo de yo parir.

12. La última soy en el cielo,
con Dios en tercer lugar,
me embarco siempre en navío,
y nunca estoy en la mar.

13. Una, una y una,
una, dos y tres,
contaban dos amantes,
contaban veintitrés,
contaban dos amantes,
y no contaban cien.

14. Me llaman pan, sin ser pan.
tengo voces de alegría,
y me sacan en los días
de mayor celebridad;
de bofetadas me dan,
y yo, puesto en un madero,
pienso de que fuí cordero,
mas no soy Dios ni soy pan.

15. Preñado dicen que estoy,

y jamás a parir vengo;
lomos y cabeza tengo,
y aunque vestido no estoy,
muy grandes vidas mantengo.

16. Ayer era, hoy no soy,
ayer no era, hoy sí.

17. ¿Quién fue el que no nació,
y su madre se lo comió?

18. Mi ser por un punto empieza,
por un punto ha de acabar;
el que mi nombre acertare,
sólo dirá la mitad.

19. En el campo me crié,
metida entre verdes lazos;
aquel que llora por mí,
ese me hace pedazos.

20. Soy alto y hermoso,
ando a la ventura,
por do paso corto,
y coso sin costura.

21. Justo me llaman, y doquier
soy alabada sin tasa;
a todos parezco bien,
nadie me quiere en su casa.

22. Dime, si eres entendido,
esto cómo puede ser,
que ni tres son más que dos,
ni dos son menos que tres.

23. El boticario y su hija,
el médico y su mujer,
se comieron nueve huevos,
y les tocaron a tres.

24. Dos son tres, si bien se advierte;
tres son cuatro, si se mira;
cuatro, seis, y de esta suerte,
seis son cuatro, sin mentira.

25. Un convento chiquitito;
las monjas son de marfil;
más arriba dos ventanas
más arriba dos espejos,

y más arriba la plaza del pensamiento.

26. El que la hace, la hace cantando;
el que la busca, la busca llorando;
el que la disfruta no la ve.
¿Qué es?

27. Al ver dos hombres que venían,
dos mujeres, una a otra, decían:
Allí vienen nuestros padres,
maridos de nuestras madres,
padres de nuestros hijos
y nuestros propios maridos.

28. Más de veinte vecinos
en una sala,
los que nunca se juntan,
y nunca se hablan.

29. Encerrada siempre estoy,
en invierno y en verano,
y sólo me dejó ver
de médico y cirujano.

30. Limpio, claro, acrisolado
es mi ser, y aunque estoy muerto,
en toditas mis acciones
alma parece que tengo;
si se ríen, yo me río;
si lloran, hago lo «mesmo»,
sólo me falta el hablar;
en lo demás, estoy diestro.

31. En el cielo no lo hubo,
en la tierra se encontró,
Dios, con ser Dios, no lo tuvo,
y un hombre a Dios se lo dio.

32. De arena un grano
puede pararme,
mas a quien sigo no hay quien lo ataje
ni en el cielo, ni en la tierra,
ni en el agua, ni en el aire.

33. Quien la hace, no la quiere;
quien la ve, no la desea;
quien la goza, no la ve.

34. Sirvo al Rey y sirvo al Papa,
al con capa, al sin ella,

tengo una mella,
y no puedo pasar sin ella.

35. ¿Cuál es el hijo cruel
que a su madre despedaza,
y la madre con mil trazas
se lo va comiendo a él?

36. Con mí nadie está contento,
me rechazan con enojo;
yo mismo visito al viejo,
y a mí me visita el mozo.

37. Dos buenas piernas tenemos
y no podemos andar
sin el hombre, que sin nosotros
no se puede presentar.

38. En una cumbre me ponen
para que el aire me dé,
sirvo de guía a los hombres,
y me sostengo en un pie.

39. El enamorado esté advertido,
que queda dicho mi nombre
y el color de mi vestido.

40. Yo los sesos me devano
y en pensar me vuelvo loca,
la suegra de mi cuñada,
¿qué parentesco me toca?

41. Una serpiente feroz y ligera,
que nunca se aparta de su madriguera,
y que metida en su rincón
a muchos le causa su perdición.

42. Soy chica, y soy ligera,
y a pesar de esto, es muy cierto
que no puede ningún vivo
tomarme un ratito en peso.

43. Dime cómo podrá ser
que una planta de la tierra,
en dejándola crecer,
de macho se vuelva hembra.

44. Yo me crío en Berbería
y me compran los cristianos,
si quieres saber mi nombre,

asido estoy a tus manos.

45. Redonda como la bola
me mantengo por la cola,
tantos hijos como tengo,
a todos les doy corona,
y a mi amo pesadumbre
cuando me caigo en el suelo.

46. Príncipe fuí sin ser noble
de un Estado muy pequeño,
me concedieron poder
de predicar sin ser clérigo;
mi nombre lleva una silla,
donde me senté el primero.

47. ¿Quién es el ser infeliz
que hasta la gloria llegó,
y por querer subir más
para siempre se perdió?

48. ¿Qué cosa tiene el molino
precisa y no necesaria,
que no molerá sin ella,
y no le sirve de nada?

49. Más alta que Dios subí,
y en el cielo y en la tierra,
nadie se encuentra sin mí.

50. Soy clara y espero yema.

51. Iba yo por un camino
y sin querer me la hallé,
me puse a buscarla
y no la encontré;
y como no la hallé,
me la llevé.

52. Me hice un hombre de arte,
por mí el caudal más crecido,
a veces se desmorona;
yo de Reyes no he nacido
y tengo cuatro coronas.

53. Yo tengo una tía que quiero, y se llama
con nombre que a hombre
yo nunca aplicara,
porque desde luego
a mal lo tomara.

54. Estoy de día y de noche
en continuo movimiento,
siempre acortando las horas;
mira que no soy el tiempo.

55. En la ventana soy dama,
en el balcón soy señora,
en la mesa cortesana
y en el campo labradora.

56. Siempre quietas,
siempre inquietas,
durmiendo de día,
de noche despiertas.

57. Hembra soy que por la posta
ando diversos caminos,
los hombres bastos y finos
se divierten a mi costa.
En una prisión angosta
me meten sin compasión,
y todos estos tormentos
me los dan por diversión.

58. Una salita entrelarga,
en medio, una celosía;
cinco muertos le acompañan
y un vivo le da la vida.

59. En medio del mar estoy,
no soy de Dios ni del mundo,
ni del infierno profundo,
y en todas partes estoy.

60. Mi primera es madre
y nunca ha parido;
mi segunda, selva
que a nadie dio abrigo;
nace mi todo y no sabe andar,
pero por doquier se pone a trepar.

61. ¿Qué cosa es la más sutil
y penetra por doquier,
y se pone junto a mí
aunque lejos está de ti?

62. Estudiantes que estudiasteis
el libro de teología,
decidme, ¿cuál es el ave

que no tiene pecho y cría,
que a los vivos da sustento
y a los muertos da alegría?

63. Volando nací, señores,
para cernirme en el viento,
y después, andando el tiempo,
pobre me veo y desnudo.
Si alguna mano me ayuda,
lágrimas voy derramando,
las cuales quedan impresas
y hablando van, y aunque mudas,
se expresan como discretas.

64. Vuelan sin que tengan alas,
dan sombra sin tener cuerpo,
son ligeras o pesadas,
tímidas o deseadas,
matan sin hierro ni espada
y resucitan al muerto.

65. Una cosa angosta y larga,
como varón soy muy dulce,
como hembra soy amarga.

66. Soy consultor de las damas
y por ellas muy querido;
nunca hablo la verdad
ni en mentira me han cogido.

67. Cabra y leña me dio el ser
y sin ellas nada soy.
Sin pie caminando voy;
susténtome sin correr;
obedécenme temblando,
y muchos pierden la vida
por no hacer lo que yo mando;
mi amo no es caballero
y se llama como yo.

68. En Granada hay un convento
con muchas monjitas dentro,
con un velo tan delgado,
que ni es de lana ni es helado.

69. Verde se nace,
negro se crían,
y entra en la plaza
con fantasía.

70. ¿Quién es una hembra triste
muy secreta y reposada, de cuerpo y alma privada
que de negro siempre viste?

71. En continuo movimiento
estoy de noche y de día,
siempre acortando la vida;
mira que no soy el tiempo.

72. En medio del cielo estoy
sin ser lucero ni estrella,
sin ser sol ni luna bella;
aciérteme usted quién soy.

73. En el campo me crié
entre matas y lentiscos,
nunca zapatos calcé,
hábito franciscano visto,
dos martirios pasaré
pero no será por Cristo,
y así al cielo no iré.

74. Un pastor vio en la montaña
lo que no vio el Rey en Castilla,
ni el Pontífice en su silla,
ni Dios con ser Dios lo vio.

75. A la inquisición llevaron
a una porción de sujetos,
y muertos que fueron estos,
sus restos depositaron,
y a otro año de ellos sacaron
al origen de sus pleitos.

76. Cinco compañeros juntos
por lo regular vivimos,
y cuando nos dividimos
es para varios asuntos;
sirvo al vivo y al difunto,
siempre en movimiento estoy,
de una parte a otra voy
por mandato de los hombres
a quien serví, no te asombres,
aun antes de ser quien soy.

77. Añade a la letra B
el romper de una limeta,
y sabrás cómo se nombra
la que a mí me desatienda.

78. Una dama que anda siempre
por tejados y azoteas,
doce galanes rondan,
a una toma y a otra deja.

79. M. V. G. E. R.
(Anagrama.)
La M, muerte publica;
vicio la V. bien formada;
la G, guerra; la E, espada,
y la R, rayo indica.
De modo que si me ensayo
a unirlas como se advierte,
dicen estas letras: «Muerte,
vicio, espada, guerra y rayo».

¿Qué ingenio torpe e inmundo
mujer así disfrazó
y de tal modo ultrajó
la mejor cosa del mundo?
¿No fuera más cierto y fijo
que dejara descifrado
mujer, maravilla, vida,
gloria, estrella y regocijo?»

80. Es nada mi segunda,
y de tal modo,
que mi primera
viene a ser mi todo.

81. Agua bebo
porque agua no tengo;
si agua tuviera,
vino bebiera.

82. Yo he visto un cuerpo sin alma
dando voces sin cesar,
puesto al viento y al sereno
en ademán de bailar.

83. Salí de tierra
sin yo quererlo,
y maté a un hombre
sin yo saberlo.

84. No soy cruz, ni voy al hombro;
no soy Espíritu Santo,
y hablo con lengua de fuego.

85. Ya me llevan, ya me traen,

y es darme mayor tormento,
porque el fuego en que me abraso
arde con el movimiento.

86. De lejas tierras me traen
a servir a un gran señor,
y sus ministros me quemán
sin la menor compasión.

87. De la iglesia mayor vengo
de ver el mundo al revés,
el penitente sentado
y el confesor a sus pies.

88. Soy huésped aborrecible
y nadie quiere tenerme,
mas no se acuerdan de mí
sino cuando ya me tienen.

89. Delgada, gruesa o mediana,
y con los ojos de un tuerto,
con las mujeres estoy
en la ciudad y en el huerto.

90. Palmo, palo y plomo soy,
y soy cosa tan ligera,
que cuando quiero me marcho
sin tocar los pies en tierra.

91. Un hombre murió sin culpa
cuya madre no nació,
la abuela quedó doncella
hasta que el nieto murió.

92. Soy redonda como el mundo;
clara que eso no se diga,
y me hacen de por fuerza
que mi propio nombre «escriba».

93. ¿Cuál será la muy mentada
que se halla al fin de la vida,
no halla en el mundo cabida
ni en el cielo tiene entrada,
que no se encuentra en los meses
y en la semana dos veces?

94. En mí trabajan
mujeres y hombres:
ellos me muelen
ellas me escogen; (8)

comer un conejo hoy
y que se mate mañana.

106. Sale de su sepultura
con la santa cruz a cuestas,
unas veces salva al hombre,
y otras, la vida le cuesta.

107. Yo tengo calor y frío,
y no frío sin calor.

108. Apellídanme Rey, y no tengo reino:
dicen que soy rubio, y no tengo pelo;
afirman que ando, y no me meneo;
relojes arreglo, sin ser relojero.

109. Cualesquiera que me viera
entre cadenas metido,
creerá que contra la iglesia
algún mal he cometido.
Pues jamás cometí daño,
ni en obra, ni en pensamiento,
y estoy, por decreto humano,
condenado a fuego eterno.
Suélenme sacar al aire,
y es para mí más tormento,
pues el fuego en que me abraso
crece con el movimiento.

110. Es santa, y no es bautizada,
y trae consigo el día,
gorda es y colorada
y tiene la sangre fría.

111. Yo tengo nombre de santa,
y en mi hermosura y olor,
merezco ser comparada
con la que es madre de Dios.

112. Un árbol con doce ramas,
cada una tiene un nido,
cada nido, siete pájaros,
y cada cual su apellido.

113. En medio del mar estoy y no me mojo,
en brasas me colocan y no me abraso,
en el aire me hallo y no me caigo,
sin que puedas echarme me tienes en tus brazos.

114. ¿Cuál es aquel asmatrote,
ídolo de la mujer,
por cuyos costados entran
dos a dos, y tres a tres?
Dos cosas tiene de llave,
y de Fortuna una y tres,
dos del juego de ajedrez,
tiene una de hombre armado,
y otra que si le falta
ya no se puede mover.

115. Mil veces doy alegría,
y otras mil causo dolor,
y aunque saben que yo engaño,
todos me tienen amor.

116. Una dama muy delgada
y de palidez mortal,
que se alegra y reanima
cuando la van a quemar.

117. ¿Cuál es el bicho feroz
que anda sin tener pies,
con las alas arrastrando
y el espinazo al revés?

118. Un cercado bien arado, bien binado,
y reja en él no ha entrado.

119. Verde me crié en el campo,
negra fue mi mocedad,
y ahora me visten de blanco
para llevarme a quemar.

120. Vino cierto anciano un día,
y ufano con su valía,
me aseguró que en su nombre
un gran misterio hallaría;
en confusión me habéis puesto,
diga hermano la verdad;
diré que en el primer verso
la veréis con claridad.

121. En tres meses ha parido
una casada tres veces,
y cada preñado ha sido
de cabales nueve meses.

122. Muerdo al fuego, y el bocado
es daño y bien del mordido,

no vierte sangre el herido
aunque se ve acuchillado;
mas si es profunda la herida
por mano que no acierte,
causa al herido la muerte
y en la muerte está su vida.

123. ¿Cuál es la dama pulida,
aseada y bien compuesta,
temerosa o atrevida,
pudorosa o descompuesta,
y gustosa o desabrida?
Si son muchos porque asombre
muda de mujer el nombre
en varón, y hay cierta ley
que habla por ella al rey
y la lleva cualquier hombre.

124. De colores muy galano,
soy bruto y no lo parezco;
perpetua prisión padezco,
uso de lenguaje humano,
si bien de razón carezco.

125. Un árbol que Dios crió
de los cielos a la tierra,
si no lo cortan de chico,
de macho se vuelve hembra.

126. Al volver por una esquina
me encontré con un convento;
las monjas vestían de blanco,
la abadesa, de pellejo;
más arriba, dos ventanas;
más arriba, dos espejos.
más arriba, una plazuela
donde pasean los polluelos.

127. Fui al campo,
me encontré un hombre sin brazos;
por sacarle el corazón,
le hice el cuerpo pedazos.

128. Blanco como la leche,
negra como la pez,
habla sin tener lengua,
anda sin tener pies.

129. Una dama de linda lindeza,
con doce galanes se sienta a la mesa;

uno la toma, otro la deja;
con todos se casa y queda doncella.

130. Alicol que no tiene col,
ni alas, ni pies, ni pico,
y su hijo alicantico,
tiene alas, pies y pico.

131. Yo vi venir a un hombre,
un estudiante juró
que venía de comer
lo que Dios nunca crió.

132. Ningún día fuí hija,
ahora soy madre,
el príncipe que mis pechos críe
es marido de mi madre;
acertarla, caballeros,
si no dadme a mi padre.

133. Fui al campo,
corté un bastón,
cortarlo pude,
rajarlo no.

134. Vestido de fraile vengo,
a ver al padre prior,
traigo los hábitos blancos,
y amarillo el corazón.

135. En el campo me crié
metido entre verdes ramas,
y ahora me veo aquí
al servicio de estas damas;
ellas me dan de comer
y yo no les pido nada.

136. Por inútil y por viejo,
me apartó el rey de su tropa,
y sin darme pres ni ropa
total me quitó el manejo,
dejándome boca abajo,
en pago de buen servicio.

137. Tan grande soy como el mundo,
y con todo, no me ves;
tiénenme por vagamundo,
cércote de ancho y profundo,
todo de cabeza a pies.

138. Una dama está en faldetas,
un galán está bailando,
y al son de las castañuelas
las tripas le va sacando.

Soluciones

1. Carlos III y Carlos IV.
2. Naranjo.
3. Boca y lengua.
4. Chica borrachera y chico es medida de vino.
5. Abanico.
6. Tijeras.
7. Alfiler.
8. Uvas.
9. Matrimonio.
10. La nieve.
11. La víbora.
12. La letra O.
13. Las palabras que son 22.
14. La pandereta.
15. El monte.
16. Las deudas y las pagas.
17. Adán.
18. La media.
19. La cebolla.
20. El navío.
21. La justicia.
22. Porque el dos tiene tres letras.
23. El médico estaba casado con la hija del boticario.
24. Las letras.
25. La boca, ojos y frente.
26. La caja.
27. Dos que enviudaron y se casaron con sus respectivas hijas.
28. Las letras de imprenta.
29. La cañería.
30. El espejo.
31. El bautismo.
32. El reloj y el tiempo.
33. Las cejas.
34. La vasija de afeitarse.
35. Arados.
36. La enfermedad.
37. Los pantalones.
38. Veleta.
39. Elena-morado.
40. Madre.
41. Las lenguas.
42. El ascua.

43. Espárrago y esparraguera.
44. La palma.
45. La granada.
46. San Pedro.
47. Lucifer.
48. El ruido.
49. La cruz.
50. Agua bendita.
51. Una espina que se hincó.
52. Naipes y baraja.
53. Barbero.
54. Reloj.
55. El agua.
56. Las estrellas.
57. Las bolas del billar.
58. La guitarra.
59. La letra A.
60. La madre-selva.
61. Pensamiento.
62. La abeja.
63. La pluma.
64. Las nubes.
65. Río y ría.
66. Espejo.
67. Tambor.
68. Granada.
69. Bastón de alcalde.
70. La noche.
71. Reloj.
72. La letra E.
73. El conejo.
74. Su semejante.
75. Uvas y vino.
76. Papel, cuadernillo.
77. Beatriz.
78. La lima.
79. La mujer.
80. Aguacero.
81. Molinero.
82. La campana.
83. La bala.
84. La escopeta.
85. El incensario.
86. Incensario.
87. El lavatorio.
88. El hambre.
89. La aguja.
90. Las palomas.
91. Abel.
92. La criba.

93. La letra A.
94. El pan.
95. Cabrillas.
96. Grillo.
97. Choco o gibia (penado).
98. Notando las letras de que se componen las palabras.
99. Bellota, chaparro, encina.
100. El reloj.
101. La pera.
102. La bandera.
103. El cuerpo y el alma.
104. La onza de oro.
105. El conejo comía hoy y lo mataron al día siguiente.
106. Espada.
107. La sartén.
108. Sol.
109. El incensario.
110. Sandía.
111. Rosa.
112. El año.
113. La letra A.
114. Coche.
115. Sueño.
116. Vela.
117. El vapor.
118. El tejado.
119. El cigarro de papel.
120. Vino.
121. En el pueblo tres meses.
122. La espaviladera.
123. Las cartas y pliegos.
124. El papagayo.
125. El espárrago.
126. La cara.
127. El palmito.
128. La carta.
129. La botella de vino.
130. El coco de las habas.
131. Las hostias.
132. La caridad romana.
133. El pelo que se corta de la cabeza.
134. El huevo.
135. El torno de las monjas.
136. El cañón.
137. El aire.
138. La rueca.